
Sarah Worth
LOS DICTADOS DE LA VENGANZA
2
RAZONES PARA
NO ENFADAR
A UNA
ESPOSA

© SARAH WORTH

Razones para no enfadar a una esposa

Sello: Independently published

Safe Creative: 2508112754784

Primera edición, septiembre de 2025.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Razones para no enfadar a una esposa

Los dictados de la venganza 2

Sarah Worth

"¡Oh corazón de serpiente, oculto tras un rostro en flor!
¡Hermoso tirano, demonio angélico!"
William Shakespeare, Romeo y Julieta.

Sinopsis

Una historia de enemigos, chantaje y un matrimonio imposible en la Regencia Inglesa.

Lady Celia Vale ha jurado no inclinar la cabeza ante ningún caballero. El conde de Winterfield, el canalla más deseado de Londres, colecciona sonrisas… y a ella ni la mira.

Cuando una carta anónima los coloca en el centro del escándalo, la ciudad exige una reparación imposible. Motivado por un honor que creía no poseer, lord Winterfield propone un matrimonio con cláusulas que incluyen la libertad para él y la discreción para ella, y exige que no haya celos ni preguntas. La dama acepta con un objetivo: vengarse de la red de chantaje por cartas que arruina su vida y ajustar cuentas con su esposo. La convivencia se convierte en una guerra ardiente, con conflictos en el desayuno, abrazos en los bailes y

pesquisas nocturnas. Fingir cercanía es fácil; ignorar la atracción, no tanto.

De pronto, una nueva misiva amenaza con destruirlos a ambos; entonces Celia deberá decidir a quién entregar su lealtad, si a un esposo que no la merece o a una sociedad que necesita conocer la verdad.

Razones para no enfadar a una esposa es un romance de época con un par de enemigos que no desean admitir la atracción que sienten.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
La bilogía completa
Sobre la autora y la historia

Prólogo

Mayfair, Londres, 1818.

El reloj de la chimenea marcaba la medianoche cuando Celia Vale, la hija menor del conde de Worthing, abrió su pequeño cuaderno de tapas verde botella y trazó una línea firme, como si con el carbón de la lámpara pudiera dividir su vida en un antes y un después. Había sabido —por casualidad, o por esa mala costumbre suya de escuchar con atención conversaciones ajenas— que su padre atravesaba dificultades. Las palabras deuda, pagaré y vencimiento se habían deslizado desde el despacho como un murmullo de agua helada y, en aquellos instantes, a Celia se le endureció la voluntad.

No era una rosa inglesa. La belleza de Celia no descansaba en mejillas de porcelana ni en labios dulces como mermelada, sino en un conjunto inquietante: ojos grises, claros y expresivos, que captaban el matiz de la luz como la plata bruñida; una melena caoba que la doncella domaba a base de horquillas, pero que siempre parecía guardar una hebra rebelde; piel clara con un tinte de canela en la frente y la nariz; y una boca que sonreía poco y replicaba mucho. La delicadeza de sus facciones engañaba, pues bajo el talle de muselina latía un temperamento despierto,

demasiado despierto, según la mitad de las matronas de Londres con lengua afilada. Y en opinión de lady Rathbone, una buena amiga de la familia que tenía la misión de guiarla por la buena sociedad, ella no se casaría nunca si no aprendía a contenerse.

Celia sabía que ningún hombre la soportaría durante demasiado tiempo y tampoco tenía intención de dejar que ninguno lo intentase por obligación. Su hermana mayor, lady Isolde, había empezado a reconciliarse con la idea de abrazar la soltería con elegancia y libros, aunque sabía bien que su hermana deseaba encontrar el amor. Celia, en cambio, no creía estar destinada a la celda confortable de la respetabilidad porque, más pronto que tarde, estaba segura de que causaría un gran escándalo que la llevaría de cabeza al repudio. Así que, como no tenía nada que perder, consideró varias opciones. Si la familia necesitaba ayuda porque los acreedores rondaban como cuervos, entonces alguien debía actuar.

La idea no había nacido de la nada, sino de un gesto impulsivo que le salió del alma meses atrás. Una amiga suya —una debutante risueña y demasiado confiada— se había enamorado de un caballero de sonrisa blanca y reputación esmaltada. A Celia, aquella perfección le olió a barniz falso. Le bastó con deslizarle una carta que apareció, como por arte de magia, en el bolsillo de la casaca masculina; bastó con un encuentro improvisado en el invernadero durante un baile de primavera; bastó con una prueba sencilla como lo fue una frase a media voz, una invitación tan ligera que un hombre honesto habría rechazado con una inclinación de cabeza. Aquel mequetrefe se descubrió como el hipócrita que ella sabía que era. Celia se lo explicó a su amiga porque no quería que acabase encadenada a un hombre que la habría hecho terriblemente infeliz debido a sus infidelidades.

De aquel episodio brotó una convicción incómoda: si un gesto oportuno podía salvar a una mujer, ¿cuántas más esperarían, sin saberlo, a ser rescatadas de una certeza equivocada? A los pocos

días, dos damas casaderas la abordaron en los salones —primero con un susurro, luego con un sobre sin remitente— y le pidieron que «probara» la constancia de sus pretendientes a cambio de una gratitud económica. Celia pensó en negarse. Pensó en su reputación. Pensó, también, en las palabras que habían pasado por debajo de la puerta del despacho de su padre: deuda, pagaré, vencimiento.

Aceptó.

Empezó con reglas estrictas, que anotó en su cuaderno verde con letra clara: nada de comprometer el honor; nada de citas a solas fuera de lugares públicos; nada de promesas que no pudieran romperse con una inclinación de cabeza y una sonrisa fría. Su método consistía en pequeños experimentos: un guante que caía junto a una escalera y una broma que medía la rapidez con que una mano masculina rozaba la suya; una conversación en la biblioteca que tanteaba si el caballero la miraba a los ojos o al escote; una nota cuidadosamente anónima que sugería una tentación, tan tenue que un hombre fiel la habría devuelto al instante a la bandeja de plata. No necesitó más. Algunos resistían, y Celia se lo hacía saber a las damas con una discreción que rozaba el arte. Otros se delataban solos.

El dinero —porque al principio no hubo dinero, solo gratitud, flores y una pulsera que Celia devolvió— empezó a aparecer en sobres color crema, sin nombre, con una cantidad «por las molestias». Al tercero, lo convirtió en cifras llenas de esperanzas. Su cuaderno añadió otra sección: «Asuntos domésticos». Con ese eufemismo registró pagos modestos a proveedores que, curiosamente, dejaron de enviar recados urgentes; se cubrieron facturas de carbón y una cuenta atrasada de la lechería; un sastre que había perdido la paciencia con los plazos recuperó la sonrisa. Nadie en casa hizo preguntas. El conde, ausente y cansado, dejó de fruncir el ceño cuando llegaban las cartas de la mañana; los criados,

fieles a ese modo londinense de verlo todo sin ver nada, se limitaron a ejecutar las órdenes con eficacia.

Celia, entre tanto, se convirtió en un secreto pequeño y peligroso en Mayfair. Algunas la llamaban —nunca a la cara— cazadora de promesas. Ella prefería un término menos dramático: probadora. Probaba la calidad de una lealtad como otras damas se probaban el encaje o la caída de un velo. Si la pieza era deficiente, mejor descubrirlo antes de que adornase un altar, ¿o no?

No se engañaba sobre su propia osadía. Sabía que caminaba por el borde del abismo que separaba el atrevimiento de la ruina. Por eso eligió con cuidado a las clientas: mujeres sensatas, discretas, con madres o tías de temple que comprendían el mundo mejor que los manuales de conducta. Nunca envió un recado que no pudiera defender ante su conciencia. Y, por supuesto, jamás reveló un nombre a nadie que no tuviera derecho a oírlo.

Aquella medianoche volvió a cerrar el cuaderno y se contempló en el espejo alto de su alcoba. La vela dibujó sobre la pared la silueta de una joven de diecinueve años con ojos grises y una barbilla decidida. Pensó en el futuro que le ofrecía la prudencia: visitas de té, paseos como una institutriz sobrante y la complacencia fatigada de algún caballero al que ella aburriría en un mes. Pensó, también, en la familia; en su padre, que había dado por sentado que sus hijas solo necesitaban valses y pañuelos bien bordados. Pensó, por último, en la ciudad; en los salones fríos, en los rumores que corrían de mano en mano, en las personas que se tropezaban en cada baile.

—Muy bien, hay que seguir adelante —murmuró, no para darse valor, sino para constatar una decisión ya tomada.

Se recogió la melena caoba en una trenza suelta, ató el cuaderno con la cinta y lo guardó en el segundo cajón del secreter,

detrás de un abanico roto que nadie tocaría. En la cubierta, con grafito, estaba escrito un título del que nadie sospecharía: «Gastos de libros». Esa noche, la muchacha que no se parecía a una rosa inglesa estaba entusiasmada por estar salvando poco a poco a su familia. Había plantado una semilla.

De lo que creció a partir de ella se beneficiaron damas agradecidas, comerciantes satisfechos y un padre que ignoraba cuán cerca estaba de perder su honor. También crecían los riesgos, como maleza al borde del camino. Porque cada secreto atraía otro, y cada carta podía ser el comienzo de una cadena sobre la que no siempre mandaría ella.

Pero eso aún quedaba lejos. En esa casa silenciosa de Mayfair, con el fuego bajando en la chimenea y los cuervos de la deuda aleteando a distancia, Celia selló su destino con tinta. Hizo algo muy simple y muy temerario, porque eligió actuar. Y el negocio que inventó para protegerse de los hombres —y de sí misma— empezó a latir, discreto, entre las páginas de un cuaderno verde. Cuando las manecillas del reloj avanzaron un minuto, «la probadora de fidelidades» ya existía. Lo que no imaginaba era a quién pondría a prueba el destino en primer lugar.

Capítulo 1

Mayfair, Londres, 1820.

Los jardines estaban llenos de farolillos y murmullos cuando Celia Vale, de veintiún años, se refugió tras un seto de tejos que olía a savia. En la terraza cercana, la orquesta arrastraba un vals y el mármol de una Venus vigilaba, ciega y pálida, el ir y venir de las parejas. Celia repasó mentalmente su encargo: una dama —prudente, temerosa de equivocarse— le había pedido que comprobara la constancia de lord Weston. Puso en marcha su plan de siempre: carta anónima, cita sencilla, lugar público pero discreto, hora precisa. Si él acudía, habría materia de estudio; si no, tal vez la fidelidad resistía mejor que las habladurías.

Por el tiempo que llevaba esperándolo, el pretendiente de la joven que había contratado sus servicios no iba a acudir.

Celia había esperado lo suficiente como para contar tres piezas de baile. Ni rastro de lord Weston. Tomó aire, con ese alivio serio que siempre le llegaba cuando una mujer parecía haber acertado con su elección. Una ausencia, en ese caso, significaba una presencia más sólida, y esa era la de la lealtad. Haría llegar a la

dama que la había contratado un sobre con dos líneas y la conclusión pertinente.

Estaba a punto de salir de su escondite cuando el murmullo de los jardines se rompió con un ruido sordo. No fue un grito, sino el sonido contundente de una pelea. Al segundo, el golpe seco de un puño. Celia se quedó inmóvil. A pocos pasos del parterre de dalias, dos figuras se enzarzaban en una pelea breve y furiosa, la clase de riña que los caballeros niegan con elegancia un día después.

Reconoció primero al más alto, el que peleaba con frialdad casi metódica: el tutor que su padre, el conde de Worthing, había puesto para que se hiciese cargo de Isolde. Oh, cielos, se le había olvidado que su hermana, al comenzar la noche, le había pedido ayuda porque quería averiguar lo que sentía por su tutor, porque, al parecer, lo había besado. ¡No podía estar en todo! Ah, pero ese denominado señor Hale siempre le había parecido un hombre de silencios muy esclarecedores, y cuando estaba con Isolde se mostraba con una autoridad firme y algo más. El otro, en cambio, peleaba con un vigor que parecía improvisado y peligroso a la vez, como si hubiera nacido bailando a un centímetro del escándalo.

El segundo oponente era el conde de Winterfield. El hombre al que su hermana planeaba besar esa noche para confirmar si se había enamorado de su tutor. Isolde negaría tal apreciación de Celia, por descontado, pero ella era más inteligente que eso y sabía que su hermana estaba a los pies del señor Hale; ella misma se dejaría besar por él si hubiese podido cautivarlo. ¡Qué tonterías estaba pensando!

Lo importante era que su hermana parecía tener dos pretendientes. Uno aceptable. El otro abominable.

Celia sintió un claro fastidio escalándole por la nuca. Winterfield era, a juicio de medio Londres, el ejemplo perfecto de lo que una madre prudente deseaba evitar en su salón. Ojos color miel que deslumbraban con destellos cálidos; cabello oscuro, espeso, de una abundancia insolente que se negaba a obedecer del todo cuando lo cepillaba; y una apostura que llenaba los pasillos, los jardines y hasta la imaginación de las debutantes. Todo en él parecía estar destinado a gustar, desde la línea de los hombros hasta la sonrisa que coleccionaba favores y promesas con idéntica facilidad. A Celia no le impresionaba. No porque él no la mirase —había comprobado de sobra que las miraba a todas menos a ella—, sino porque, según su experiencia, un hombre de semejante atractivo no podía ser fiel ni aunque quisiera. ¿Para qué iba a tener Winterfield disciplina, cuando las damas le ofrecían su rendición en cada esquina?

Mientras Celia reflexionaba, la pelea entre ambos caballeros seguía. El tutor se lanzó de nuevo, directo, seco y Winterfield respondió con una media vuelta ágil. El puño del primero pasó silbando y el conde, sin perder el equilibrio, lo empujó con el antebrazo y lo apartó un paso, como si despejara un obstáculo en la pista de baile. Hubo un intercambio tenso de palabras que el viento se llevó antes de que llegaran a Celia. Ella, agazapada en la sombra del tejo, sintió el pulso en la garganta y no se movió. La curiosidad era su falta más constante.

Ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder. Al final, sin embargo, Isolde se interpuso entre ambos y defendió a su tutor frente a Winterfield. Así que fue el conde quien se apartó primero del parterre, marcando la derrota a cada paso mientras se retiraba de escena.

Celia, que había dado ya un paso atrás, vaciló. Sabía que debía volver al salón, fundirse con la seguridad brillante de las voces y los abanicos, dejar que el asunto se disolviera en el rumor

general de la fiesta. No lo hizo. Se quedó un instante más, saboreando el triunfo de haber sabido que su hermana amaba a su tutor, antes de que la propia Isolde se hubiese dado cuenta.

Fue ese instante el que acabó pagando.

Winterfield dobló el recodo del sendero y se detuvo. Había en su figura algo molesto de reconocer: el aplomo del hombre insufrible. Ajustó uno de los puños de su camisa, dejó escapar un hilo de aire y, al levantar la vista, se miraron el uno al otro. Por el modo en que gruñó, ella se dio cuenta de que la había reconocido de inmediato. Lady Celia Vale figuraba con la espalda casi pegada al tejo, los ojos grises muy abiertos y la barbilla en un ángulo que anunciaba resistencia.

El destello color miel la alcanzó. Winterfield entrecerró los ojos, como si la estuviera evaluándola, y avanzó dos pasos más por la grava, sin prisa.

La pescó allí, en el jardín, y ella no estaba dispuesta a amedrentarse.

—Lord Winterfield —lo saludó con frialdad—. Si pretende encontrar quien le aplauda la valentía de una trifulca, le advierto que el parterre de dalias no cuenta con un público propicio.

Él ladeó ligeramente la cabeza. Su rostro evidenciaba signos de la pelea. Su ropa todavía más, pues estaba hecha un desastre. Aun así, conservaba ese aplomo que irritaba a Celia como una astilla en un guante.

—Lady Celia —respondió—, si pretende encontrar quien se asombre de verla escondida entre tejos, tampoco ha elegido el

lugar adecuado. Una dama a estas horas… y sin escoba… Empiezo a pensar que su fama de bruja es injusta —ironizó.

—Qué ingenioso —replicó, en voz baja—. Le falta añadir que cazo niños y gatos.

—No, solo caballeros distraídos. —Sus ojos de color miel brillaron, entretenidos—. ¿A cuál esperaba esta vez?

El corazón de Celia se encogió un instante, pero no dejó que se le notara. Alzó la barbilla.

—Esperaba silencio, milord. No lo encuentro donde hay hombres que arreglan desacuerdos a puñetazos.

—A veces el silencio se gana así —dijo él con calma—. Y, en cualquier caso, no recuerdo que su virtud favorita fuese la prudencia. Está más que claro que no lo es.

—Tampoco recuerdo que la suya fuese la lealtad. —Celia dejó que la palabra sonara afilada—. Si la conociese, no necesitaría coleccionar sonrisas. —Como una dama de buena crianza no debería conocer ciertos asuntos, no se pudo permitir el gusto de utilizar la palabra: amantes en lugar de sonrisas.

El gesto de él cambió apenas, como si una cuerda se hubiese roto en su interior.

—Me halaga que lleve la cuenta de mis colecciones.

—Me obliga su… exhibición constante. —Le sostuvo la mirada—. Supongo que la constancia, en su diccionario, aparece eclipsada por las palabras: capricho y conquista.

—¿Y en el suyo? —dio un paso, la grava crujió—. ¿La constancia aparece antes o después de la trampa? ¿A qué pobre caballero se ha propuesto cazar? Una bruja como usted tiene demasiados medios a su alcance. El incauto debe de haber accedido a verse aquí con usted, dígame, ¿cuánto tardará en aparecer el séquito que tiene la misión de sorprenderlos para que él acabe en el altar a punta de pistola?

—Se equivoca de principio a fin. No tengo la necesidad de tender trampas. Si quisiera encandilar a un caballero, usaría mi mejor sonrisa sin necesidad de obligarlo a nada. —La dama chasqueó la lengua—. Es una lástima que no quede ni un solo caballero decente en la ciudad. Los que valen la pena están ya *cazados* —arrastró la última palabra, de tal modo que pareció que emitiese mil sonidos como poco.

La seguridad de ella lo dejó sorprendido. Otra en su lugar le hubiese cruzado la cara por el atrevimiento de sus palabras. Ella no lo había hecho. Se mantenía tranquila. Era una rival digna. Estaba más que claro que la hermana de Isolde, la mujer con la que había planeado casarse la temporada pasada, no iba a darle la guerra que él necesitaba para sentirse ganador de algo.

¿Cómo podían ser ambas hermanas tan diferentes? Isolde era tranquila, medida, no llamaba la atención del sexo opuesto y rezumaba inteligencia. Por su parte, lady Celia resultaba impertinente, demasiado tentadora para ser una bruja y muy poco complaciente. Esa otra hija del conde de Worthing era una arpía de primer grado.

—Tal vez no esté mintiendo. —Se detuvo a la distancia justa para que el aliento de ambos se notara en el aire fresco—. Aunque juraría que, cada vez que entro en una sala, encuentro una mirada gris evaluándolo todo. ¿Por qué está esta noche a estos oscuros jardines, lady Celia? Dudo que pretenda cosechar niños o

gatos. Y estoy seguro de que no aprecia el aroma de las flores que nos rodean.

—¿Tanto le interesan mis asuntos, lord Winterfield?

—Me preocupa la reputación de la hermana de una querida amiga.

—Ya… Tenga cuidado o comenzaré a pensar que como Isolde le ha dado calabazas, pretende probar suerte en otro lugar más cercano.

—¿Disculpe? —preguntó atónito debido al atrevimiento de la muchacha.

—Ya sabe —comenzó a explicar haciéndose la inocente —, su interrogatorio sobre si estoy teniendo o no una cita clandestina, puede deberse a…

—¿A qué? —Se dio cuenta de que no debió haber preguntado la cuestión cuando le sonrió triunfal.

—A que está celoso. Mi hermana lo acaba de despachar y quiere probar suerte conmigo.

—¡Santo Dios! ¿Su impertinencia no conoce límites?

—Oh, lord Winterfield, sus celos resultan tan evidentes… No debería haberme acusado de nada, si me hubiese preguntado si estaba esperando a un caballero, yo le habría respondido con sinceridad. No hacía falta tanto teatro. No estamos en una obra del maestro Shakespeare.

—¿Se ha vuelto loca? —preguntó con un graznido. No daba crédito a todo lo que escuchaba.

—No se ofenda, no me interesa ser el segundo plato de un hombre que no ha logrado *cazar* a mi hermana y trata de intentarlo conmigo.

—Descarada… —empezó a criticarla.

Se detuvo. Al fin comprendió la estrategia de ella. Era lista. Tomó nota mental de no subestimarla nunca. El conde soltó una risa breve que tensó el ambiente. Le dolió el pómulo por los golpes que acababa de recibir. Winterfield no se quejó. Se limitó a rozarse con el dorso de la mano el lugar donde sospechaba que pronto aparecería un gran moratón. A Celia, para su disgusto, le atravesó una punzada absurda de compasión.

—¿Le duele mucho? —preguntó la dama, al tiempo que daba un paso hacia él con la mano alzada. Se detuvo antes de tocarle cualquier herida.

—Le importuna me incomodidad —observó él—. Me conmueve, no sabía que las brujas poseyesen sensibilidad alguna.

La joven apretó los dientes con fuerza.

—¿Acaso las damas que no son dignas de su sonrisa no tienen derecho a preocuparse por el prójimo? —rebatió con ferocidad.

—Dígame de una buena vez qué hace aquí —decidió zanjar el asunto—. ¿Se ha escabullido de la fiesta para vigilar a su hermana?

—En absoluto. Mi hermana es cabal y sabe bien lo que debe o no hacer, o quién o no debe hacérselo.

—¿Se ha enamorado pues del denominado señor Hale y pretende competir con Isolde para *cazarlo*? —siguió el conde con su interrogatorio.

—Ah. No era yo el objeto de sus celos. Me disculpo, lord Winterfield. Esos pequeños monstruos verdes y pegajosos que hay en su interior es porque comprende que Isolde lo prefiere a él frente a usted.

—Muy bien —apuntó con naturalidad, sin caer en la trampa— . Entonces supondré que está en el jardín porque me vigilaba a mí. Está secretamente enamorada de mí.

—¡El que se ha vuelto loco es usted! —resopló ella, sin darse cuenta de que él iba a emplear su misma táctica de ataque.

—Siempre que la encuentro, está donde no debería. Bibliotecas sin nadie más, despachos oscuros, jardines sin testigos… todos esos escenarios son sospechosos. Admita que me persigue.

Ella le sonrió con falsa inocencia.

—Cuando el infierno se congele, milord.

—En su caso, la estadística me da la razón. Me persigue. —Le tocó a él chasquear la lengua—. Al fin lo entiendo. ¿Cuánto tiempo lleva enamorada de mí, lady Celia? —No la dejó responder—. Debe de haber sido muy duro, saber que le propuse matrimonio a su hermana mientras usted suspiraba por mí, mientras escribía en su cuaderno más privado cómo sería saborear un beso mío… Creo que tengo que disculparme. —El conde se llevó una mano al corazón.

—Sé lo que está haciendo —le indicó, negándose a perder los nervios con ese vanidoso insoportable.

El conde abrió los ojos asombrado.

—¿Por qué parece que acaba de formular una acusación, cuando yo lo único que pretendo es disculparme por no haberme dado cuenta de los sentimientos que le despierto?

—Al final voy a creer que está haciendo todo esto para despertar mi interés en usted, lord Winterfield. Valore sus opciones, una bruja como yo podría verse tentada a lanzarle un hechizo… o tal vez a confeccionar una poción amorosa con ingredientes que le harían echarse a llorar. Lengua de gato, baba de sapo, una pizca de sal y un poco de veneno de serpiente.

—Puede cosechar el veneno usted misma.

—Ah, de nuevo debería aplaudir su ingenio al sacar a relucir que soy venenosa. ¿Acaso he sido yo quien se ha peleado a golpe de puño con uno de sus congéneres? Su falta de distinción habla por sí misma, Winterfield.

—Comparta su veredicto, juez implacable —la retó—. ¿Qué debería haber hecho para impedir la pelea cuando no fui yo quien lanzó el primer golpe?

—Hablar. Siempre hay opción para dialogar antes que seguir con los puños.

—¿Palabras?

—Eso es.

—¿Como las suyas? —Sus ojos color miel la recorrieron con un descaro lento, más insolente por lo preciso de la acción—. A usted le sobran. Y todas vienen con filo.

—Me alegra que lo note. Así no tendrá que acercarse tanto para oírlas.

Ya estaban, sin darse cuenta, a la distancia en la que una respiración compartida marcaba el compás. Demasiado cerca el uno del otro. Un farol lejano chisporroteó; de la sala principal de la fiesta llegó el eco de una risa y el tintineo de cristales. Celia también percibió, con una claridad indeseable, el olor a jabón caro en su ropa, el tibio calor que despedía su atuendo desmadejado o el brillo obstinado en la mirada. Él inclinó apenas la cabeza, como si fuese a decir algo.

—Usted es irritante —le dijo él, sin saber qué más mencionar.

—Y usted, un ejemplo perfecto de por qué las madres advierten a sus hijas sobre los canallas.

—Puedo ser un canalla porque nací con este rostro. Incluso maltrecho, sé que puede conquistar a la dama más improbable. Eso de ser apuesto debe de ser un crimen imperdonable para una mujer como usted.

—¿Cómo yo?

—Usted no es bonita —resolvió.

—Es evidente que no pensamos lo mismo. Ni queremos lo mismo. Ni —tragó aire, porque el pecho se le había encogido— … ni hablamos el mismo idioma.

—¿Seguro? —Su voz bajó; su cuerpo, también—. En este momento, me parece que lo hablamos muy bien.

—Se equivoca. —Aunque estaba nerviosa porque sabía lo que él se proponía, era incapaz de darse media vuelta y marcharse a toda prisa.

—Yo creo que no. Se muere por que la bese… —susurró casi pegado a los labios femeninos.

—Winterfield…

—Gabriel —la interrumpió, con el murmullo—. Inténtelo. Diga mi nombre. Será como una clave. Una rendición que usted no admitirá y que yo nunca sacaré a relucir.

—No voy a…

—Celia —la volvió a cortar con el uso de lo más privado y personal que había. Usar el nombre de pila de una persona sin su permiso, y más en el tono en el que él lo había dicho…

Estaba perdida. La había sometido. ¿Ella era la bruja? ¡No! Ese pícaro desalmado podría encantar a una serpiente solo con el ronroneo de su voz.

Y a pesar de que sabía que tenía que darse la vuelta y salir corriendo, no lo hizo. Se quedó allí. Frente a un hombre peligroso. Alguien a quien detestaba con todas sus fuerzas por lo que representaba. Fue su nombre en su boca lo que la incendió. No podía negarlo. O tal vez fuese el modo en que el jardín parecía contraerse hasta ese punto exacto donde el mundo dejaba de importar. O el brillo color miel que ya reflejaba burla. Ella abrió la boca para replicar. Una frase, dos o una docena de tonterías, lo que

fuese, porque tenía que decirle algo antes de que se diese cuenta de lo que le acababa de provocar. Estaba embelesada y eso era un pecado. Entonces él hizo lo único que, en esos instantes, supo que la haría callar.

La besó.

Capítulo 2

Fue un choque y, al mismo tiempo, una entrega. Celia sintió primero el roce de una lengua que la obligaba a abrir la boca porque quería conquistarla. Y debajo de ese atrevido gesto había más; la calidez obstinada de un hombre que sabía bien lo que hacía. Él le sostuvo el rostro con su mano grande, de modo firme, con la yema del pulgar colocada en la curva de la mejilla, y la acercó a su propio aliento como si llevase toda la vida esperando borrar esa mínima distancia. Ella tuvo el reflejo de alzar las manos para apartarlo…

—No —murmuró Gabriel contra su boca, sin separarse —. No me apartes… bruja.

—No puedo hacer eso —le confirmó, para después agarrar las solapas de su casaca y tirar de él con una brusquedad que la sorprendió tanto como a él.

La negativa a terminar con el beso lo hizo sonreír. Mientras, a Celia le subió un gemido desconocido por la garganta, un sonido que se hizo más profundo cuando él inclinó la cabeza y cambió el ángulo del beso para hacerlo más satisfactorio, paciente y

lujurioso a la vez. Había en los movimientos del conde un resquicio de urgencia, una rabia nacida de la pelea previa contra su rival que aún le corría por las venas y que él, sin darse cuenta, estaba vertiendo en ella.

La espalda de Celia se topó con la columna de piedra del mirador. Gabriel se pegó un poco más, tratando, a pesar de todo, de no aplastarla, aunque necesitaba fundirse con ella, y dejó que su mano libre le buscara la cintura. La palma le abarcó el talle por encima de la seda, dibujándole el contorno como quien trataba de memorizar cada detalle para reproducirlo después. Su mano llegó hasta uno de sus pequeños, pero perfectos, pechos. Lo acunó como si fuese una gran obra de arte.

—Dios… —susurró Celia, sin aire, al sentir que sus pezones se ponían tan tersos. Necesitaba sentirlo en todas partes. Nunca había estado al borde de la angustia y sabía bien que solo él podría calmarla.

Winterfield apenas separó la boca, la mirada de color miel estaba prendida en la suya y la respiración representaba también una gran inquietud.

—Te deseo… —reconoció como si fuese un hombre hambriento y solo ella pudiese calmar su necesidad.

La lujuria de él se le contagió como una enfermedad incurable. Celia lo miró, con los ojos llenos de deseo como los de él.

—No te detengas.

Gabriel aceptó la petición porque no quería pensar en las consecuencias de sus actos, ni a quién estaba besando y manoseando. Volvió a besarla con una gratitud feroz. Esta vez el

beso fue distinto: más carnal y desgarrador. Le sostuvo el labio inferior con su propia boca, con una delicadeza que contrastaba con la ansiedad de sus manos; dejó que la lengua dibujase la comisura de su boca y, cuando Celia le chupó la lengua, con una docilidad insolente, un sonido bajo se le escapó del pecho.

Las manos de él no supieron estarse quietas. Le acariciaba los senos con tal precisión que ella creía que se desmayaría. El dedo índice se deslizó bajo el ribete del escote y buscó el primer pezón para retorcérselo como si fuese un botón precioso. Celia se arqueó y gimió, al tiempo que se ofrecía más a él. Gabriel tomó la invitación como una orden. Con cada caricia, él le robaba el aliento y la humedad y necesidad que se formaba entre sus piernas la desquiciaba.

—Celia, esto no está…

—No… —lo frenó ella, intuyendo lo que él iba a decir. No estaba preparada para dejar de lado esa sensación tan ardiente y nueva que Gabriel le provocaba—. No te detengas.

Él sonrió contra su piel porque era más que evidente que la dama estaba en peores condiciones que él mismo. La erección que sus pantalones contenía le dolía como la muerte misma. La sangre le ardía en las venas, estaba más caliente que el propio sol.

—Te haré mía, Celia —la avisó con el último resquicio de honor que le quedaba. Estaba a punto de mandarlo todo al traste. Hacía años que su voluntad no se imponía a su lujuria. Nunca había perdido el norte con una mujer. Y a pesar de que sabía que era su obligación detenerse, no encontraba la fuerza necesaria para hacerlo. ¿Qué tenía esa bruja que lo llevaba al límite?

—Tú lo has empezado; no puedes… detenerte —consiguió decir, con una valentía que sonaba a pura necesidad.

—Porque no te callabas. —Le mordió el borde del hombro con un cuidado exquisito, un roce diabólico que la hizo gemir con fuerza—. Porque siempre me miras como si quisieras quemarme en la hoguera y yo quería hacerte arder también.

—Estoy ardiendo.

—Yo también, bruja —susurró, y el insulto se convirtió en caricia.

Volvió a su boca, y mientras la besaba dejó que una mano descendiera por la curva de su espalda hasta que le apretó una de las nalgas con fuerza y la atrajo para que su erección pudiese sentir un poco de fricción.

Iba a matarlo. Y lo peor era que deseaba morirse así.

Le soltó la nalga derecha y subió la mano para darle un tirón en el cabello a fin de colocarle la boca en la posición en la que deseaba tenerla. Una horquilla cedió con un chasquido casi obsceno; otra la imitó; la melena caoba se deshizo en su palma como una promesa de desenfreno. Gabriel acarició las suaves hebras con los dedos, fascinado, y la acercó un poco más para perderse en el peso de ese cabello y en el calor de su boca.

Celia estaba completamente fuera de sí. El ritmo de él era posesivo. La había esclavizado y ella había perdido por completo su voluntad. Haría, le daría y diría todo cuanto él le exigiera. Ah, y luego estaba ese olor tan embriagador, porque él olía a colonia, a deseo y a humedad.

—Más —pidió Celia, apenas audible.

Gabriel obedeció como si la palabra fuese ley. Le sujetó la cadera con un manojo de dedos que la incendiaron a través de las faldas, la guio de nuevo hasta su erección para que sintiese el sitio exacto donde su rabia se había convertido en hambre. No hubo rudeza sin control; cada balanceo entre ambos fue una solicitud; cada presión era una pregunta muda. Celia respondió sin timidez, pegándose más, colocando su cuerpo en un mejor ángulo para obtener mayor placer.

—¡Haz algo! Me muero… —le suplicó.

—Lo sé. —Sonrió contra la boca—. Me estoy muriendo como tú.

Se las arregló para volver a besarla al tiempo que una mano buscaba los secretos que ella guardaba. Le levantó la falda y se abrió paso entre las enaguas de la dama. Y cuando halló la abertura y por fin deslizó los dedos en sus pliegues… ¡Estaba empapada! Completamente húmeda por él. Más que lista para recibirlo. No pudo contenerse; se colocó de rodillas y llevó su boca donde, tal vez, ni los propios dedos femeninos hubiesen tanteado jamás.

Cuando Celia comprendió lo que él se proponía, gritó. No sabía si permitirle la osadía o detenerlo. Con el primer contacto estuvo perdida. La pericia de esa lengua malvada era increíble. No pudo resistirse a ese goce desconocido.

Y como Gabriel no podía más, mientras la lamía con esa devoción llena de lujuria, tuvo que sacar su virilidad del confinamiento de sus pantalones. Era imprescindible darle placer a Celia al mismo tiempo que se acariciaba. Era lo único sensato que se

le había ocurrido hacer, porque no podía detenerse, pero tampoco debía mancillarla. Los dos se saciarían y no habría mayor complicación.

—¡Gabriel! —gritó la dama cuando la necesidad comenzaba a ser de verdad insoportable.

El conde aumentó el ritmo de sus lamidas al tiempo que su mano redoblaba los esfuerzos sobre su mástil.

—Oh, Dios, oh, Dios… —El éxtasis la alcanzó. Entonces, la súplica de la dama lo atravesó. De tal modo que la semilla masculina, espesa y caliente, se derramó sobre la grava.

Continuó mamando de su centro de placer hasta que la sintió laxa y tranquila. Fue en ese momento en el que, con torpeza y gran deleite, volvió a encerrar su miembro en los confines seguros de la tela de los pantalones. A continuación se incorporó y la abrazó para volver a besarla.

La rabia y la necesidad se habían evaporado. A los dos los envolvía la satisfacción. El hambre saciada.

—Te juro —susurró él contra sus labios, sin saber por qué le hacía promesas— que podría…

No terminó la frase. Celia lo atrajo otra vez, pidiéndole más besos. Él obedeció, la besó y la sostuvo.

—Esto está mal —murmuró ella entre besos—. No puedo creerme que esto esté pasando… contigo…

Y no fue lo que ella dijo, sino el tono exacto en el que lo dijo, lo que hizo que Gabriel regresase al presente. En su tono había

censura; incluso él notó algo de repulsión.

Se apartó de golpe.

El aire frío se interpuso entre los dos como un cuchillo. Gabriel dio un paso atrás, luego otro, y se llevó la mano a la boca al ser consciente de lo que acababa de hacer y de con quién.

¡Por amor de Dios, era la hermana de la mujer con la que pretendía casarse!

Inspiró hondo, se dio un tirón en la casaca con un gesto seco y, cuando alzó la vista, solo quedaban los ojos de una dama que lo miraba igual de asombrada que él. Celia se llevó una mano a la boca y él juraría que estaba a punto de echarse a llorar. Perfecto, solo le faltaba eso: haber tenido la experiencia más encantadora e inesperada del mundo para luego escuchar un lamento.

—Basta —dijo, áspero—. Ya ha sido… suficiente.

Celia no se movió. Notó la piedra del mirador en la espalda, la respiración le pesaba, pero no tanto como el peso tibio de su cabello suelto cayéndole por los hombros. No iba a ajustar ni una horquilla hasta que él se marchara.

—¿Vas a decir que esto ha sido un error? —Esperaba no mostrar vulnerabilidad.

—Tú lo has mencionado hace escasos segundos. ¿Acaso mis caricias te han hecho olvidar incluso eso, Celia?

—No, claro que no —dijo, sin estar muy segura de entender lo que él acababa de explicarle.

—No te confundas —añadió el conde, con esa calma cruel que dolía más que un grito—. Esto ha sido producto de la rabia que sentía porque un hombre se ha atrevido a levantarme la mano. Sin olvidar que ha resultado la forma más eficaz de hacerte callar. Nada más. No obstante, me disculparé porque en verdad la situación se me ha ido de las manos.

—¿Cómo que se te ha ido de las manos?

Él se cuadró.

—No tenía derecho a tocarte. Aunque no ha pasado nada que requiera una reparación urgente… Debo aclararte, si es que no estás versada en los asuntos de la carne, que sigues siendo virgen… si es que lo eres, claro.

—¿Estás cuestionando mi honor, Winterfield? —la pregunta fue afilada.

—No —negó de inmediato—. Solo digo que una mujer inocente no sabe besar como tú, y desde luego desconoce cómo llevar a un hombre hasta el extremo de no ver allá de satisfacer sus… apetitos.

—¿Así que todo esto es culpa mía?

—No, por descontado que no. Lo que aquí ha ocurrido solo es responsabilidad mía. Yo soy el hombre y debí haber estado a la altura. Te pido disculpas y confío en que las aceptes.

—Uhm… Así que te estás disculpando.

—Humildemente —apostilló él.

—Entonces dime… ¿te disculpas por haberme metido la lengua en la boca, por haberme tocado todo el cuerpo o por haber saboreado mi intimidad, Winterfield? ¿O acaso debería admitir tus disculpas por haber insinuado que era una falda ligera que seguramente se hubiese desprendido ya de su preciada virginidad? —siguió atacándolo.

—Estás siendo soez y descarada, Celia.

—Ya… —La humillación era completa. Acababa de hacerla sentirse pequeña, sucia e insignificante. ¿Cómo alguien podía transformar una situación tan formidable en algo tan… tan…? No le salía la palabra para definir lo que él le provocaba—. Tiene razón, milord. Ha sido una imprudencia por parte de ambos. —Cambió a la formalidad porque era lo correcto.

Él sostuvo la mirada, como si buscara una grieta. Sus ojos ya no estaban brillantes. Carecían de vida. Lo miraba como una dama que observaba un insecto.

—Lo mejor es que nos olvidemos de todo lo que ha ocurrido —apuntó con seguridad él, sabiendo que ella agradecería el ofrecimiento.

La dama afirmó con la cabeza con fuerza y sequedad.

—Le propongo un pacto —continuó ella, sin bajar los ojos—. Olvidaremos que esta noche ha existido tal y como sugiere. Si nos cruzamos en un salón, en una escalera o en un jardín, pasaremos de largo. Usted no aludirá a lo ocurrido; yo tampoco. Jure por su honor que lo olvidará y yo haré lo mismo. Lo borraremos de un plumazo, porque no es más que una mala acción que jamás debió haber ocurrido.

Hubo un silencio breve. En la casa, la orquesta cambió de compás; una risa estalló en algún balcón y se apagó enseguida. Gabriel ladeó la cabeza, como si valorase la opción de echar a correr. Luego, muy despacio, se alisó el puño izquierdo de la camisa. No sabía lo que acababa de cambiar en su interior. Había sentido un tirón extraño apoderándose de su pecho. Tal vez era culpabilidad. O su orgullo herido porque nunca una mujer le había propuesto algo tan tajante. Sí, sí. Cierto que la idea había partido de él, pero no había esperado que ella aceptase la sugerencia sin más. ¡Por amor de Dios!, la había lamido entre las piernas. ¡Algo así no se podía olvidar con tanta facilidad! La rabia regresó de inmediato.

—¿Teme por su reputación?

—No —respondió ella, sin pestañear—. Temo perder mi tiempo a causa de la suya —razonó. El golpe que recibió Gabriel fue certero. Directo a su orgullo. Y también le dolió el corazón, por lo visto, el orgullo se alojaba en esa parte de su cuerpo.

Celia se dio cuenta entonces de que algo, en la comisura derecha de su boca —un amago de sonrisa o de insulto—, comenzaba a nacer. Todo él se tensó también. Gabriel apretó los labios con fuerza e inclinó la cabeza lo justo para convertir el gesto en un acuerdo:

—Por mi honor, aunque usted dude que lo tenga —dijo —, olvidaré esta noche. No volveré a hablar de ella. No ha existido nada entre nosotros.

Celia inclinó la suya, impecable.

—Y por el mío —replicó—, no pronunciaré su nombre unido a lo que acaba de pasar. Queda enterrado aquí. Es más, no hablaremos nunca si no es de vida o muerte.

—Esto solo ha sido un mal hechizo —murmuró, casi para sí mismo—. Buenas noches, bruja. —Él se volvió sin esperar réplica y tomó el sendero hacia la luz de los salones. La grava crujió bajo sus botas y se fue apagando hasta quedar en nada.

—Dulces pesadillas, canalla —siseó la dama.

Celia no respiró tranquila hasta que la sombra de Winterfield desapareció del todo. Entonces sí, recogió un par de horquillas del suelo con dedos muy firmes, se alisó el vestido con la palma, se obligó a recomponerse por el corte… y regresó del jardín como si solo hubiese salido a oler las dalias aquella desgraciada noche.

Capítulo 3

El reloj francés de la repisa fue desgranando cuartos que Gabriel Thorne, actual conde de Winterfield, no sabía en qué gastar. Había tirado la chaqueta sobre un sillón, se había aflojado la corbata y se había puesto una cataplasma en el rostro, pero el golpe que más le dolía no estaba en la cara. Lo llevaba dentro, como una astilla clavada en un sitio que no se veía.

Maldito infierno; era un hombre curtido de veintiocho años, una arpía no debería afectarlo tanto.

Se sirvió una copa de coñac y no se la llevó a los labios. El aroma a madera vieja no tapaba el recuerdo más perturbador de su vida. Aquella columna fría del mirador en la espalda de ella, el peso de esa melena caoba deshaciéndosele en la mano, la súplica contra su boca: «No te detengas». El sonido de esas palabras lo envolvían. Apretó la copa hasta que los nudillos —magullados por la pelea con el maldito Hale— se le pusieron blancos.

Había sido una temeridad. No. Había sido una vileza. Miró el vaso unos segundos y se bebió de un trago el contenido, como si el ardor pudiera borrar la escena. No la borró. Su amiga

Isolde, la mujer con la que pensaba casarse, le había pedido un beso. Se habían besado. Aquello resultó frío y poco agradable, pero no le dio la menor importancia porque así debían ser las relaciones con una esposa… ¿no? Luego había aparecido ese estúpido tutor que, por lo visto, le había puesto el conde de Worthing a Isolde. La que tenía que estar constantemente vigilada era la otra. Esa otra hermana Vale precisaba de un carcelero. ¡Dios! Una muchacha de buena familia, la hermana de la mujer con la que pensó que podría firmar una paz educada para el resto de sus días, y él… Gabriel se había comportado como lo que las madres susurraban a sus hijas que evitasen, y eso era un canalla con modales impecables.

Se dejó caer en el borde de la cama y se colocó el pulgar y el índice sobre los ojos. Un claro gesto de derrota y muy pensativo. «Tuve que haberle pedido matrimonio en el mismo instante en que terminé de saborearla». La frase le llegó con la contundencia de una orden tardía. Caso cerrado. El orden lógico era: propuesta, boda y reparación. Cualquier otro habría llamado a eso honor. Pero no lo hizo. No porque no supiera el camino, sino porque la imaginó riéndose de él, con esa risa baja y peligrosa que le abría la garganta por dentro. ¿Por qué siempre que estaba cerca lo tenía que sacar de sus casillas? ¿Qué le había hecho él a la hermana de Isolde? No la entendía. Celia lo odiaba, pero en cuanto la besó se deshizo… Y él le había correspondido con el mismo ardor que la dama.

¡Qué calamidad!

¡Un desastre absoluto!

—Bruja —murmuró, sin rabia, pero con otro sentimiento desconocido que no quería examinar.

La culpa se le alojaba en el pecho como un peso constante, y debajo de la culpa latía otra cosa que se negaba a

nombrar. No iba a desmenuzar sentimientos a la luz de un farol interior. La experiencia le había enseñado a seguir adelante, a pasar de una piel a otra, de un perfume a otro, con la elegancia de quien cambiaba de caballo al llegar al relevo. Las mujeres lo buscaban por lo que les daba —un instante rotundo, un olvido dulce— y él tomaba lo que le ofrecían sin promesas, sin preguntas. Ninguna exigía más. Ninguna importaba después. Funcionaba. Siempre había funcionado… hasta que se topó con una dama inocente. La hermana de la que a todas luces era su mejor amiga.

El conde se levantó y comenzó a pasear descalzo. El parqué crujía con una nota distinta en cada tabla. La pelea con Hale le volvió a la memoria. Él, Gabriel, había entrado en un jardín oscuro con la mujer con la que pretendía casarse. Hubo un beso que prometía… pero que no ardió. Entonces Isolde se había interpuesto entre él y su supuesto tutor. Ella había elegido claramente al otro. Tenía que hacer algo al respecto, al menos avisaría al padre de la dama y se ofrecería a casarse con Isolde para salvarla de un destino de repudio. Eso le enseñaría a Celia lo que era en verdad la lealtad.

Pensó en Worthing y apretó la mandíbula. ¿Cómo iba a casarse con la hermana mayor mientras se había divertido con la menor? Respetaba al padre de ambas. Era de esos hombres que no descuidaban a los suyos, ni siquiera en las horas bajas. No merecía que el futuro marqués de Hereford anduviera besando y toqueteando a su hija menor en un jardín como si fuese una cortesana.

Gabriel cerró los ojos de golpe. No, no. Celia no era nada más que una bruja. Aunque también era fuego en estado puro, y él había tratado de utilizarla para apagar su rabia, para callarla y para probarse a sí mismo que seguía mandando sobre algo en una noche en la que todo se le había ido de las manos. En cambio, Celia lo consumió todavía más.

Hereford.

Solo pensar en el título de su padre le endureció el cuello. Su progenitor, con esa voz que convertía cada visita en inventario: rentas, arrendamientos, alianzas, obligaciones… sin olvidar el matrimonio. Lo atosigaba con eso y con engendrar un heredero. Lo atosigaba con listas y deberes como si la vida fuese un tablero y él un simple peón. Tal vez por eso Isolde le parecía una solución limpia, porque era sensata y calmada.

Se detuvo ante el espejo. La vela le devolvía la imagen de un hombre con la camisa abierta, un corte fino en el pómulo y los ojos más oscuros de lo habitual. A su alrededor, la habitación estaba en orden. Dentro de él, nada lo estaba.

«¿Por qué me odia tanto esa bruja?» La pregunta llegó desnuda y, en lugar de alejarla, la repitió una y otra vez en su fuero interno. Ella lo despreciaba por ser un canalla; no había otra explicación. Y si antes no lo aborrecía, esa noche le había dado a la hechicera Celia razones nuevas para hacerlo. Y, sin embargo… Se pasó la lengua por el labio y notó, como una puñalada en la memoria, ese beso que habían compartido.

—¿Y por qué, entonces, te has entregado tan libremente a mí, bruja? —preguntó al aire, con una impotencia que lo sorprendió.

No obtuvo respuesta, como era de esperar. Solo estaba la certeza de que había algo en ella —no solo su belleza, tampoco solo esa boca que sabía dar placer al besar o la elegancia de su lucha verbal—, algo feroz y letal que lo sacudía por dentro. Ella era contradictoria. Lo trataba como si no valiese nada y, dos frases después, se le rendía con la misma pasión con la que lo combatía. O quizá no era rendición; quizá era que lo elegía, justo en el borde del

abismo, con la lucidez de quien sabía que iba a quemarse y decidía saltar a las llamas.

Se apoyó en la ventana y la abrió. Mayfair dormía con esa calma fingida de las casas ricas. El aire frío le refrescó el pensamiento lo justo para que regresara a lo único cuerdo que había dicho esa noche:

—Por mi honor, no recordaré nada —susurró.

Habían pactado enterrar uno de los mejores momentos que había compartido con una mujer. Habían jurado no hablar de ello. Debería olvidarse de todo, pero le era imposible no recordar el dulce sabor de su intimidad o el delicioso modo en el que suspiraba mientras él le daba placer. La había hecho arder y él mismo se consumió en ella, con ella. Había tenido tantas amantes que ya ni llevaba la cuenta; entonces, ¿por qué esa bruja era diferente? Tenía que ser por su inocencia, porque no había artificio en su pasión, porque resultaba sincera en sus reacciones. Las demás solo le exigían y luego lo despachaban como si no sirviese para nada más que para pasar un buen rato. No era tampoco que él estuviese buscando a la compañera perfecta para casarse, solo ocurría que Isolde era una opción lógica.

¡Maldita Celia!

Ella lo había desestabilizado por completo.

¿Proponerle matrimonio? Lo pensó una vez más, a bocajarro. Sería lo debido. También sería una mentira, no por falta de deseo —por lo visto, el deseo no sería un problema—, sino por la certeza de que ambos se destruirían a dentelladas si los obligaban a llevar la misma vida sin un acuerdo más fuerte que un escándalo. Y, además, estaba Isolde. No la amaba; la apreciaba. Bastaba eso para

no pisotearla con un giro brusco e indecente. Su primer deber era con su querida amiga, no con la bruja que lo había hechizado.

Se terminó de beber el coñac y dejó la copa sobre la mesa más próxima. No se sentía mejor. Tampoco peor. Solo más consciente de la cuerda floja sobre la que iba guardando el equilibrio.

Celia

La odiaba por considerarlo un canalla. Ella, con esos ojos grises llenos de suspicacia, lo había mirado esa noche como si fuese el único hombre sobre la tierra. Le había gustado sentirse así por primera vez en su vida. Se había sentido parte de una mujer. Era todo demasiado extraño para comprenderlo. No era que se hubiese enamorado de ella.

¡Por Dios! La sola idea de eso era un sacrilegio que debería estar penado con la muerte.

¿Celia y él? ¡Qué disparate!

—No pienses más en ella —se ordenó, con una voz tan baja que apenas se escuchó en la habitación—. No sientas. Olvídala. Celia no es nada para ti. Te odia.

Lo intentó. Se tumbó sin desvestirse, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, la vista clavada en un punto invisible del techo. Contó respiraciones, contó campanadas, contó los segundos que tardaba en volver a sentir cada centímetro de su cuerpo… Cuando el sueño no acudió, se rindió a una decisión simple: en los próximos días evitaría a Celia, evitaría los salones donde ella pudiera aparecer, evitaría pensar en ella. Sería fácil. Había sido fácil con todas.

Con ella también. Solo necesitaba disciplina.

—Mierda… sal de mi cabeza, bruja —dijo en voz alta y con irritación.

Cerró los ojos. La culpa seguía ahí, alojada en su conciencia. Tenía que ser por eso por lo que no lograba sacarse el recuerdo de la cabeza, por lo que no dejaba de escuchar sus gemidos de placer y palabras inconexas. Era una dama inocente y él se había aprovechado de ella.

Y, justo antes de que el cansancio lo venciera por puro agotamiento, se prometió que acabaría averiguando el motivo por el que ella lo miraba como si no valiera nada, pero por qué, cuando la tocaba, lo hacía sentirse como si lo fuese todo para ella.

***

Semanas más tarde, Winterfield no se sentía más tranquilo. Estaba mucho peor.

Haciendo un resumen de lo que había ocurrido con Isolde… Bueno, aquello fue un desastre, porque aunque Gabriel se había ofrecido a casarse con ella, había descubierto que la dama estaba enamorada de su tutor, el señor Hale. ¡Infierno! Todo hubiese sido más fácil si ese dichoso Hale no hubiese resultado ser un maldito duque con la misión de buscar a un falsificador que se lucraba con amenazas. Buscaba a un abogado llamado Simon Penryth que era capaz de imitar la letra y firma de las muchachas

casaderas y fabricaba cartas que ponían en entredicho la reputación de ellas. El villano tenía un cómplice que le conseguía muestras de escritura y firmas, aunque la mujer que lo ayudaba había fallecido por un ataque al corazón cuando el duque de Halverton —ese era el título de Tristan Hale, el tutor de Isolde— la desenmascaró. La historia era un poco más larga que todo eso, y mucho más complicada también, pero al final lo que importaba era que había perdido a Isolde porque ella se había casado con Halverton.

Así que él volvía a estar solo y sin perspectivas de matrimonio. Eso era un problema porque su padre había amenazado con cortarle los fondos si no se casaba ese mismo año.

¿No podía salirle nada bien?

¿Y qué había ocurrido con Celia? Nada reseñable. Ambos hacían como que no se conocían. Solo habló con ella en la boda de Isolde porque se había dado cuenta de que la incauta andaba detrás de un caballero que tenía peor reputación que él mismo.

No era que le importase lo que esa bruja hiciera, solo resultaba que… que… ¡tenía una obligación con Isolde! Sí. Eso era todo. Su deber como amigo de la actual duquesa de Halverton era preocuparse por su hermana mientras ella disfrutaba de su luna de miel.

¡Alguien tenía que vigilarla! Worthing estaba demasiado mayor para seguir el ritmo de esa descarada. No la vigilaba porque estuviese interesado en ella, sino por amistad y lealtad hacia Isolde y el padre de ella.

En esos momentos, el lacayo anunció a un visitante, justo cuando el reloj marcaba las dos de la tarde. Gabriel no había dormido más que un par de horas porque la noche anterior estuvo

en una fiesta un tanto… peculiar. Se puso en pie con un gesto seco para ir a recibir a la visita.

Cuando llegó al despacho, aún tenía la corbata floja porque se había vestido a toda prisa.

Allí estaba el mayor dolor de cabeza de su vida, aunque no lo había esperado tan pronto.

—Es demasiado temprano para venir a sermonearme, amigo mío.

—Jamás sermoneo, Winterfield —replicó con una sonrisa el hombre que estaba frente al conde—. Animo, incito y corrompo cuando es menester… pero sermonear, no. Jamás.

Era Thomas Montclair, marqués de Ashdown, su amigo de correrías desde Eton. La sociedad, que era cruel y áspera, siempre lo comparaba todo, por lo que se decía que Ashdown era más guapo que el mismísimo Winterfield. Eran grandes amigos, como hermanos, aunque su amistad había sido puesta a prueba en una ocasión en la que faltó muy poco para que Gabriel, lo mandase al infierno. A los dos les gustaba competir, en especial por las mujeres. El marqués tenía las facciones serenas: con pómulos altos, una boca de pecado bien dibujada y los ojos de un azul claro que parecían reírse del mismo cielo. A su lado, Gabriel siempre pareció, si no menos apuesto, sí más oscuro.

—Llevas semanas con esa cara —continuó Ashdown, para después dejarse caer en el sillón y estirar las piernas.

—¿Qué cara?

—La de un alma en pena. Sufres.

—Tonterías. —Winterfield estaba bien. Muy bien. Mejor que nunca.

—¿Estás enfadado por salirme con la mía ayer con la señora Doom?

—La de anoche no era esa, Ashdown —le tuvo que recordar.

—Es cierto. Si te sirve de consuelo, no logro retener su nombre porque no resultó una amante tan apasionada como preví. Debí habértela cedido.

—Las mujeres no son simples objetos, ¿sabes?

—Desde luego que no. Son muchísimo mejores que eso.

—Eres imposible.

—¿Me dices lo que te pasa?

Winterfield valoró sus opciones unos instantes. Suspiró.

—Supongo que estoy cansado de todo eso.

—¿De qué?

—De tener que competir contigo desde que nos iniciamos en las finas y excitantes artes amatorias.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído. Estoy cansado de todo esto. De las noches sin dormir, de participar en fiestas muy reprochables.

—¿No te gustó participar en la última orgía que organizó Chester? —Era uno de los amigos de ambos.

—Me he cansado de todo ello —insistió.

—¡Imposible! Lo que te ocurre es que estás triste.

—¿Cómo has dicho?

—Bueno… —comenzó a decir el marqués—. La palabra tal vez no sea la correcta. Estoy convencido de que no has superado todavía que un caballero te haya ganado. Sí, ya sé que estás acostumbrado a que yo te las quite a todas, pero…

—Estás siendo ridículo, Ashdown.

—Vamos, Winterfield, no podías competir con un maldito duque. Halverton te la ganó debido a su título. Tú eres más apuesto que ese estúpido duque. Debes saber que he hecho algunas averiguaciones sobre él. Tu querida Isolde va a aburrirse como una ostra. Es un duque de lo más correcto y aburrido.

—No sé si debería preocuparme porque consideres que estoy triste o porque hayas notado que soy más apuesto que Halverton.

—No soy de esos caballeros que contratan a los de su mismo sexo —bufó airado el marqués—. Solo estaba tratando de consolarte.

—No importa. Estás equivocado con Isolde.

—¿En qué sentido?

—Ella se ha casado por amor. Me lo dijo sin tartamudear. Londres entero lo repetirá nada más la vea embarazada.

—Podría entender a Halverton si se hubiese fijado en la hermana menor.

—¿Cómo has dicho? —A Winterfield no le gustó sentir una punzada en el pecho.

—Ya sabes, la otra hija de Worthing. Esa sí que es una…

—Ten cuidado, Ashdown —lo frenó, al tiempo que se ponía en guardia sin darse cuenta de lo que hacía.

Su amigo frunció el ceño.

—¿Te interesa la chica, Winterfield?

—No más allá de que sea la hermana de una buena amiga mía —le dijo, tratando de volver a la normalidad.

Hubo un silencio un tanto incómodo. El conde sabía que su mejor amigo estaba estudiándolo a fin de establecer la veracidad de sus palabras.

—Te he escuchado en alguna que otra ocasión decir que la hija de Worthing es una hechicera.

—No. La llamé un par de veces bruja.

—Eso es peor todavía.

—Lo que sea. Yo puedo referirme a ella como me plazca. Tú, no. ¿Lo entiendes?

De nuevo se estableció otro silencio entre ambos. El marqués suspiró y luego alzó la copa que se había servido mientras esperaba a su amigo en el despacho. Le había dejado otra para Winterfield, quien también la estaba sosteniendo en esos instantes.

—Brindo por la sensatez ajena. Has perdido a lady Isolde, pero tal vez encuentres a alguna mejor.

—Brinda por lo que te dé la gana. —Gabriel bebió sin saborear el licor—. Yo tenía pensado un matrimonio tranquilo. No por amor, eso no existe, pero sí basado en la paz. Ahora tendré que comenzar de nuevo a buscar o mi padre…

—Dios nos libre de los parientes entrometidos —rezongó Ashdown—. Creo que si el mío hubiese vivido más, yo sería de otro modo.

—Tu padre era exactamente como tú, amigo mío —le recordó con suavidad.

—Sí, lo sé. En cambio el tuyo es bastante sensato y tú te pareces más al mío y a mí. Es curioso.

—No lo es. ¿Por qué has venido a mi casa tan temprano? Si lo has hecho para regodearte del triunfo de anoche, ya puedes irte.

—No. Estoy aquí por eso que has dicho antes de la paz. Mira lo que te ha hecho la idea de esa paz. Te peleaste con un duque y te estás volviendo insoportable. El que está cansado soy yo. Cansado de ti, Winterfield.

—Eres un amigo devoto —ironizó el conde.

—Soy un amigo práctico. Cuando un hombre que suele dormir como un ángel llega a convertirse en un búho, hay que sacarlo al aire libre. Vengo a proponerte diversión nocturna.

—¿Qué planeas? —preguntó con cierta suspicacia.

—Hay una fiesta en casa de la condesa viuda de Bellamy. Una mascarada. Cartas hasta el amanecer, un salón turco, música italiana y una terraza donde dicen que el rocío cura cualquier pesadumbre. —Se inclinó hacia él—. Y viudas. Aburridas, ingeniosas y agradecidas. El antídoto perfecto para tu dignidad herida.

—Mi dignidad no está herida.

—Entonces tu vanidad. —Ashdown sonrió, como piadoso —. Lo que prefieras. El caso es que te observo inquieto desde hace semanas. Y hoy ya rozas lo peligroso. Necesitas olvidar a Isolde.

—No es a Isolde a quien debo olvidar —soltó demasiado rápido. Hizo una mueca cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir.

El marqués hizo girar el líquido de la copa.

—Ah —susurró como si nada.

—No hay nadie en particular a quien deba olvidar. Era eso lo que he querido decir.

—Uhm…

—Estás haciendo una montaña de todo esto.

—No he dicho más que un par de sílabas.

—No es tanto lo que has dicho, sino cómo lo has dicho y la postura que estás adoptando, amigo mío.

—Si hay una dama a la que le hayas echado un ojo, yo podría…

—Tú podrías quitármela —terminó por su amigo.

—Si te gustase de verdad no lo haría.

—Sí que lo harías, Ashdown. Es lo que haces siempre.

—Eso no es verdad —se defendió de inmediato.

—¿Quieres que te las enumere a todas? Porque me costaría unos diez minutos hacerlo.

—Ninguna de las que puedas enumerar te convenía. Te salvé de sus garras.

—Si así puedes dormir más tranquilo por las noches…

—Dime quién es y te ayudaré a acostarte con ella. Un par de veces y podrás pasar a otra cosa. ¡Cielos! ¿Cómo no lo he visto antes? No era por la duquesa de Halverton por lo que estabas así de mustio. Es porque estás encaprichado de otra.

—Te equivocas.

—No. Te conozco mejor que tú mismo. Y como veo que no sacaré nada de ti, porque eres más testarudo que yo mismo, te propongo una noche sin preguntas. Escoge un tipo de mujer. ¿Viuda alegre? ¿Actriz de Drury Lane con talento para el italiano? ¿Condesa que coleccione amantes como abanicos? Yo hago las presentaciones, tú pones la sonrisa.

—No necesito que me presenten a nadie.

—Cierto. Pero hoy te veo torpe. Mejor dejar la caza a un profesional.

—¿Un profesional? —Gabriel dejó la copa—. Eres peor truhan que yo.

—Gracias. —Hizo una pequeña reverencia sentado—. Además, para tu fortuna, soy más guapo. Mitiga los terrores de cualquier dama que el segundo al mando conquiste la caza que el primer oficial deja a un lado.

—No voy a conquistar a nadie —gruñó Gabriel.

—Ya veo… la palabra te queda grande porque estás empezado en practicar el celibato. Sé que algo te sucede.

—No me ocurre nada más allá de estar aburrido del vicio.

—Eso es porque no has encontrado a la mujer adecuada que te tiene de nuevo. Digamos, pues, que participaremos en un entretenimiento responsable esta noche.

—¿Desde cuándo te preocupa mi estado de ánimo, Ashdown?

—Desde que sé que sufres. —El aludido se incorporó—. Vamos, hombre. Halverton te ha hecho un favor al quedarse con tu solterona exquisita, y que conste que lo digo con cariño. Esa mujer no era para ti.

—¿En qué te basas para creer eso? —preguntó interesado.

—En que si de verdad la hubieses querido, a estas horas ya sería tuya y desde hace tiempo.

Winterfield no pudo rebatir ese hecho. Tenía parte de verdad. Isolde era una opción segura. Nada más.

—No quiero salir esta noche, Ashdown.

—No querrás, pero es lo que necesitas. He pensado en varias opciones para ti. ¡Fíjate lo buen amigo que soy! La viuda Armitage tiene un empeño paternal en redimir libertinos. Es peligrosa, pero entretenida. Mademoiselle Delaunay, del teatro, besa como si estuviera cobrando entradas, y sabes que no me estoy refiriendo a la boca… Es artística, aunque cara, pero vale su peso en oro. Sé de lo que hablo. Luego tenemos a lady Valeham, aburrida en sociedad, una diablesa en la intimidad. Te bastará con mirarla a los ojos durante diez minutos; luego te dejará hacerle lo que desees. Y cuando digo que te dejará hacerle lo que quieras, no estoy exagerando…

—Si las damas te escuchasen hablar así de ellas…

—A las tres que te he nombrado les agradaría. Te lo garantizo. Estás muy… triste.

—Otra vez con eso —se quejó el conde.

—¿Seguro que no hay otro motivo para tu desvelo? Algo que no sea Isolde.

—Seguro —mintió Gabriel con la serenidad de un pecador experto.

—Ajá. —El marqués dejó pasar la mentira, porque conocía muy bien a Winterfield—. Entonces tenemos un plan. No te atrevas a huir.

—¿Huir yo?

—Sí, tú, porque yo nunca huyo. —La sonrisa del marqués fue tan bonita como diabólica—. A mí me adoran.

—Eres un pomposo. El insoportable no soy yo.

—Di que iremos, y así podré retirarme a dormir de una maldita vez. La mujer con la que me acosté anoche mismo no era ardiente, pero sí insistente. Estoy molido.

—¿De verdad que no recuerdas el nombre de la dama con la que has estado hasta hace unas horas, Ashdown?

—Es mi mejor virtud. ¡Ámalas y olvídalas! Ellas lo prefieren de ese modo. Sé de lo que hablo.

—¿Te das cuenta de lo deprimente que resulta reconocer que una mujer solo te busca para que le calientes la cama?

—Sí, claro que sí. Cada noche con una mujer diferente… ¡pobre de mí! —ironizó.

—Vete a casa y duerme. Iremos a la mascarada, pero no me emparejes con nadie.

—No te emparejaré. —Ashdown hizo el signo de una cruz inexistente en el aire—. Te distraeré. Me basta con que mañana desayunes sin esa sombra en la cara.

—Conociéndote como lo hago, mañana desayunaré con un fuerte dolor de cabeza.

—Los estragos por la bebida son honestos. La melancolía, no.

—Supongo que hemos avanzado. Has pasado de la tristeza a la melancolía.

Hubo un silencio breve. Ashdown, que sabía cuándo dejar de bromear, se acercó un paso a su amigo.

—Hablando en serio. Yo… siento lo de Isolde.

—Lo sé. —Gabriel le sostuvo la mirada—. Pero hay decisiones que no son nuestras.

—Exacto. Hazme caso; una mascarada te sentará mejor que las misas que te reza tu padre con el título.

Gabriel soltó una risa breve, cansada.

—Mi padre no reza. Ordena.

—Otra razón para desobedecer. Soy huérfano de padre ya, pero ¿crees que mi abuelo no me ofrece dictados? Ser el nieto

de un duque no es cosa fácil. Yo tengo un auténtico tirano sobre mí, nada comparado Hereford. —Ashdown se encaminó hacia la puerta.

—Sí, no me recuerdes lo que ocurre cuando tu abuelo te presiona.

—No, mejor no lo haré. Te recogeré a las diez.

—Está bien —claudicó, porque sabía que era imposible no replegarse a los deseos de su mejor amigo.

—Eso quería oír. —A medio salir, el marqués se volvió—. Por cierto, si en algún momento necesitas hablar de esa dama misteriosa que sé que te atormenta, la que no es Isolde… No soy buen confesor, pero tengo buenos vicios. Suplen muchas cosas. Además, sé escuchar.

—No hay nadie —le dijo, tratando de ser convincente.

—Mentiroso —rebatió Ashdown con afecto, para luego desaparecer.

Gabriel se quedó un instante mirando la copa olvidada. No iba a confesar nada. Nunca.

Lady Celia Vale era solo una mota de polvo. No le importaba nada más allá de protegerla incluso de sí misma.

Capítulo 4

La condesa viuda de Bellamy había convertido su casa en un Olimpo decadente. Entre cortinajes rojos y columnas falsas, corrían máscaras doradas, risas coquetas, copas que se llenaban solas y música italiana que empujaba a pecar hasta a los mármoles que adornaban la escena.

Gabriel caminaba por el salón turco sin emoción. Aquello, que durante años le había sabido a libertad, le sabía esa noche a cansancio.

A soledad.

Aunque había acudido a la cita con su amigo, el truhan pronto lo había dejado atrás para ir tras una presa indomable.

Gabriel suspiró. Las mismas risas de siempre. Las mismas caras de siempre también, pues los hombres apenas ocultaban su identidad, incluso había quienes, como su mejor amigo, ni usaban una máscara. Sus ojos encontraron a Ashdown. El marqués estaba sentado en un diván, reclinado con gran desparpajo junto a una diosa. La dama sí que iba bien protegida, pues llevaba

un antifaz que solo dejaba al descubierto el fascinante color de sus ojos, y un disfraz de Afrodita hecho de gasas ingeniosas: telas transparentes que sugerían sin mostrar, provocadoras sin una sola indecencia. Hacía unas semanas, Gabriel habría apostado su orgullo por competir con su amigo por esa mujer. Ya no tenía ganas de hacerlo. La decadencia le sabía solo a vicio.

Entonces ella se rio de algo ingenioso que su mejor amigo le habría dicho para impresionarla.

No fue una carcajada ni una risita impostada. Fue un sonido limpio, claro, que le tocó la piel como lo haría un dedo. Y lo reconoció. El mundo se le cayó encima, porque no veía más que esos ojos grises detrás del oro, la melena caoba domesticada en un moño, la curva obstinada de la barbilla… No era Afrodita. No. Era la bruja que no salía de su cabeza.

La sangre le golpeó las sienes. Avanzó. No pensó en su acción. Solo sabía que tenía que alejarla de Ashdown antes de que fuese demasiado tarde. Cierto que Winterfield se había aprovechado de ella cuando no debió, pero la dama seguía siendo virgen. Con su mejor amigo eso no hubiese ocurrido y, por descontado, que no ocurriría si ella se pusiera a su alcance. Cruzó el salón en línea recta, sorteando damas, dioses, plumas y demás, hasta colocarse a un paso de ellos.

—Ashdown —dijo, con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Me has encontrado exactamente la caza que me recomendabas.

El marqués giró la cabeza, aún divertido.

—¿Sí? Me temo que estoy entretenido.

—No con esta —repuso Gabriel, sin mirar a la dama—. Busca a otra. Más de tu gusto. Y más libre de enredos.

Ashdown alzó una ceja. Tardó un segundo en leer la tensión que Gabriel no se molestaba en disimular; luego dejó la copa en una mesa cercana y se puso en pie con esa elegancia insolente que lo hacía irresistible.

—Afrodita —se inclinó ante la dama—, me permito ceder mi sitio a un hombre que la necesita más que yo. Después de largas semanas languideciendo, creo que entiende por fin el sentido de la diversión.

Celia —porque no podía ser otra dada la suerte de Gabriel— se sostuvo la máscara con dos dedos, indecisa. No habló. Sus ojos grises pasaron de Ashdown a Winterfield, fríos como el borde de una copa.

—Lárgate, Ashdown —le ordenó Gabriel de malas maneras.

Su amigo lo examinó una vez más, con una chispa de alerta en la mirada.

—Muy bien —cedió al fin—. Esta noche es tuya, entonces. No la desperdicies y no tomes por costumbre… este buen gesto mío —le advirtió.

Se llevó una mano al corazón, dedicó a Afrodita una reverencia impecable y se alejó con paso ligero hacia el bullicio, dejándolos a solas entre columnas falsas y velos verdaderos. La música seguía, unos dados rodaron en alguna mesa y el aire se calentó un par de grados.

Gabriel no dijo nada en el primer segundo. Se limitaba a sostener aquella mirada gris que se veía a través del oro de la máscara. Y el jardín de las dalias, de golpe, pareció más cercano que nunca.

¡Dios! ¿Por qué no podía parar de recordar esa escena que había jurado no volver a rememorar ni sacar jamás a colación?

Entonces Winterfield le sonrió sincero.

—Ya nos hemos deshecho de Hefesto, bella Afrodita. ¿Comenzamos ahora nuestro apasionado romance clandestino?

Le gustó verla tragar saliva con gran dificultad. Ah. Ella tampoco lo había olvidado.

***

Celia se sostenía la máscara por el borde. Tenía pánico por si se le caía delante de él. Se recompuso y lo examinó con atención. El caballero llevaba una de esas máscaras ridículas que solo le cubrían lo necesario, por lo que esa media hoja dorada no lograba ocultar quién era en verdad. Resultaba imposible no reconocerlo. Los pómulos, la línea soberbia de la mandíbula, la boca con ese pliegue obstinado… Winterfield. Y, por supuesto, se había presentado vestido de Ares: coraza ligera con relieves, manto carmesí sujeto al hombro, brazaletes oscuros, la apostura de quien entraba siempre en una habitación como si le perteneciera. La luz de los candelabros le bruñía el cabello y volvía miel líquida el color de

sus ojos. El conjunto le cortó la respiración con la precisión de un golpe.

No debería afectarla. Era una mascarada y él, un canalla con disfraz de dios. Como el resto de los pecadores presentes. Sin embargo, la imagen se superpuso de pronto con otro recuerdo. El de la piedra fría de una columna en la espalda, su mano firme en la cintura, la súplica que jamás admitiría haber pronunciado… El calor le subió a las mejillas, furioso, como si alguien le hubiese ordenado revivir aquel acalorado momento.

¡Qué vergüenza!

Qué humillación recordar, en mitad de una casa ajena, el modo exacto en que un hombre la había hecho olvidar su propio nombre.

Se obligó a levantar la barbilla. Enmascarada o no, seguía siendo lady Celia Vale, y una Vale no temblaba delante de nadie, menos aún ante el hombre que había pretendido casarse con su hermana como si un matrimonio fuese una firma bien trazada y nada más. Lo peor era que, desde aquella noche en el jardín, él no la había mirado. Ni una sola vez, y eso que se habían visto varias veces. Dolía recordar a Winterfield pasando junto a ella como si fuese la portadora de la peste negra. Ese desdén había dolido más que cualquiera de las sonrisas que les otorgaba a las demás. La había convertido en una criatura invisible, lo cual era bueno, pero resultaba que lo invisible no sangraba… hasta que la memoria pellizcaba.

Tenía que reconocer que había pensado en él cada noche. No en Gabriel Thorne, futuro marqués y premio de las debutantes; pensaba en el hombre que la sujetó como si supiera exactamente dónde terminaba el miedo y empezaba el deseo. Soñaba con él —maldita sea— aun sabiendo que resultaba un

sacrilegio. ¿Cómo no iba a sentirse vejada por sí misma si el objeto de esos sueños era el amigo querido de Isolde, el canalla, el hombre que jamás había querido ni mirarla? Estaba claro que él le había dado una lección en aquel jardín y no hubo nada entre ellos más que eso.

Lo observó de nuevo, buscando algo menos incendiario, como un defecto en esa sonrisa que le dedicaba porque era evidente que no la había reconocido, un gesto torpe que lo volviera humano. Si él pudiese soltarse una ventosidad o algo así… ¡Un estornudo que le hiciera moquear! No. Era perfecto de todas las formas. Incluso con ese cansancio que ella divisaba en el borde de sus ojos y que le afilaba los hombros, era formidable. Ares, sí, pero ¿con la coraza abollada por dentro? Tal vez fuese la luz. Tal vez era que ella, como probadora de lealtades, sabía ver las grietas en las murallas. Aun así, no quería darle su compasión. No para él. No para quien la había convertido en un secreto vergonzoso que debía enterrarse bajo juramento.

En honor a la verdad, Celia lo había visto en cuanto él puso un pie en el salón. Aunque Ashdown, quien ella sabía perfectamente que era su mejor amigo, trataba de impresionarla, no había podido dejar de estar pendiente de Winterfield. Ares había cruzado el salón para apartar a Ashdown con un gesto lleno de posesividad, como si ese truhan de Gabriel la hubiese marcado como suya. Su amigo se había retirado con una reverencia alegre, y el aire, de pronto, había cambiado de temperatura. Celia le sostenía la mirada porque no era ninguna cobarde. No iba a dar ni un paso atrás, no iba a regalarle ni el temblor de una pestaña. Aunque lo cierto era que la cercanía de Winterfield la hacía vibrar como la cuerda de un arpa; podía oler su colonia, percibir el calor que despedía su cuerpo, recordar —sin quererlo y sin poder evitarlo— el sabor de su lengua sobre la suya…

Se mordió la respuesta que se moría por salir de su boca. Qué absurdo. Allí estaban los dos, una falsa Afrodita frente a un verdadero Ares. Una broma pesada del destino.

Pensó, fugazmente, en el pacto que hicieron. Se prometieron no hablar jamás sobre lo sucedido, pero los dioses estaban en medio de un Olimpo, en mitad de una mascarada que olía a almizcle y vicio, mirándose el uno al otro como si el jardín de las dalias hubiese regresado con más fuerza que aquella noche.

¿Por qué estaba en ese lugar Celia? Tenía un trabajo, se recordó con severidad, porque la viuda Bellamy reunía a medio Londres y a veces las respuestas se pescaban donde nadaban los pecados. No estaba en esa fiesta para escapar de las tentaciones. No había ido por Winterfield tampoco. Había ido para vigilar a un joven vizconde que le había jurado amor eterno a la hija de un conde y la dama deseaba probar la veracidad de dicha promesa.

Era incapaz de apartar la mirada de la de Ares. Era el hombre que había evitado verla después de besarla casi por todas partes; el que, al separarse, la había dejado con la humillación helada pegada al pecho. El que la había reducido a una mala decisión y a una disculpa mal formulada. Nada más. Si el destino quería jugar con máscaras, ella sabría jugar mejor.

Se ajustó la máscara con dos dedos, como quien estaba tratando de mantener un escudo, y respiró despacio. Se prometió que no permitiría que su voz temblase, que no permitiría que él averiguase lo que hervía bajo su disfraz. Si había de hablar, lo haría con la misma ironía afilada de siempre. Si había de callar, lo haría con elegancia. Lo único que no haría sería suplicar.

Y, sin embargo, mientras lo seguía admirando de arriba abajo, con el manto, la coraza y esa expresión tranquila que tenían los hombres que se creían que la ciudad les pertenecía, notó en él

algo diferente. Era evidente que Winterfield sabía el poder que desprendía su virilidad. Ella también estaba segura de sí misma, porque a pesar de que le había dicho que no era bonita, sí que lo era.

Vanidad.

Celia tenía ganas de averiguar por qué la había esquivado como a un mal presagio. Ganas, también, de devolverle cada una de sus ausencias en una sola frase. Ganas de demostrarle que Afrodita podía sonreír para enamorar, y que la bruja podía encantar incluso a quien la había llamado así.

—¿Debo suponer que es usted Ares? —Usó un tono muy bajo, a fin de que no pudiese reconocerle la voz, aunque dudaba que lo hiciera en caso de no fingir un poco.

—Lo soy —le confirmó él.

—Pues debe saber que jamás traicionaría a mi Hefesto.

—¿Está casada? —la interrogó.

—¿No ha sido usted quien ha asegurado que Hefesto, el esposo de Afrodita, se había marchado?

—Créame, si estuviese casada con el caballero que se acaba de ir, yo lo sabría.

—Una charla… inspiradora, ahora, si me disculpa, tengo cosas más interesantes que atender. —Hizo ademán de levantarse, pero él le sostuvo la muñeca y la frenó.

—¿Qué podría ser más importante que entretener a Ares? —flirteó.

—Podría enumerarle un millar de acciones.

—¿Siempre resulta usted tan… encantadora?

—En absoluto. Hay quien le diría que puedo ser una auténtica… bruja.

Winterfield le sonrió. Ah. Ella tenía un peculiar sentido del humor.

—Hechicera. Esa sería la palabra que podría definirla mucho mejor. Ha sido imperdonable por mi parte insinuar que no era usted encantadora. Sé que tengo ante mí a una mujer muy… estimulante.

—Lo siento, pero no estoy aquí por placer —trató de desembarazarse de él.

—Ah, ¿no? Esto es una mascarada; aquí solo hay placer, querida.

—No soy su querida.

—Por el momento… Dentro de unos minutos, las cosas podrían cambiar.

—Lo dudo mucho —opinó la dama con total seguridad.

El corte, lejos de desanimarlo, lo hizo sonreír más.

—Cuidado, querida. Eso podría considerarse un reto.

—No lo es —le aclaró con firmeza.

—Ya… ¿Por qué no vamos a un lugar un poco más privado, Afrodita?

—No —se negó de inmediato.

—Ha herido al dios de la guerra.

—No creo que sea usted un hombre tan frágil.

—Entonces, dígame, ¿por qué no quiere mi compañía? ¿Acaso le repugno? —indagó él, falsamente herido. Incluso se llevó una mano al corazón.

—No creo que haya ni una sola mujer en esta sala que opine algo así —confesó sin darse cuenta.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—No. Una realidad.

—Entonces, no veo el motivo por el que no podría acompañarme.

—No pienso ir con usted.

—Oh, yo creo que sí, porque si yo la dejo libre, hay tres caballeros esperando para probar suerte. No le gustará lo que mis competidores le harán. Le aseguro que serán poco civilizados.

Ella echó una mirada a su alrededor. Era cierto que causaba cierta expectación, pero no había nadie que pareciese tan interesado en abalanzarse sobre ella, tal y como él acababa de insinuar.

—No creo que…

—Conmigo estará a salvo. Tiene mi palabra.

—¿Un canalla tiene honor? —preguntó sin poder detener la pregunta.

—¿Acaso me conoce, querida? —preguntó divertido, para ver si ella sola se desenmascaraba, nunca mejor dicho.

—Es Ares… ¿no fue ese dios infame? —resolvió, para tapar su error.

—Está bien. Puesto que soy el dios de la guerra… —dejó el resto de la frase en suspenso, para luego levantarla y cargársela al hombro.

Entre vítores y los gruñidos de tres caballeros que estaban cerca, Winterfield se la llevó escaleras arriba para buscar una habitación más privada.

Pensaba darle una lección que jamás olvidase.

Oh, sí. Por descontado que la dama estaba colérica y le gritaba unos insultos de lo más elaborados. No importaba. Lady Celia Vale había ascendido en el escalafón, pues había dejado de ser una bruja para convertirse en una demente. Estaba más que claro que Winterfield la había arruinado y ella ya no veía más allá de calmar sus necesidades.

¡Maldición!

Gabriel empujó la puerta con el hombro, entró en la estancia y giró la llave. El clic del cerrojo pareció más alto que la música del piso de abajo. La dejó en el suelo, con cuidado, como si el gesto pudiese deshacer los vítores y los chasquidos de lenguas que los habían acompañado por la escalera.

Cuando se volvió, la vio.

La máscara se le había resbalado en algún punto del trayecto porque ya no estaba, y el forcejeo le había soltado media docena de horquillas: la melena caoba le caía como una llama deshecha sobre los hombros. Tenía las mejillas encendidas por el disgusto; los ojos, más grises que nunca. No era Afrodita. Era Celia. Y no la muchacha altiva de los salones, sino la hechicera que también lo había arruinado.

Se quedó quieto y en silencio, como si el aire se hubiese vuelto denso y le costase absorberlo.

Celia contuvo la respiración cuando él se quedó mirándola fijamente. Estaba esperando una mueca, ese gesto de horror por descubrir su identidad, incluso ya podía imaginárselo abriendo la puerta para irse a toda prisa después de disculparse. Porque él era un cobarde.

Los segundos pasaban y Winterfield no se movía. Tampoco emitía ningún juicio. Solo la observaba, con una mezcla peligrosa de asombro y hambre, como si acabara de comprender algo obvio.

—Eres una hechicera, maldita sea… —susurró, en un tono que evidenciaba una agonía desconocida.

Cruzó la distancia que los separaba en dos pasos y la besó.

El beso fue como un incendio incontenible. La espalda de Celia tropezó con la pared, y la mano de él —caliente y firme— le sostenía la mandíbula como si temiera que lo apartara. Ella le respondía sin pensarlo, con una ferocidad que no se había permitido ni en sus sueños, porque Celia no se había olvidado del sabor de su boca, de la presión de su cuerpo contra el de él, ni de la sensación liberadora de que el mundo desaparecía, de que él la hacía libre.

Fue Gabriel quien se apartó primero. También esta vez. Dio un paso atrás con violencia y dolor; era como si hubiese puesto la palma sobre una brasa.

—No —dijo, enfadado—. No puedo.

El golpe de la realidad le cruzó la cara a Celia con la precisión de una bofetada. Le ardieron los ojos, no por lágrimas, sino por una humillación que conocía bien. Una humillación que siempre le hacía sentir él.

—Por supuesto —repuso con frialdad.

—Escúchame. —Él alzó una mano, torpe, como si no se atreviese a tocarla—. Esto que hacemos cuando estamos a solas no está bien.

—Desde luego que no. No está bien besar a la bruja. ¿No, Gabriel?

—No, no lo está —coincidió él.

—Por amor de Dios… —comenzó a decir ella mientras el aire la ahogaba. Necesitaba largarse de allí antes de ponerse a llorar.

—Tengo que disculparme.

—¿Cómo has dicho? —preguntó ella, sin darse cuenta de que lo trataba con informalidad.

—No es correcto que te toque. No debí haberlo hecho esta noche ni tampoco en el…

—¿Por qué tienes que ser así? —lo interrumpió para que no siguiente humillándola.

—No soy de ninguna manera. Lo que ocurre es que no puedo contenerme. Lo siento, Celia. Es la verdad.

—¿Esto es una venganza, Gabriel?

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—Ya sabes, porque mi hermana te ha abandonado y…

—Isolde no me abandonó —repuso él—. De todas formas admito que sí tiene que ver algo con ella. Yo… Creo que como eres su hermana pequeña y… Yo… Es que…

—¿Dudas, Gabriel? —se interesó cuando se percató de que él no sabía cómo seguir la conversación tras haber titubeado tanto.

—Eso parece.

—¿Desde cuándo un canalla lo hace? —Si no lo atacaba, acabaría echada en el suelo llorando por ser una tonta.

Él suspiró.

—Tienes razón. Soy un canalla, por eso… por eso… Tú y yo…

—Tú y yo… ¿qué? —le presionó al no comprender lo que estaba viendo en ese truhan. ¿Había culpabilidad en sus ojos?

—Debemos… casarnos —soltó por fin.

Celia parpadeó un par de veces. Luego soltó una risa muy corta que evidenciaba incredulidad.

—¿Disculpe? —Lo mejor era regresar a la formalidad.

—Matrimonio —repitió—. Es la segunda vez que me propaso contigo. Te he subido por una escalera, todos lo han visto. Incluso me han aplaudido por ser un bruto contigo. Celia, hubo vítores, como si fueses mi trofeo. La máscara se te ha caído, el cabello… —hubo un gesto impotente hacia su melena suelta—. Podrían reconocerte. Reconocerte, ¿lo entiendes? Londres huele la sangre y tú estás herida de muerte.

—No soy un ciervo, milord. Tampoco su premio.

—He dicho trofeo —la corrigió. Eso hizo que ella se irguiese más que el palo de una escoba. El conde comprendió que había dicho algo que la había enfadado todavía más. No le importó en absoluto.

—¿Y esa corrección me hará sentir mejor, milord?

—Eres una demente, una insensata que no comprender los peligros del mundo —arremetió, sin control—, pero ante todo eres la hija de Worthing y no permitiré que por mi culpa…

—La hija de Worthing sabe valerse sola.

—No en una fiesta como esta. —Se pasó la mano por el cuello. Estaba enfadado y acalorado—. He visto a hombres lanzar apuestas sobre jóvenes intachables por menos. Me juré que no habría más errores, y menos contigo. Me temo que he fallado. Bien. La única reparación digna es…

—¿Matrimonio? —lo cortó, acerada—. Qué romántico —ironizó, al tiempo que le sonreía—. Mis rodillas se derriten con cada palabra que sale de su boca, milord. ¡Qué gran suerte la mía haberme topado con un poeta que dejaría en ridículo al mismo lord Byron!

Gabriel apretó la mandíbula.

—No hablo de romanticismos. Hablo de hacer lo correcto. Deberías estar dando saltos de alegría. Es lo que siempre has querido.

—¿Cómo has dicho? —Le fue imposible mantener la corrección en su conversación.

—Me persigues —la acusación salió de su boca sin filtro, tosca—. Siempre estás ahí. En bibliotecas, jardines, pasillos.

—Yo no te persigo —negó de inmediato. Y si pudiese contarle la verdad sobre los motivos por los que siempre estaba en lugares en los que no debía, lo haría de inmediato. Era imposible desvelarle sus secretos.

—Lo haces, Celia —trató de sonar paciente y compresivo —. Tú me deseas y yo… —tragó saliva, estaba ansioso por volver a besarla. No debía hacerlo—. Yo no siempre seré capaz de contenerme. No soy un santo. Terminaré siendo el auténtico canalla que crees que soy si continúas… si continúas poniéndote delante y tentándome.

Ella lo miró un segundo, y el silencio se llenó de filo. Estaba asombrada, no por todo lo que decía, sino porque él creía en la verdad de sus propias palabras. Arrogante…

—Continúe, milord —lo animó regresando al trato que él merecía por ser un conde—. Todavía puede humillarme más.

—No estoy haciendo nada de eso.

—¿No? Yo creo que sí. Es lo que más le gusta. ¿Es ahora cuando me dirá que al fin le he tendido la trampa perfecta para atraparlo?

—Siempre he sabido que eras orgullosa, Celia. No te avergüences por conseguir lo más ansiabas. Me tienes. Ya me tienes —reiteró.

Ella levantó las cejas para mostrar su sorpresa.

—¿Y soy yo la arrogante, lord Winterfield?

—He dicho que… —buscaba orden en su propia torpeza —. Solo trato de explicarte que esto es inevitable. Que un día, más pronto que tarde, terminaré haciéndote mía —alzó las manos, desesperado— y no pienso manchar tu reputación sin ofrecerte mi nombre, mi título, mi casa y mi protección. Es lo correcto. Podría enumerarte muchas razones por las que debemos casarnos.

—Lo correcto —repitió, como si saborease un dulce veneno—. Prosiga con su lista a favor de nuestro matrimonio, milord. Estoy deseando escucharla.

Gabriel se irguió.

—Tu padre se merece mi respeto. Isolde confía en mí. No podré contener esto. Se sabrá, Celia. Estás en una fiesta como esta porque yo desperté tu deseo. Habrá susurros, acusaciones y Worthing no debería cargar con eso. Y además… —la mirada se le oscureció—. Además, no quiero verte en manos de otros hombres cuando yo soy el culpable de que desees alimentar tu lujuria. No estarás con otro nunca. Si necesitas más de lo que te di la otra noche, será conmigo, bajo mi nombre, en mi casa, sobre mi lecho, bajo mis manos. No quiero que…

—¿Que me usen? —terminó ella por él, con una calma helada—. Qué amable por ofrecerse a apaciguar mi hambre. ¡Ah, no! Se siente culpable porque cree que estoy en una mascarada como esta por corromperme.

—No quiero que te hieran, Celia. No seré el más honorable de los hombres, pero ningún otro te ofrecerá lo que yo te estoy dando por tenerte en la cama. ¿Lo prefieres así? ¿Con esa sinceridad y esas palabras? —La pregunta le salió más dura de lo que pretendía—. ¿Te parece mejor? No soy un poeta como bien has mencionado antes. Estoy llamando a las cosas por su nombre. Nos casaremos, y se terminará el peligro de toda esta situación.

Ella lo observó con una atención que le habría sacado los colores a un ministro de Dios.

—Permítame, a ver si lo he entendido. —Levantó el primer dedo para luego continuar diciendo que—: Uno. Debo

casarme con usted porque, al sacarme de la fiesta como un bárbaro, ha hecho que mi disfraz se perdiese. Dos. Despertó mi lujuria y, si no hace algo al respecto, acabaré convertida en una cortesana o algo peor.

—Celia… —comenzó a avisarla.

—Tres —siguió ella sin hacerle caso—. Como lo he perseguido por bibliotecas y jardines, ha decido premiar mi empeño por atraparlo. Cuatro. Mi padre no merece su falta. Cinco. No quiere que otros me toquen. ¿Me he dejado algo?

—¡Que te deseo! —explotó—. Te deseo como un loco; tanto como tú a mí, y, a diferencia de ti, no pienso fingir lo contrario. ¿Contenta?

—Fascinada. —La voz de la dama seguía siendo fría—. Así que su propuesta consiste en castigarme de por vida con su compañía para salvarme de un pecado que no he cometido. ¿En qué clase de mundo se imagina que yo aceptaría encadenarme a un hombre que no cree en la lealtad y la fidelidad, lord Winterfield?

—Me deseas, Celia. Sé valiente y admítelo como lo hago yo.

Ella suspiró.

—Es cierto. No puedo negarlo. No entiendo el motivo por el que cada vez que me besa yo le respondo así. Solo me pasa con usted, con nadie más.

Gabriel se cuadró.

—¿A cuántos hombres has besado? —preguntó, tratando de contener sus celos.

—¿Con cuántas mujeres…?

—No termines esa pregunta, Celia. Soy un hombre, no es lo mismo. Ahora responde la cuestión con la verdad.

—No. No tengo que hacer nada que usted me ordene. No es mi padre, ni mi hermano, y por descontado que jamás será mi esposo.

—Detesto que me trates de ese modo. Sé que lo haces para captar mi atención. No hace falta que sigas por ahí. ¡Ya te lo he confesado! —expuso con enfado—. ¿Qué más quieres de mí? ¿Te estoy dando la posibilidad de hacer las cosas bien?

—No pienso casarme con usted.

—Por amor de Dios, Celia… Eres una mujer inteligente. Sabes tan bien como yo que es cuestión de tiempo que acabemos en una cama.

—¿Por qué? Yo puedo controlarme. Además, lo único que hemos de hacer es seguir evitándonos. Búsquese a otra, lo que sea que le ocurra conmigo remitirá en unos pocos días —le recomendó sin compasión alguna.

—¡Lo he intentado ya! —le gritó, porque la frustración por la negativa de ella, por el deseo contenido y la rabia de ser despreciado lo tenían al borde—. ¿Crees que no fue lo primero que hice después de aquella noche? ¡Nada sirve para sacarte de mi cabeza! No pararé hasta que te tenga en la cama. Y lo conseguiré, Celia, porque me deseas —le recordó de nuevo—. No es arrogancia,

es un hecho. Te buscaré y tú no podrás controlarte al igual que yo seré incapaz. No lo entiendo tampoco, nos odiamos, pero te deseo con una fuerza que no logro controlar. Tu negativa a casarte conmigo solo hará que te conviertas en mi amante. ¿Cómo podré mirar a tu padre y a tu hermana después de eso?

El dolor que sintió cuando volvió a escuchar la preocupación por su familia, que no por ella, fue lacerante.

—No. No puedo aceptarle porque yo creo en la fidelidad, en la lealtad, y un hombre como usted no sabe lo que eso significa.

—¿Qué quieres de mí, Celia? ¿Por qué me torturas hasta ese extremo? No te estoy castigando. Te estoy ofreciendo todo lo que tengo. Serás mi condesa, maldita sea. ¿No comprendes lo que daría el resto por lo que yo te estoy ofreciendo a ti?

—¿Ofreciendo qué, lord Winterfield? ¿Un matrimonio que me hará desgraciada? ¿Una casa en la que esconderme de los hombres que usted imagina que me pondrán las manos encima? ¿Un título que serviría para tapar la boca de quienes lo han visto cargarme al hombro? ¡Yo merezco más!

—¿Más que yo? ¿Tan despreciable soy que me entregarías tu cuerpo si te volviese a besar, pero no tu alma, Celia? ¿Qué rencor me guardas para negarte a ser mi condesa?

Ella le sostuvo la mirada.

—Le haré una pregunta muy sencilla, milord. ¿Me está pidiendo matrimonio porque me quiere, o porque teme lo que dirán los demás?

—No es tan simple.

—De acuerdo. ¿Me está pidiendo matrimonio porque me respeta, o porque no confía en usted mismo cuando me tiene cerca?

Gabriel tragó. Hubo un segundo de vacilación que él intentó enmascarar con arrogancia.

—Te respeto. Y no confío en mí, tal y como te he dicho antes.

—Qué consuelo tan… exquisito. —Celia alzó el mentón —. ¿Ha terminado ya de avergonzarme por mis faltas?

—No te he avergonzado —replicó, exasperado—. Te estoy diciendo por qué debemos casarnos.

—Entonces escuche mis razones para no hacerlo. —La voz le salió serena, cortante—. No quiero un marido que me proponga una boda porque mi padre merezca su respeto. Ni porque él no pueda contener su deseo y me culpe de su falta de dominio.

—Celia…

—Y no necesito —continuó, pasándolo por alto— casarme con un canalla para saciar mi lujuria, porque eso lo puedo hacer siendo libre. Hay más de un pícaro cerca. Estoy segura de que su buen amigo el marqués de…

No la dejó terminar. Se colocó delante de ella en un pestañeó y la sujetó. La zarandeó ligeramente.

—No juegues con un hombre que no ve más allá de sus celos, Celia. Hace rato que mi paciencia se terminó. Sea o no mi mejor amigo, mataré a Ashdown o a cualquier otro que se atreva a ponerte una mano encima.

—Yo no soy suya.

—Lo eres. Tú lo sabes y yo lo sé.

—No basta con el deseo para casarse. No me basta con la promesa de un poco de placer para tener una vida llena de dolor.

—Así que no me aceptas porque no me consideras digno de ti.

—Creía que eso estaba más que claro.

—Muy bien. Me has humillado cuanto has podido, ni una miserable oportunidad me has dado. He sido juzgado y condenado. Estás sola en esto. Busca a quien quieras, ofrécele lo que tengas para dar a otro. Ya no eres mi problema.

La soltó. Se dio la vuelta, caminó hasta la puerta, giró la llave con un gesto seco —la había dejado puesta— y abrió. La música del piso de abajo entró como una ráfaga.

Cuando se marchó cerró la puerta tras de sí. Entonces y solo entonces, Celia se permitió ser vulnerable. Comenzó a llorar sin descanso.

—Que Dios me perdone. No puedo hacer otra cosa, Gabriel. Me destrozarías si te lo permitiese.

Capítulo 5

La mañana estaba gris y la lluvia fina hacía vibrar los cristales del salón pequeño de Mayfair. Celia había conseguido, por fin, una taza de té y estaba disfrutando de la bebida caliente en paz cuando la puerta se abrió sin ceremonia alguna.

—Isolde. —Celia se puso en pie, sorprendida al ver a su hermana con la capa de viaje y los rizos algo húmedos—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has interrumpido tu luna de miel?

La duquesa de Halverton, al escuchar a su hermana referirse a su luna de miel, comprendió que eran dos palabras huecas comparadas con lo real, pues su matrimonio era mucho más que eso. Había entre ambos mucho más. Como desayunos en los que Tristan la devoraba sin compasión mientras ella gemía llena de júbilo, silencios cómodos, un despacho compartido donde los mapas de un duque podían convivir con las novelas góticas a las que se había aficionado. Ser la esposa de un hombre como él había sido una bendición. ¿Dónde estaría si la misión de Tristan para atrapar a un falsificador, que se le escurría entre las manos, no lo hubiese llevado hasta ella? La duquesa se sentía culpable, porque mientras su felicidad estaba asegurada, la de su hermana pendía de un hilo. Por eso estaba allí: porque si la ciudad quería tragarse el nombre de

Celia con tinta, ella no iba a contemplarlo desde su casa con flores en el alféizar.

—Confío en que la luna de miel nunca se extinga —le confesó sin poder evitarlo.

—Veo que eres feliz, Isolde, y me alegro muchísimo por ti.

—Olvídate de eso ahora, Celi. He venido porque estoy preocupada. Y mucho, hermana.

—¿Preocupada por qué?

Isolde dejó los guantes sobre la mesita, respiró hondo y sacó un pliego arrugado del interior de la capa. Miró el papel antes de tendérselo a su hermana. Las letras bailaron ante sus ojos, pero una frase estaba clara: «escrita de puño y letra de lady Celia Vale».

Isolde tuvo que cerrar los ojos un momento. Recordó una fiesta, no hacía demasiado, en la que tuvo que ayudar a Tristan a pescar a la cómplice de un villano que arruinaba las reputaciones de las damas por dinero. Como nadie había pedido una recompensa por mantener la boca cerrada, al saber la noticia, Tristan había dado por supuesto que la hermana de su esposa estaba en un lío porque querían, simplemente, vengarse de él y no por una cuestión de dinero. El duque de Halverton insistió en que debía ser Isolde quien le explicase la situación a Celia a fin de que no sintiese pánico.

—¿Isolde? —La voz de Celia la trajo de regreso al presente.

—Por esto. Ha salido publicado hoy. Dicen que circula una carta privada por Londres, escrita de tu puño y letra, en la que

reconoces que te has… —tragó saliva— entregado a lord Winterfield.

El corazón de Celia se saltó un latido. La cosa fue peor cuando comenzó a leer la columna social. Cuando había visto entrar a Isolde como un vendaval, dio por supuesto que el asunto que la traía a casa era importante. Por la cara de su hermana, creyó que habría tenido una riña con su esposo o algo similar. No. La cosa era peor. Muchísimo peor.

Celia terminó de leer y fijó la vista en la de su hermana.

—¿Me has delatado tú?

La pregunta le entró a Isolde como un alfiler por debajo del esternón. Ella, que había puesto su reputación en manos de un tutor y había sobrevivido a su propio escándalo con una mezcla de pudor y terquedad, no concebía traicionar a su hermana. Se mordió la respuesta más furiosa. Las ramificaciones de esa pregunta eran muchas e incluían a Winterfield, pero había una que resultaba más importante que todas las demás.

—¿Por qué me preguntas eso, Celia?

—Escuché a padre decir que Halverton era una especie de espía.

—Trabaja para el Ministerio del Interior. Es un secreto y padre no debería haberlo mencionado.

—Creo que tu esposo ha descubierto lo que hice y por eso…

—¿Qué hiciste? —la interrogó Isolde cuando Celia se quedó callada.

Celia suspiró y se llevó una mano a la cabeza.

—Fui yo, Isolde.

—Fuiste tú… ¿qué? —la azuzó.

—No tiene sentido seguir ocultando algo que hice por tu bien y que me pesa en el alma. Tengo que decírtelo porque, aunque al principio puede que te enfades, sé que eres tremendamente feliz y…

—Deja de andarte por las ramas, Celia. ¿Qué has hecho? —preguntó intuyendo que iba a tener una fea discusión con su díscola hermana menor.

—Yo… me di cuenta enseguida de que estabas loca por Hale.

—¿Tan evidente fui?

—Sí. Lamento decirte que te espié en una ocasión. Te peleaste con él. No recuerdo bien los pormenores, pero temí que lo pudieses perder por tu terquedad, así que yo…

—No te pares ahora —le ordenó cuando su hermana menor se silenció.

—Le escribí una carta a nuestro padre, como si fuese un chantaje, y le advertí de que habías sido un poco…

—¡Por amor de Dios, Celia! —explotó al comprender al fin de dónde demonios salió la carta que recibió su padre pidiendo dinero para tapar el asunto. Cuando aquello sucedió, Halverton se había vuelto loco porque no comprendía el nuevo modo de proceder

del falsificador, pues había depositado el dinero en el lugar acordado y nadie se presentó… Nadie se presentó, dado que fue Celia quien la delató.

¡Cielos!

—No te enfades. Te lo ruego. Yo sabía que Tristan estaba enamorado de ti y no podía permitir que…

—¿Lo hiciste porque querías quedarte con el fideicomiso que tiene nuestra madre?

—¿Qué? —Eso era nuevo para Celia.

—La hermana que no se case recibirá apoyo económico, por decirlo de alguna manera. Nuestra madre tenía un fideicomiso que padre no podía tocar.

—Yo… no lo sabía. Y me ofende mucho que consideres que actué de ese modo por dinero. Tienes que creerme, yo solo quería que fueses feliz. Os vi y comprendí de inmediato que os amabais. Además, no podía consentir que Winterfield te embaucase como hacía siempre. —Evitó explicarle ahí que tenía su propio dinero a buen recaudo.

—Uhm… —Isolde se tragó las ganas de gritarle por lo que había hecho su hermana. Ese asunto tendría que quedar apartado por el momento porque Winterfield era más importante—. Hablemos de Gabriel, Celia, aunque no pienses que tu temeridad contra mí quedará impune.

—¡Pero si lo que hice fue hacer que transitases más rápido por el camino hacia la felicidad plena!

—Eso tal vez sea cierto, pero traicionaste mi confianza y obraste mal.

—Si te sirve de consuelo, necesitaba contártelo, pero tenía miedo.

—Regresemos al asunto primordial, Celia. Si escuchaste hablar a nuestro padre sobre el papel que desempeña mi esposo, también estarás al corriente de que Tristan y yo llevamos semanas detrás de un falsificador. Estoy aquí porque, si te están usando a ti, no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Entonces tengo que confesarte algo que no va a gustarte nada en absoluto.

—¿Hay más, hermana? —preguntó incrédula Isolde.

—Recibí una carta anónima, hace poco, en la que se me advertía que debería tener cuidado con quién me relacionaba, pues me habían visto siendo malvada con… con un caballero, pero no le di importancia. Pensé que eras tú dándome un escarmiento, para asustarme. Pero ahora llega esto —miró el periódico— y me doy cuenta de que…

—¡Santo cielo, Celia! —estalló de nuevo—. Debiste haberme informado de inmediato. Halverton está convencido de que quieren manchar tu nombre para vengarse de él. Bien. Me queda hacerte una pregunta fundamental y confío en que serás honesta, porque no me ha pasado desapercibida la cuestión anterior sobre si te había delatado yo. Asumiré que creíste que te había estado espiando y que me había vengado de ti por lo que hiciste.

—A veces me sorprende lo bien que me conoces.

—Lo que me sorprende a mí es que creas que te arrastraría por el barro por venganza, Celi.

—Es que no entiendo quién ha podido averiguar que yo… —se calló al ver los ojos abiertos de par en par de su hermana mayor.

—Te haré la pregunta sin rodeos: ¿eres la amante de Winterfield?

Las mejillas de Celia se tiñeron de un rosa que no fue nada encantador.

—No. —La respuesta salió firme, demasiado rápida.

—¿Qué me ocultas, Celia?

—Nos besamos. La noche en la que Winterfield y Hale se pelearon, yo… en el jardín… Y… —Celia no podía confesarle nada más que eso.

Por su parte, Isolde cerró los ojos un segundo, era como si estuviera resolviendo una suma difícil. Gabriel. Isolde le debía gratitud, pues siempre fue amable con ella cuando otros no lo fueron. Habría sido un marido correcto para ella: respetuoso, educado, aburrido quizá. Pero Isolde no quería una paz sin amor; quería a Tristan, con su obstinación silenciosa y su sentido de la justicia. Por eso la enfurecía imaginar a Celia en el camino del conde: porque Gabriel era un amigo leal, sí, pero con su hermana menor el asunto cambiaba. Ambos se despreciaban hasta la saciedad. ¿Se habían besado? ¿Esos dos? ¡Pero si eran como el agua y el aceite! No entendía nada.

—Tengo que ser sincera contigo. En la fiesta que dio la difunta vizcondesa viuda de Harbury…

—¿Te refieres a la mujer que cooperaba con el falsificador al que trata de cazar tu esposo? —la interrumpió.

—Veo que escuchaste muy bien la conversación de nuestro padre. Hablaba con Halverton, ¿verdad? —supuso Isolde, a lo que su hermana afirmó con la cabeza—. Desde pequeña… siempre te gustó enterarte de todos los asuntos importantes. —Isolde suspiró—. Bien. Sí. Me refería a la villana que cooperaba con ese hombre. Durante aquella fiesta, Tristan y yo estábamos escondidos en la biblioteca y te escuchamos llegar acompañada de un caballero. Él hablaba muy bajo y no pude reconocerlo. ¿Fue Winterfield a quien besaste?

Celia se quedó con la boca entreabierta.

—¿Tú… lo sabías? ¿Me estuviste espiando?

—Te lo he dicho, mi esposo y yo estábamos buscando pruebas cuando una pareja nos sorprendió. Nos escondimos. Solo pude reconocerte a ti.

Celia se humedeció los labios, vaciló un instante y, al fin, habló.

—El día de hoy será recordado como el de las confesiones entre las hermanas Vale. —Celia suspiró con fuerza—. No fue Winterfield en la biblioteca —dijo—. Fue su amigo, lord Ashdown.

La taza de té que se había servido la duquesa hacía unos instantes tintineó contra el platillo cuando la dejó en la mesa.

Isolde conocía muy bien a Ashdown. Si bien Gabriel le parecía un canalla encantador, ese amigo suyo era traicionero.

—¿Ashdown? —El nombre salió como un latigazo.

—El mismo —respondió Celia.

—Pero lo escuché… Tristan y yo lo escuchamos declarar que te ama.

—¡No me ama!

—Sé lo que escuché —tuvo que recordarle Isolde.

—Ese hombre le diría cualquier cosa a una mujer para… —se silenció cuando vio la ducal ceja de su hermana levantarse.

—De todos los caballeros de Londres, has tenido que elegir al mejor amigo de Winterfield.

—No lo elegí. —Celia apretó los puños—. Una amiga mía estaba… encaprichada con él. Quería saber si su reputación era tan negra como decían. Y yo… —bajó apenas la voz.

—¿Qué más hay, Celia?

—Bueno, es que…

—No te hagas la remolona conmigo —la frenó.

—La culpa de todo esto la tienes tú —la acusó la hermana menor.

—¿Cómo dices?

—¿Recuerdas cuando me dijiste, no hace mucho, además, que necesitabas besar a Winterfield para saber si Hale…?

—¡No es lo mismo! —la cortó de nuevo la duquesa.

—Yo creo que sí. Necesitaba saber si cualquier hombre me haría sentir lo mismo que viví con el beso de Winterfield. Tú me diste la idea. —No era verdad del todo, porque Gabriel le había dado muchísimo más que un beso y a Ashdown no le permitió ni rozarla. El experimento le sirvió para hacer que enfadase más, porque con los demás sí podía contenerse pero con su némesis le era imposible.

—¿Y te recomendé también probarlo con Ashdown? ¡Es su mejor amigo!

—¡Ya sé que es su mejor amigo! —No le diría que lo eligió en parte por ese motivo, como una pequeña venganza—. ¿Y a ti te pareció buena idea besar a Winterfield para darle celos a Hale? —la atacó—. No me des lecciones de moralidad que no practicaste, hermana.

Isolde enrojeció, más por la verdad que por la afrenta.

—No estamos hablando de mí. Y la cosa no fue como dices con Winterfield y Tristan. Haz el favor de confesar todos tus pecados, sospecho que hay más cosas —la apremió.

Celia suspiró.

—Me besé con Ashdown dos veces.

—¿Dos? —La duquesa estaba escandalizada.

—¡Tenía que darle una oportunidad más para confirmar que no sentía nada parecido a lo de Winterfield! —se excusó Celia—. ¿Sabes lo que es que tu peor enemigo te bese y que tus rodillas no logren soportar tu peso porque te estás derritiendo? Era preciso estar segura de que… —Dejó de hablar a tiempo para no incriminarse.

—Oh, Dios…

—En fin, no sucedió nada tremendamente indecente con Ashdown. Él no me agrada.

—Estás enamorada de Winterfield… —susurró Isolde. No era una pregunta.

—¡No seas ridícula! Me encantaría destripar a ese hombre. Estoy convencida de que estará disfrutando con mi caída. —Por supuesto que no amaba a Gabriel, solo era que le apasionaba… Eso sonaba mucho peor. La hacía arder y punto, aunque no lo confesaría jamás.

—Por amor de Dios… Penryth nos ha debido estar vigilando a todos —siguió la duquesa de Halverton con sus pensamientos sin atender a su hermana.

—¿Penryth es el falsificador?

—Como si no lo supieras, Celia. Esta será la primera vez que destroce la reputación de una mujer con la verdad.

—No me he entregado a nadie, Isolde. Y me ofende que…

—¿Que tú te ofendes, Celia? Todo esto es…

—Lo siento.

—Antes de casarnos, avisé a mi esposo de que mi familia era un desastre. Tristan me convenció de que siempre estaría a mi lado. No sé si podrá soportar que… ¡Oh, cielos! ¿Padre lo habrá leído?

—No lo creo. Si lo hubiese hecho ya me habría pedido explicaciones. Salió esta mañana en dirección a White's.

—Eso me recuerda que tengo que contarte otra cosa.

—¿Otro secreto?

—No lo sé. Es que cuando Halverton se casó conmigo…

—Si vas a recordar de nuevo que soy un espanto como hermana…

—No es eso —la interrumpió—. Halverton quiso pagar las deudas de nuestro padre, pero… solo se debían unas pocas libras, Celi. Creo que nos engañó sobre las deudas.

—¿Estás acusando a nuestro padre de jugar con nosotras?

—Tú lo hiciste conmigo. Jugaste con mi vida —le recordó. Isolde se dio cuenta de que su hermana se mordía el labio y desviaba la mirada—. ¿Qué más tienes que confesar?

—Nada —dijo demasiado rápido.

—Dilo de una vez. No puede ser peor que lo que ya me has dicho.

—Uhm…

—¡Oh, cielos! ¡Lo es! —supuso Isolde—. ¿Has matado a alguien?

—Eres demasiado dramática, por no decir ridícula, Isolde. Yo no he cometido ningún asesinato, pero… se podría decir que he estado ayudando a nuestro padre y la confesión no puede salir de aquí.

—¿Ayudado?

—Eso he dicho.

—¿Cómo?

Isolde volvió a cerrar los ojos. La duquesa tuvo un recuerdo de su infancia. Vio a Celia con seis años, embarrada y llena de cortes en las piernas por haber trepado por un árbol para rescatar un gato de unos chicos que le habían estado tirando piedras hasta que el animal se escondió. Nadie había enseñado a Celia a retroceder; lo aprendió sola cuando entendió la diferencia entre el bien y el mal. La mujer que seguía sosteniendo el papel no fingía valentía, pues era la misma niña que era incapaz de quedarse con los brazos cruzados cuando alguien sufría. Siempre tenía que ayudar a los demás, siguiendo sus propias convicciones. Ese era el motivo por el que juraría que Celi se había metido en su vida cuando apareció el falso señor Hale, quien resultó ser su verdadero amor.

—Supongo que una confesión más no puede ser peor.

—Lo dudo mucho —musitó Isolde.

—¿Quieres escuchar la historia o no?

—Me muero por saberla, Celia.

—Ante todo debes saber que nada estuvo planeado. Todo fue… Solo surgió una oportunidad y acepté los encargos.

—¿Qué encargos?

—No te impacientes y escúchame.

—¡Habla! —la urgió.

—Hace un tiempo, una amiga mía valoraba casarse con un indeseable que pretendía engañarla. Me decidí a probar la lealtad de ese hombre. Solo tuve que sonreírle un par de veces para que él se olvidase de las promesas que le había hecho a su inminente prometida.

—¿Y recibiste dinero por ese servicio? —intuyó Isolde.

—No. Pero estas cosas son así. Mi amiga conocía a otra amiga que tenía miedo de cometer un error, así que me pidió ayuda y en un pestañeo las jóvenes me estaban llenando los bolsillos en señal de agradecimiento. Yo sabía que nuestro padre tenía problemas y no pude quedarme al margen.

—Lo espiaste —dedujo Celia.

—Lo ayudé —la corrigió la hermana menor.

—¿Qué clase de cosas has… has…? —carraspeó—. ¿Has tenido que hacer cosas discutibles para probar a esos caballeros, Celia? —preguntó con suavidad.

—¡No! —saltó de inmediato—. Sigo siendo más pura que la nieve; no tienes motivos para alarmarte. Salvo a Ashdown y a Winterfield no he besado a nadie más.

—Una vez me preguntaste si solo había besado a un hombre… Dios santo… Tuve que haberte vigilado mejor, pero también es cierto que si no hubieses actuado, habríamos acabado mendigando en plena calle.

—Gracias por entenderlo.

—No he dicho eso. Yo… Tenemos que arreglar todo este enredo con Winterfield y el falsificador. Tu secreto… Bueno, uno de tus muchos secretos —se rectificó— ha salido a la luz—. Te apartarán y, aunque soy una duquesa, no sé si podré ayudarte, Celia. Tengo que hablar con Gabriel. Una vez estuvo dispuesto a ofrecerme una salida y creo que hará lo correcto por ti.

—¡Nada de eso! —gritó cuando entendió lo que Isolde se proponía.

—No hay más opción, hermana.

—No pienso pedirle auxilio. —La negativa le salió con fuerza.

—No entiendes lo que está en juego.

—Desde luego que sí. Y ahora, por favor, deja de mirarme como si fuese una irresponsable a punto de prenderse

fuego.

—Te miro como a mi hermana —le dijo con dulzura—. Como la mujer que me ha confesado que está enamorada de Winterfield y que besó a Ashdown para corroborarlo.

—No tergiverses la historia. Yo detesto a Winterfield, no lo amo. ¿No comprendes lo que pasaría si me casase con él?

—Necesitas a Winterfield, Celia.

—Solo me necesito a mí misma. —Celia dejó el papel—. Y necesito atrapar a ese falsificador para que confiese su pecado.

—¿No has aprendido nada estos años?

—¿A qué te refieres?

Isolde dudó, pero era necesario explicarle el asunto.

—La verdad no importa cuando el rumor ya ha mancillado una reputación. Estás acabada. Lo siento mucho, pero no había otro modo de decirlo.

—Entonces seré una solterona excéntrica. Me retiraré al campo. Tengo fondos suficientes para aguantar hasta que herede ese fideicomiso de nuestra madre que has mencionado antes.

—¿Es eso lo que quieres? Ser mirada y juzgada por todos los que te rodean. ¿Que las madre no permitan que sus hijas se acerquen a ti porque consideran que eres el pecado? Sin amistades, sola, Celi… Sola para siempre.

—¿Tú me abandonarías, Isolde?

—Sabes bien que nunca podría hacerlo.

Celia cabeceó un par de veces. La creía.

—Winterfield jamás se casará conmigo —confesó al fin, mientras una lágrima se le caía por la mejilla.

Se miraron unos segundos, en un silencio que había dejado de ser hostil hacía mucho rato.

—Te quiero —dijo Isolde de pronto.

Celia apartó la vista hacia la lluvia.

—Lo sé —respondió—. Y yo a ti.

Permanecieron así. En silencio, compartiendo una lealtad que Celia sabía bien que jamás se quebraría entre ambas.

Y sí. Por descontado que estaba muerta de miedo. Sabía que no podía contar con la ayuda de Winterfield y que acabaría siendo una paria social. Ni la duquesa de Halverton lograría salvarla de semejante futuro.

Capítulo 6

La lluvia no daba tregua. Había agotado la paciencia del cielo y marcaba un compás obstinado sobre los cristales del despacho. El carbón crepitaba en la chimenea y el humo dibujaba un ribete blando a la luz. Sobre el escritorio, una regla de marfil sujetaba el Morning Chronicle abierto en la sección de ecos de sociedad, con la mancha de tinta aún fresca donde Gabriel había subrayado las iniciales de los implicados en el escándalo.

Winterfield levantó la vista cuando entraron sus invitados. En honor a la verdad, había estado esperándolos con tranquilidad. Estaba más que claro que tendría que enfrentarse a ambos.

El duque de Halverton sonreía con esa calma que precedía a sus correcciones más severas; Worthing, en cambio, traía el gesto tenso.

—Es curioso —dijo Halverton, apoyándose en el respaldo de la butaca cuando se hubo sentado—. No hace tanto, el hombre detrás del escritorio era yo. El destino es muy curioso, ¿no te parece, Winterfield?

Gabriel torció la boca en algo parecido a una sonrisa, aunque no le llegó a los ojos. Habría preferido un duelo a veinte pasos que tolerar la presencia del esposo de Isolde. No era que le tuviese celos o algo así. Solo era una cuestión de orgullo entre caballeros.

—Esto es de locos; unas simples iniciales bastan para crear un escándalo —murmuró Worthing—. Londres lee lo que desea leer. Mi pequeña no merecía verse mezclada en esto.

El conde de Winterfield se permitió un segundo para ordenar sus pensamientos. La última vez que se había topado con ella, la cosa fue… humillante para él. Celia lo había devuelto a la vida y lo había condenado un instante después. Iba a ser divertido verla arrastrándose ante él para que la salvase. Aunque en la edición matinal no se hablaba de una mascarada, tal y como Gabriel había pensado que ocurriría, sí se mencionaban cosas que a él se le acabarían perdonando con el tiempo, pero no a ella. Celia iba a ser repudiada por la sociedad.

—Lo lamento, Worthing —dijo al fin—. Y no lo digo por cortesía. Lo siento de verdad.

—Nadie duda de tu elocuencia —repuso Halverton, con tono ligero que no ocultaba el filo—. Dudo menos de la mano que escribió la carta y que la ha puesto a circular. La pluma debe ser la misma. El falsificador sigue trabajando y está empeñado en que la hermana de mi duquesa pague por la muerte de su cómplice.

—Lo sé —dijo Winterfield—. Vosotros también lo sabéis. Londres, no. Dará por buena la mentira y destruirá a la dama.

Worthing dejó el periódico, que había llevado en la mano desde que entró, sobre el escritorio con una precisión casi

ceremonial. El padre de Celia parecía más viejo bajo esa luz, como si la tinta le hubiese robado años.

—La vida de mi pequeña está en juego —apuntó—. Sé que todo esto es obra de un desalmado que busca dinero y venganza, pero… Tengo que preguntártelo, Gabriel. ¿La comprometiste?

El silencio llenó la habitación como un vino espeso. Halverton le sostuvo la mirada sin pestañear; tenía esa clase de paciencia que se afilaba en despachos privados y campos de batalla.

—Estoy seguro de que la virtud de la dama está intacta, Worthing. Eso es lo que importa.

El duque lo miró con suspicacia. Gabriel se dio cuenta de ello y esperó una réplica que no apareció. En cambio, Tristan dijo:

—La pregunta correcta es qué harás ahora que la ciudad ha olido la sangre.

Winterfield sonrió. Él le dijo a Celia una frase parecida. Mujer testaruda… Suspiró y clavó los dedos en el borde del escritorio. Había pasado la mañana entera preparando argumentos con la misma frialdad con la que elegía un caballo, pero los vio desplomarse uno por uno cuando el padre de la dama y el duque aparecieron. La imagen de Celia, alzando la barbilla en vez de agacharla, volvió como un golpe. Ella jamás se arrastraría por nadie. Él tampoco lo haría. En lo que a él se refería, ya se había humillado bastante cuando reconoció lo que sentía por ella. Le confesó sus sentimiento y la muy bruja se limitó a insultarlo. ¿Se lo merecía? ¡No lo sabía! Era un canalla, sí, pero…

¡Dios, los dos estaban en un gran lío!

—Lo correcto —afirmó Winterfield.

Halverton alzó una ceja.

—¿Y qué es lo correcto, Winterfield? ¿Que te cases con una hermana después de haberlo intentado con la otra? —lo picó el duque.

—Lo que acabas de decir está de más, Halverton. El pasado no importa. La reputación de la dama afectada sí.

—¿Te casarás con ella? —inquirió el conde de Worthing con esperanza.

—Si lady Celia me acepta —dijo Winterfield—, me casaré con ella.

El sonido de la lluvia se hizo más audible, como si las nubes se acercaran para oír mejor. Worthing cerró los ojos un instante, un gesto que denotaba alivio. Halverton ya no sonreía ni un poco; la diversión del principio se había retirado de su rostro, aunque la mirada de suspicacia del duque no menguaba ni un ápice.

—La declaración que has dado resulta ambigua, Winterfield. Para que nos entendamos, no he escuchado una promesa clara. Señalas que ella tendrá la última palabra y eso no es justo.

—¿No te ha explicado tu esposa que su hermana menor me odia con todas sus fuerzas? ¿Pretendes que la obligue a aceptarme?

La sorpresa de Halverton fue evidente.

—¿Odio, dices?

—Sí —se reafirmó el conde más joven que había en la habitación.

—Soy bastante bueno leyendo a las personas. No veo odio en tus ojos cuando hablas de ella —soltó con perspicacia.

—Tal vez seas bueno en eso que has dicho, pero no debes de gozar de un buen oído. No he dicho que yo la odie. Es ella la que nunca me ha tolerado.

Halverton lo estudió en silencio, con la mirada que reservaba a mapas difíciles. Se inclinó un poco hacia delante, como si viera al fin la pieza que faltaba. No. Ese hombre no odiaba a la hermana de su esposa, pero estaba más que claro que guardaba varios secretos con respecto a la dama.

—Es cierto que la chica te censura —intervino el padre de Celia.

—Una forma muy diplomática de decirlo, Worthing.

—Supongo que podrías reparar el honor de ella. Bueno… no es que hayas hecho nada malo, muchacho, pero el falsificador se ha encargado de…

—Lo entiendo. No se disculpe —le dijo Gabriel al anciano.

—Puede tener sus ventajas casarte con la chica. Te dará un par de herederos y luego podréis llevar vidas separadas.

—¿Eso es lo que ella espera que ocurra? —preguntó lleno de rabia.

—Será más fácil para ti, Gabriel —sentenció el otro conde, quien a veces lo llamaba por su nombre de pila. La ocasión lo requería más que nunca.

—Vaya… —susurró Halverton—. En verdad, lady Celia sí que debe odiarte cuando su propio padre te da semejante recomendación.

—¿Estás sonriendo, Halverton? —preguntó a bocajarro Gabriel—. Podría sentirme tentado a borrarte tu estúpida sonrisa de un puñetazo.

Winterfield le sostenía la mirada sin parpadear. No era momento de confidencias, porque se moría por decirle que poco importaba que ella no lo tolerase, pues Celia no podía más que derretirse cuando él la besaba. No cedería ante la provocación.

—Sé que ocultas algo, Winterfield —dijo al fin el duque.

—Todos tenemos nuestros secretos. Tú, incluido. ¿O quieres que te refresque la memoria frente a lord Worthing de cómo me enteré de ciertos asuntos?

—Caballeros —habló el padre de las hermanas—. No es momento de enemistades. Atravesamos un momento delicado. Debemos estar en el mismo bando. —Miró con fijación a Gabriel—. No busco humillarte —le dijo—. Busco proteger a mi hija. Si te casas con ella… No es una mujer fácil. Isolde siempre ha tenido mucho carácter, pero su hermana tiene eso e iniciativa. Podría volverte loco. No quiero que la rompas.

—¿Y cuál es la solución si no es el matrimonio, Worthing? —le preguntó con sinceridad Gabriel—. Conozco bien a su hija. He reconocido que me detesta, pero no veo otra salida.

—Las quiero, Winterfield.

—¿Está insinuando que no me ve capacitado para cuidarla, lord Worthing?

—No es eso…

—¿No? ¿Entonces qué es?

—Worthing siempre ha deseado que sus hijas se casen por amor —desveló Tristan.

—¿Y qué te hace pensar que solo una podría hacerlo?

—Has reconocido que lady Celia no te tolera —le recordó con suavidad el duque.

—Eso no implica que las cosas no puedan cambiar.

—¿Ah, no? —la suspicacia de Halverton regresó.

Winterfield suspiró.

—No la romperé. Me armaré de paciencia —dijo Winterfield—. Aunque me tiente asesinarla con mis propias manos, me contendré con ella. ¿Os vale a ambos mi juramento?

Halverton soltó una risa larga.

—Eres un insolente. Te recomiendo que cuando le propongas matrimonio no utilices ninguna de esas palabras con ella o te mandará al cuerno.

—Sí. Estoy seguro de que eso haría. Trataré de ser más… persuasivo. —Se mordió la lengua porque no confesaría jamás que ella ya lo había enviado allí hacía un par de días. Tampoco se vanagloriaría de que ella se derretía con su toque. ¿Por qué tenía que ser una mujer tan complicada?

—Si vas a cumplir con tu palabra, conviene fijar un plan. Los periódicos no perdonan silencios. Hay que hacer un anuncio —propuso el duque.

—No habrá comunicado por mi parte —dijo—. No antes de hablar con la interesada. No soy tan necio.

—¿Necio? —El duque lo examinó con mucha atención—. Crees que ella se negará —concluyó con sorpresa al descubrir la preocupación de Winterfield.

—En absoluto. Ella debería tener miedo de que yo no me comporte como un caballero y no pida su mano —improvisó Gabriel.

—Quédate tranquilo, no se negará. —No lo engañaba, podía leerle la mente a través del rostro.

—Te he dicho que… —comenzó a decirle Gabriel.

—Sí, sí. Ya te he escuchado, Winterfield. Ahora atiéndeme, no hará falta que envíes ningún anuncio. Como cabeza de la familia en la que pronto ingresarás, ya me he tomado la libertad de redactar el anuncio formal. El incentivo que le he dado al

director del periódico para que salga publicado en la edición vespertina, servirá para aplacar el escándalo hasta la boda. También he enviado a un sirviente en busca de una licencia especial.

Gabriel apretó los puños. Estaba conteniendo su cólera.

—Tú no eres el padre de lady Celia —le recordó, porque no tenía derecho a inmiscuirse en sus asuntos.

—No. Soy el hermano por matrimonio de la dama que mi duquesa ama tanto como a mí. ¿He sido claro?

—Estás disfrutando con esto —opinó al ver la sonrisa de Tristan.

—¿No lo hiciste tú cuando era yo el que estaba siendo acusado y juzgado no hace demasiado por mis asuntos con Isolde? —se defendió.

Worthing recogió el periódico, lo dobló con cuidado y se lo guardó en el bolsillo interior del abrigo. Cuando habló, su voz sonó más firme.

—No discutiremos más. La suerte está echada y nada más que el matrimonio remediará el escándalo.

Halverton se puso en pie. Se quedó un instante quieto, con la mano apoyada en el respaldo de la silla.

—¿Qué pasa ahora, Halverton? ¿Hay más disposiciones que desees ordenarme hacer? —cuestionó Gabriel.

—Solo una más. La ciudad te conoce demasiado. Tu fama te precede. No hay nada en este mundo que me importe más

que la felicidad de mi duquesa. Supongo que te imaginarás lo que sería verla triste porque su hermana es infeliz.

—¿Me estás amenazando?

—¿Hace falta que lo haga, Winterfield?

—¡Esto es inaudito! —se quejó el conde.

—Muchachos… estamos en el mismo bando —intervino Worthing de nuevo.

Halverton le sonrió a Winterfield.

—Lo estamos, pero eso no me impide recordarle al inminente esposo de lady Celia que me he ganado la vida como militar. Sé cómo matar a un hombre.

Gabriel se puso de pie con tanta prisa y violencia que volcó la silla.

—No toleraré ninguna interferencia entre lo que ocurra entre mi esposa y yo. Celia es mía. Es mi responsabilidad.

—Conque tuya, ¿eh? —La sonrisa que Tristan le ofreció en esa ocasión le mostraba todos sus perfectos dientes.

Winterfield se acababa de dar cuenta de que Halverton se había salido con la suya. Con una sencilla explicación y, en especial con su reacción, había dicho mucho más de lo que debía.

—¡Santo Dios! —murmuró Worthing, al comprender esa frase de Gabriel.

—No la he comprometido —apuntó de inmediato el conde. Y, al menos, eso no era mentira del todo.

—Uhm… —se burló el duque.

—¡Es hora de marcharnos, Halverton! —propuso el padre de las dos hermanas.

—¿Tan pronto? La cosa se estaba poniendo interesante.

—Sí, tanto que si no nos vamos, dejarás viuda a mi hija antes de que se case siquiera.

La diversión era más que patente en el rostro de Halverton. La ira lo era en el de Winterfield.

—No hará falta llegar a la violencia. Creo que los dos tenemos ahora la misma misión.

—¿La tenemos? —argumentó incrédulo Winterfield.

—Hay que atraparlo. El villano ha calumniado a tu… Celia —dijo con toda la intención del mundo.

—Cuidado, Halverton —le advirtió que estaba a punto de perder los nervios y que en esa ocasión no habría marcha atrás.

—¿No has dicho que ella era tuya?

—Eres un provocador —lo acusó—. Dejaré a un lado las ganas que tengo de ensangrentarte la nariz porque sí que hay que buscar a ese falsificador que se ha atrevido a mancillar la reputación de mi condesa.

—¡Fíjate! —exclamó Tristan—. Tienes madera de esposo y todavía ni te has casado.

El duque le hizo a Gabriel un gesto leve que podría haber sido un asentimiento. Eso pareció tranquilizar al inminente novio. Worthing le alargó la mano al conde, parco, con la rigidez de quien preferiría no deber nada a nadie y, aun así, estaba dispuesto a aceptar un pacto. Conocía a ese muchacho desde hacía demasiado. Si hubiese sido Isolde la que se casase con él… pero no. Era Celia la que se convertiría en su condesa.

—Celia no inclina la cabeza ante ningún caballero —le advirtió el conde de Worthing—. Creo que no lo ha hecho ni tan siquiera ante mí. Si crees que puedes soportarlo, adelante. Te deseo suerte.

—Nos irá bien —respondió Winterfield, dándose cuenta de que en verdad deseaba que así fuese. Quería un matrimonio sólido con una mujer ardiente. Halverton se veía muy complacido con lo que tenía con Isolde. ¿Por qué no podía tener eso, la devoción de una mujer? Se había dado cuenta de que el esposo de la que en otro tiempo consideró su mejor amiga era tan fiero porque amaba a su esposa. Gabriel estaba seguro de que tanto ese duque pomposo como su duquesa darían la vida el uno por el otro. ¿Qué había de malo en tal unión?

¿A esa lealtad y fidelidad se refería Celia cuando lo despachó aquella noche en la mascarada? Sí. Tenía que serlo, porque estaba seguro de que eso compartían Isolde y su marido.

¡Maldición!

Gabriel comprendió de inmediato que sentía celos de lo que los duques de Halverton tenían.

Después d departir sobre algunas cuestiones más, los tres se despidieron al fin.

Cuando se marcharon, el despacho recuperó su rasgo apacible. La lluvia seguía allí, insistente. Winterfield cerró su ejemplar del Morning Chronicle. Se había comprometido. La promesa le pesaba de una forma extraña. No lo agobiaba el hecho de perder su libertad. No sentía su compromiso como una pesada cadena sino como una prenda hecha a medida que aún no se había probado.

Recordó a esa hechicera que lo tenía loco. Esos ojos grises, la barbilla alzada, la voz clara diciéndole que no se casaría con él… La ciudad exigía una reparación imposible. No era que el matrimonio entre Celia y él resultase una locura. Entre ambos existía un fuerte deseo y sobre ese poderoso sentimiento se podía trabajar. El problema era otro. Su inminente condesa era una fiera que tenía que ser domesticada. No podía saltar por encima de él, ni humillarlo y salir indemne.

Llamó al lacayo para pedirle que avisase al cochero. No redactaría nada. No enviaría mensajeros. Hablaría con ella cara a cara.

La lluvia redobló su obstinación mientras el fuego de la chimenea se consumía como un último suspiro. Fuera, Londres esperaba la siguiente jugada. Dentro, un hombre se preparaba para afrontar su destino.

Capítulo 7

El clima había dado una tregua. Ya no llovía. ¿Sería eso un buen presagio para lo que se acercaba?

El carruaje de Winterfield apareció como una sombra a lo lejos. Celia lo vio desde el mirador que daba a la plaza. Tenía las manos bien cerradas en los pliegues de la falda para no echarse a temblar. Había reconocido el blasón en el vehículo. El cochero tiró de las riendas; los caballos resoplaron vapor y el lacayo le abrió la portezuela para que él descendiese. Un instante después, el conde estaba cruzando el umbral de la casa de Worthing.

El mayordomo llegó para avisarla.

—Milady, lord Winterfield solicita hablar con usted… a solas.

Ella asintió. No preguntó dónde estaba su padre. Sabía por qué él había ido. No para consolarla ni para admitir culpas. Estaba allí para cobrarse una afrenta, para vengarse por cada palabra que le había arrojado a la cara hacía un par de noches. Lo sabía con la misma certeza con la que recordaba el calor de su boca.

Pidió que lo hicieran pasar al salón pequeño, el que daba al jardín, mientras se dirigía a esa sala que estaba en la habitación contigua. Llegó y se colocó con cuidado junto al aparador, donde la luz de la lámpara no la golpeaba de lleno. Cuando él entró, el silencio fue tenso.

—Lord Winterfield —dijo ella.

—Lady Celia. —Él la saludó con una inclinación precisa. Había una seca corrección en su voz, un filo que no dejaba grietas —. Gracias por recibirme.

—No se merecen. —No sabía qué más decirle.

La situación era muy incómoda.

No se acercaron. Entre ambos quedó un espacio prudente, tan pulcro como el resto del mobiliario. Él parecía ser otro. Bueno, en realidad era el de siempre, no el de las últimas semanas. En sus ojos no había rastro del hombre que la había besado en el jardín. Ni risa, ni rabia. Frialdad, únicamente. Todo volvía a ser como al principio. No, peor. Porque antes él no la miraba, pero al menos no le lanzaba esa mirada tan fría.

—Supongo que se figurará el motivo de mi visita —dijo él.

—Lo imagino.

—Entonces ahorrémonos los rodeos. —Su acento se volvió aún más cortante—. Soy muy consciente de lo que ambos tenemos que hacer. Y, por mucho que usted me deteste, no nos queda otra.

La palabra que usó para catalogar el sentimiento de ella fue brutal. Celia sostuvo la acusación velada con el mentón alto. No sabía otra forma de permanecer en pie más que resistir con dignidad.

—La ciudad ha decidido por nosotros.

Él no discutió ese punto. Caminó hasta el respaldo de una butaca, apoyó la mano y la retiró al instante, como si cualquier contacto con la casa de Worthing le ensuciara.

—Antes de continuar —añadió en un tono neutro premeditado—, debo tranquilizarla. Ya he superado mi capricho por usted.

Las paredes, por un momento, parecieron acercarse. Celia esperó, sin moverse un milímetro. Él no habló, así que supuso que debía hacerlo ella.

—No sé qué debería decir al respecto.

—Nada, solo quería que supiera que seguí su consejo.

—¿Mi consejo? —Ella no lo entendió.

—Buscar a otra dama. Y funcionó a las mil maravillas. —Una sonrisa mínima, más de cortesía que de satisfacción—. Oxford Street está llena de modistas que juran tener las mejores sedas para tentar a una dama. Me bastó darme un paseo por allí para captar la atención de… una mujer impresionante.

—¿Está presumiendo ante mí de sus conquistas, lord Winterfield?

—En absoluto. Solo pretendía tranquilizarla. Mi deseo está contenido y mi dominio sobre mí mismo es absoluto.

La afirmación de él dolió. La punzada no pidió permiso. Le subió por la garganta y quiso torcerle la voz. Celia recordó la advertencia que se había hecho de camino a ese salón. Se tragaría el veneno sin hacer muecas. Lo necesitaba para sobrevivir. Era una gran suerte que él hubiese ido a verla antes de que ella decidiese hacerlo. Mentiría si no confesase que había estado rezando desde que Isolde se fue para que Winterfield la visitase. Había dado por supuesto que él no lo haría, así que se había pasado el resto de la mañana tejiendo un plan para ir a su casa y convencerlo. Tal vez él no fuese el canalla que ella supuso, aunque lo que le acababa de confesar evidenciaba lo contrario. No sabía a qué atenerse con Gabriel. ¡No! Él era lord Winterfield. Haría bien en no tomarse confianzas con él. Estaba más que claro que, si bajaba la guardia, la única que sufriría sería ella. Suerte que era una experta en supervivencia social.

—Imagino que no me queda más que felicitarle.

—Agradezco sus buenos deseos. —Él habló como quien cerraba un trato menor—. Precisamente porque mis impulsos están bajo control, puedo ofrecer lo que procede.

Se irguió un poco más. El brillo de sus ojos se volvió diferente, aunque Celia no sabía descifrar lo que veía en él.

—¿Y qué sería eso, milord? —preguntó con mucha suavidad.

—Matrimonio —expuso—, con cláusulas claras para evitar malentendidos, por descontado. Libertad para mí; discreción para usted. No obstante, tendrá que ser paciente para lograr lo

último. Una vez nacidos el heredero y… el repuesto, podrá vivir con libertad de movimiento. En cualquier caso, usted no me pedirá cuentas; y, llegado el momento, yo no se las pediré tampoco. No habrá celos ni preguntas.

La lámpara zumbó un instante. Fuera, había vuelto a llover. Celia respiró despacio. Había esperado crueldad, quizá un reproche punzante. En su lugar, él le tendía un contrato que la protegía y la hería a la vez. Una solución impecable. Una humillación elegante. No tenía la menor duda de que él estaba disfrutando con la situación. Se negó a dejar entrever que estaba dolida con el planteamiento.

—¿Y la sociedad? —preguntó—. ¿Qué hará con ella, milord? Londres come rumores para el desayuno.

—La ciudad se conforma con signos visibles. Un anuncio bastará hasta la boda. Halverton ya se ha ocupado de ello. Incluso está a la espera de recibir en breve una licencia especial. Después, dos nacimientos resolverán cualquier duda sobre nuestro matrimonio.

—¿El esposo de mi hermana lo ha…? —comenzó a preguntar.

—Eso es entre el duque y yo. Entre usted y yo, no hay otra cosa que hacer más que la que debemos —la frenó.

Un anuncio. Claro que sí. Halverton habría movido ya medio Londres para fijar la versión conveniente sobre el inminente enlace. Celia sintió que algo le ardía bajo la piel. No era vergüenza. Tampoco miedo. Era una furia fría, con un propósito nítido. Aquello que la había mantenido alerta desde que la tinta del periódico manchó su nombre.

—¿Y bien? —prosiguió él—. ¿Acepta mi propuesta?

—¿Acaso tengo otra opción?

—Sí. Puede mandarme al cuerno. Eso se le da bastante bien, debo añadir. Puede tratar de salir a flote por sus propios medios, pero no se haga ilusiones. No lo logrará.

—¿Entiende que su vida se ligará a la mía hasta que uno de los dos decida partir al otro mundo, milord? —le preguntó con suavidad.

—¿Tengo otra opción, milady? —Usó deliberadamente la misma pregunta que acababa de lanzar la dama hacía unos instantes.

La pregunta se quedó vibrando entre ambos. Celia vio su propio reflejo desenfocado en una ventana. Recordó la mascarada, el pasillo en penumbra, la voz de Winterfield pronunciando su nombre como si fuera un secreto… En esos instantes comprendía que no quería sobrevivir con la cabeza agachada. Quería ganar. Quería encontrar al falsificador, llevarlo ante la justicia, y ajustar cuentas con el hombre que tenía delante, ese que acababa de declararse inmune a sus encantos. Deseaba que Gabriel Thorne se enamorase locamente de ella. Que le declarase su amor del mismo modo que no había sido capaz de ocultar aquel deseo que había sentido por ella y que parecía extinto.

—Acepto —dijo, y no le tembló la voz.

Él inclinó apenas la cabeza, aprobando su decisión. Fue como ver a un caballero comprando una yegua de cría porque ella cumplía los requisitos.

—Entonces lo organizaremos sin demora. —Siguió con la formalidad más férrea—. Usted será tratada con el respeto debido. Se garantizará su independencia material. Yo cumpliré con mis obligaciones. Tendrá un hogar en mi casa; tendrá su lugar en mi mesa. Y tendrá, por supuesto, la protección de mi título.

—Se lo agradezco —mostró humildad.

—Lo dudo mucho.

—No, de verdad que yo…

—Halverton parece que lo tiene todo decidido. Aguardaré noticias, pues. Confío en que su libertad no tarde una eternidad en llegar, milady. Le prometo que la molestaré lo menos posible. En cuanto haya confirmación de un embarazo, no tendrá ni que verme.

Celia avanzó un paso. Él retrocedió dos. El corazón le dolía tanto que estaba al borde de las lágrimas. El aire entre ambos era tan gélido que podrían congelarse en cualquier momento.

—Permítame una pregunta, milord. —No esperó su permiso—. ¿Por qué insiste tanto en la palabra libertad? ¿Teme el matrimonio o le teme a su inminente esposa?

Un destello le cruzó la mirada, tan breve que cualquiera habría dudado de haberlo visto. Él sonrió sin humor.

—Temor es una palabra desmedida. Prefiero las estructuras que no requieren explicaciones. Usted es inteligente; sabrá apreciar las normas que le he propuesto.

—Comprendo —mintió, porque no lo entendía. No había entendido ni una sola de sus últimas palabras.

—Entonces queda todo dicho.

—Sí. Solo le pido permiso para que me permita ocuparme de ciertos asuntos que me atañen.

Él la miró con esa quietud que tenían los depredadores antes de cazar.

—¿Qué asuntos son esos?

—La farsa sobre la carta que dicen que yo misma escribí confesando mis pecados con usted, no se descubrirá sola —respondió—. No pienso dejar que el autor respire en paz.

—Y yo no pienso interponerme si no me pide cuentas. —La voz le salió tan fría que habría helado el infierno—. Ya lo he dicho: no habrá preguntas. Usted por su camino y yo por el mío. Solo nos encontraremos cuando el deber con mi título lo exija. Es nuestro deber conyugal.

—Confío en que la tarea no le resulte pesada, milord —se atrevió a decir.

—Trataré de soportarla —dijo él sin mostrar ningún sentimiento.

—Entonces no habrá más preguntas. —Celia le sostenía la mirada.

Durante un segundo, el salón entero pareció apoyarse en sus dos voluntades. Él evaluaba, calculaba distancias; ella no

dejaba de mirarlo para ver si podía descifrarlo. Le resultaba imposible ver más allá de la máscara que se había colocado.

—Una última cosa —comentó Winterfield, como recordando un detalle anodino—. Le pido que, en público, evite cualquier gesto que alimente el escándalo. La ciudad ya tiene suficiente con lo publicado en el periódico de la mañana. No necesita más pólvora. No se la dé.

—Por supuesto. —Ella inclinó la cabeza lo justo—. Es usted quien aborrece las explicaciones; haré todo lo posible para evitarle la tentación de tener que preguntarme.

Él respiró hondo, como si hubiera querido decir algo más y se lo hubiera prohibido a sí mismo. En su gesto asomó otra cosa, tenue y peligrosa, que desapareció de inmediato. Bien. Que desapareciera. Que jugara a no sentir. Celia se prometió que desmontaría esa máscara, pieza a pieza, hasta verlo suplicar… y, cuando lo hiciera, no habría mujer en la ciudad capaz de recomponerlo porque lo haría suyo en cuerpo y alma.

—Muestre más respeto. Le estoy haciendo un favor. —Lo había intentado, pero no logró contenerse. Lo que sí consiguió fue que la advertencia resultase menos violenta de lo que debería ser.

—Me disculpo si no le he dado ya las gracias por su… sacrificio.

—Lo ha hecho antes. No hace falta ser condescendiente. —Se acercó a ella y la miró con fijación—. ¿No entiende el embrollo en el que está?

—Sí. Mi hermana Isolde me lo ha hecho comprender. Sé bien que le necesito a usted para sobrevivir.

—Entonces, recuerde eso de ahora en adelante.

—Tiene mi palabra de que lo haré.

—¿Por qué todo lo que dice siempre suena como un insulto?

—Tal vez el problema esté en los oídos de quien escucha, milord —replicó con suma suavidad.

Gabriel ya había cumplido con su parte del acuerdo. Se encaminó hacia la puerta, aunque se detuvo a mitad de camino. No se giró para mirarla.

—Una advertencia, lady Celia. —No alzó la voz—. Si acepta mis términos, los cumplirá. No me gustan los juegos cuando se trata de la reputación de mi futura esposa.

—Lo sé, me ha quedado muy claro —dijo ella—. Prefiere las estructuras bien ordenadas. Sin preguntas y sin celos. Lo tengo todo bien anotado en la cabeza. No se preocupe.

Él suspiró.

—Nos veremos el día de la boda.

Avanzó hacia la salida. La puerta se cerró con un clic seco. Celia se quedó un instante quieta, mirando el lugar por el que él se había ido. Cuando se supo segura y a salvo, se permitió derrumbarse. El corazón le golpeaba como si hubiese corrido por tres calles. No quería llorar, pero tampoco podía evitarlo.

Apoyó una mano sobre el respaldo de la silla más próxima porque pensó que acabaría cayéndose al suelo. Le había

prometido que no habría celos.

Oh, Dios… La punzada que sentía en su interior no podía ser otra cosa más que los crudos y verdes celos por haber escuchado cómo él había buscado a otra. Se casaría con ella porque era lo que debía, pero estaba segura de que mantendría a esa otra mujer como su amante. ¿Cómo podría vivir sabiendo que otra mujer tocaba a su esposo?

Acabaría muriéndose. A no ser que…

El plan de Celia era tan sencillo que tendría que funcionar. Tenía que seducir a su esposo lo antes posible para que él no buscase a otra mujer fuera del lecho. Lo había logrado una vez; no podía ser tan difícil volver a conseguirlo, ¿no?

Era fundamental enamorarlo. No había nada más poderoso que el deseo y el amor. Habían compartido lo primero; lo segundo tenía que llegar debido a la lujuria. Sí. Era preciso ser instructiva. Era necesario darle razones de peso a Winterfield para no hacer enfadar a su esposa. Le haría comprender que una mujer contenta era mejor que una enfadada o triste.

Se acercó a la ventana para verlo salir de casa. Se dio cuenta de que él estaba parado frente a la fachada, miraba en su dirección.

La mirada de ambos se cruzó. La había visto, al igual que ella a él. ¿Qué significaba lo que acababa de suceder? ¿Cómo podía una sencilla mirada sentirse tan poderosa, tanto como para pesar más que todas las palabras que habían intercambiado?

En el patio, el carruaje de Winterfield giró la esquina. La lluvia, incansable, seguía lavando Londres. Dentro de la casa de

Worthing, una dama había aceptado un pacto. También había declarado una guerra silenciosa. Y, sin saberlo, había escogido el mismo campo de batalla que su futuro esposo, pues, en caso de haber podido leerle la mente, se habría dado cuenta de que también Gabriel se proponía enamorarla. Y sí. La seducción era el primer paso para ambos.

Capítulo 8

El conductor del carruaje cogió la curva cerrada de Brook Street con la precisión de quien conocía cada adoquín. No tenía mayor importancia, porque el camino hasta la próxima parada de lord Winterfield era un trayecto que su cochero había recorrido infinidad de veces.

Había escampado y un brillo claro se posaba en las molduras mojadas de los majestuosos edificios. La fachada de piedra de la casa de lord Ashdown se veía como su amigo, como si tuviese un gesto perpetuo de suficiencia; en los faroles de la puerta aún temblaban algunas gotas de agua.

El conde de Winterfield no esperó a que el lacayo terminara la reverencia. Le entregó los guantes y el bastón y cruzó el zaguán con paso seguro. El mayordomo comenzó a abrir la boca para darle excusas, seguramente para recordarle que lord Ashdown no recibía visitas tan temprano. A Gabriel le bastó una mirada para despejar el pasillo.

—Está en la biblioteca —cedió el hombre, con la voz en un hilo.

La biblioteca estaba en completo silencio. Una esfera armilar dorada brillaba junto a la ventana, y sobre el escritorio de nogal descansaban un secante de cuero, un sello de lacre y una bandeja con papel verjurado. La estancia había sido escenario de incontables tardes de conversación, apuestas y confidencias. Gabriel la recorrió con una frialdad nueva, como si la viera por primera vez. Estaba muy enfadado con su amigo por lo que le había hecho.

Ashdown figuraba de pie, de espaldas a las estanterías. Aún llevaba la chaqueta de montar; tenía los bajos de los pantalones salpicados de barro. Al verlo, sonrió con el aire despreocupado que tantas veces había desarmado a medio Mayfair.

—¿Has salido a montar tan temprano? Había supuesto que seguirías durmiendo… Aunque también es cierto que ayer no debiste de tener mucho tiempo para la diversión, dado que estuviste trabajando, ¿me equivoco, amigo mío?

El marqués se limitó a sonreír con más ímpetu.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo—. ¿Vienes a brindar por tu inminente boda o a pedirme opinión sobre el anillo que le entregarás a tu dama? Aceptaré tu gratitud primero, Winterfield.

—¿Gratitud?

—Es lo que procede, ¿no te parece?

—Estoy aquí para pedirte explicaciones.

La sonrisa no se borró, solo bajó de intensidad.

—Entonces no es una visita de celebración.

Gabriel no contestó. Se acercó al escritorio, apoyó los dedos en el borde pulido y, por un instante, volvió a rememorar otra escena ocurrida hacía algunas semanas en esa misma biblioteca, en esa misma mesa, la noche en la que falleció la vizcondesa viuda de Harbury. Recordó ver aquel sobre boca abajo, el pliegue mal cerrado, la palabra Penryth asomando como una serpiente desde el encabezado. Recordó también la promesa que le arrancó cuando descubrió el secreto de su amigo, cuando el dolor y el miedo habían vuelto sincero al marqués solo por una vez. Visto lo visto, uno no llegaba a conocer bien a quienes lo habían acompañado prácticamente toda la vida. Pero Celia se equivocaba en una cosa; Gabriel conocía el valor de la lealtad, se la había ofrecido a su mejor amigo aunque él no la mereciese, porque eso se hacía cuando se valoraba a los suyos: mantenerse fiel hasta el final.

La voz le salió clara cuando procedió a acusarlo:

—Lo has hecho otra vez, Ashdown.

El marqués observó el sello, luego el papel y al final centró la mirada en Gabriel.

—¿Por qué hay una acusación en tus palabras, Winterfield?

—Me juraste que cuando tu tía murió el asunto se marchó con ella. Me mentiste. Debo decir que el relato que ha aparecido en el periódico de esta mañana es épico. ¿Ha sido el fantasma de tu tía quien te dictó cada palabra? Te faltó usar más la palabra: amor. Ya sabes, dulcificar las expresiones que supuestamente le dediqué a lady Celia.

Un brillo de burla cruzó la mirada de Ashdown.

—Eso hubiese sido poco creíble. ¿Poesía para un hombre tan práctico como tú? Por cierto, no solías leer la sección de cotilleos. ¿Te has aficionado a los ecos de sociedad?

—Confié en ti. Te ofrecí mi silencio porque me juraste que no lo volverías hacer, que por fin eras libre de tu carcelera. ¿Esa es la recompensa que recibo por seguir siendo tu amigo, Ashdown?

El marqués chasqueó la lengua, sin perder la compostura.

—Esa es el término, amigo mío. Te he dado tu recompensa por la lealtad que me mostraste. Estoy cumpliendo con mi palabra. No he vuelto a escribir ni una sola nota desde que mi tía murió. Solo me quedaba una deuda pendiente y tuve la gentileza de saldarla. Lo he hecho por ti.

—¿Por mí? Tú no haces nada nunca si no recibes algo a cambio. Alardeas de conocerme bien, así que no olvides que yo también lo hago contigo.

—Tu acusación me hiere, Winterfield. Te vi en la mascarada —dijo, con esa dulzura condescendiente que era su arma —. Te la cargaste al hombro como un pirata rendido. Pensé que necesitabas un empujón y te lo he dado. Te he regalado la manera de conseguirla sin suplicar en los salones.

—¿La reconociste? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Sabías quién era la dama cuando te retiraste y me dejaste el campo despejado?

Ashdown le sonrió.

—La máscara tapaba su rostro, pero sus ojos son inconfundibles. Le concederé el mérito por modular la voz. Y no trates de decirme que tú no sabías quién era antes de subir con ella y hacerle lo que cualquier hombre de sangre caliente le haría. Porque mientras… Afrodita estaba hablando conmigo, me di cuenta de que no era capaz de quitarle los ojos de encima a Ares, a ti. ¿Qué tenías con la hermana de la mujer con la que pretendías casarte, Gabriel? Confieso que me engañaste, por un instante me creí que el asunto de tu decaimiento era por Isolde, pero no. Suspiras por su hermana. ¡Qué gran alivio debiste sentir cuando Halverton te la quitó de en medio! —exclamó burlón.

El silencio fue breve, tenso como una cuerda.

—No sabes de lo que hablas, Ashdown. Lo que has hecho ha sido filtrar una carta falsa con su nombre. La has condenado a depender de mí para seguir respirando en sociedad. No te atrevas a presumir de tu acción ni a llamarlo regalo. Halverton está loco por atraparte.

—¿Vas a delatarme, Winterfield? Soy tu mejor amigo, el hombre que te ha dado lo que más ansiabas.

—¡Maldita sea! ¿No comprendes la gravedad del asunto? ¡Me has puesto contra la espada y la pared!

—Ha sido la última vez.

—Eso dijiste justo la noche en la que tu tía falleció. Lo tenías todo a favor para que Penryth despareciera por fin. Lo hablamos. ¡Teníamos un buen plan! Si no volvías a usar tu alias, Halverton comenzaría a considerar que tú tía era única culpable.

—Y lo era. Solo me utilizó para escribir porque soy un buen copista. ¿Has olvidado todo lo que te conté? ¡Ella me obligó!

—¡Has salido a la luz de nuevo! Dime el motivo, Ashdown. Dime por qué te has vuelto a poner en peligro y a mí me has metido en un lío doble. ¿Sabes lo que me ocurrirá si Halverton descubre que yo estaba al tanto de lo que te obligaba a hacer tu tía?

—Ocúpate de que nadie lo sepa, en especial la dama que he hecho que tenga que casarse contigo.

Gabriel contuvo el impulso de atravesar la mesa y zarandear a su mejor amigo porque no veía la gravedad del asunto. Su voz no subió de tono.

—No vuelvas a escribir en nombre de nadie. Mi lealtad no es un pagaré ilimitado.

—Tranquilo. —Alzó las palmas, teatral—. Ha sido la última de verdad. Lo sabes. Lo prometí cuando mi tía dejó de respirar. Ahora el negocio está cerrado.

—El negocio —repitió Gabriel, con un cansancio hondo.

Se acercó un paso. El recuerdo del relato de su amigo, en medio de las lágrimas que consideró sinceras, regresó a su mente. Fue también aquella noche en la que la vizcondesa viuda murió. Ashdown le explicó el modo que su tía encontró para someter a su sobrino. Su mejor amigo era huérfano de padre, pero su abuelo era un duque y seguía muy vivo, era más implacable que el propio progenitor de Gabriel, y cuando le cortó el grifo porque no aprobaba el modo de vida de su nieto, Ashdown falsificó a la perfección los datos para que su abuelo atendiese sus deudas. Dio por supuesto que no se enteraría porque tenía mucho dinero y tantos hombres a

su cargo encargados de pagar sus pagarés, que nadie se daría cuenta de la falsificación. Por azares del destino, su tía lo pescó y lo esclavizó.

Sí. Todo fue un relato de su amigo. ¿Confiaba en su palabra? Sí, porque lo conocía bien. No tenía el alma negra. Gris, más bien. Y aunque el marqués era un pícaro, jamás le había contado ni una sola mentira a Winterfield. Eran como hermanos. ¿Lo seguía creyendo en esos instantes? Dudaba un poco, pero seguía sabiendo que fue su tía la que lo obligó a hacer todos aquellos chantajes. Y si bien sabía que su amigo le había dicho que Celia era un regalo, también estaba seguro de que había más tras la supuesta ofrenda, porque el marqués no hacía nada desinteresadamente. Al menos nunca lo había hecho. Lo malo era que no lograba hacer la conexión. ¿Celia había tenido algo que ver con Ashdown? La hermana de Isolde detestaba a los canallas, así que no se habría acercado a su mejor amigo… ¿no?

—No era un negocio mío y lo sabes. ¿Qué podía hacer, Winterfield? Ya te lo dije aquella noche. ¡Por amor de Dios! Celebré la muerte de mi tía porque me sentí libre al fin de su yugo. No tuve elección. Mi abuelo me habría enviado a Australia.

—No sin un buen motivo, ¿no crees?

—No he vuelto a apostar. Te lo juré y no lo he hecho.

—Me juraste que Penryth no volvería y ha regresado.

—¡No es lo mismo y lo sabes! —le gritó el marqués enfadado.

—¿No pudiste preguntarme al menos si eso era lo que yo quería?

—Vamos, Winterfield. Miles de veces tenemos que recordarnos que nos conocemos bien el uno al otro cuando hacemos algo cuestionable. Yo estaba allí la noche de la mascarada. Vi el modo en el que la mirabas, te la cargaste al hombro y luego, cuando regresaste a la fiesta, parecías un niño al que le había robado una piruleta. La querías y la tienes. No le des más vueltas. Ya está hecho. Y te diré algo más: te beneficiará. Te vas a casar con una mujer que te conviene; te hará respetable sin esfuerzo. Nadie pierde con esto. Ella también está loca por ti.

—Si Penryth regresa se acabó nuestra amistad. ¿Entendido?

—¿Ese es el modo de darme las gracias?

—Tienes suerte de que no te haya levantado la mano. Ahora escúchame bien. Si una sola mujer vuelve a sangrar por culpa de esa tinta tuya, pondré tu nombre entero en boca del primer magistrado de Bow Street que encuentre despierto. Y me quedaré a mirar cómo tu abuelo lee la noticia en los periódicos.

El silencio cambió de textura. Fuera, un carruaje pasó levantando un rumor de ruedas mojadas. En la chimenea del fondo, la leña se quejó con un crujido.

Ashdown dejó escapar una risa breve.

—Te has vuelto solemne, Gabriel. El compromiso te sienta bien.

—¿No me crees?

—Oh, sí. Sé que si cruzo de nuevo la línea me entregarás. Aquí tienes mi juramento: si vuelvo a tener que servirme

de Penryth en lo que me queda de vida, yo mismo me desterraré, pero será a un lugar que no sea Australia. ¿Contento?

—Siempre has cumplido tu palabra; solo una vez no lo has hecho.

—Y esa vez en la que me he saltado mi juramento ha hecho que consigas a la mujer que deseas sin esfuerzo.

—Maldita sea, Ashdown, siempre te las arreglas para darle la vuelta a todo. Eres demasiado inteligente.

El rostro de su amigo cambió de inmediato. Había tristeza en él.

—Te equivocas, amigo mío. No soy capaz de conseguir a la única dama que me ha vuelto loco, y tampoco logré desembarazarme de la coacción de mi tía. Supongo que esas dos mujeres han sido mi talón de Aquiles.

La boca de Gabriel se quedó abierta. Se miraron un momento sin hablar. Durante años habían compartido apuestas, caballos y madrugadas, un humor áspero que hacía fácil el mundo. En ese instante no se parecieron a aquellos hombres.

—¿Estás enamorado?

—Encaprichado —lo corrigió.

—¿De quién?

—Me ha rechazado. No tiene sentido hablar del asunto.

—¿Te ha rechazado una mujer? ¿Una mujer? —repitió, porque no se lo creía.

—Me han rechazado varias a lo largo de mi vida. No te sorprendas tanto, lo que ocurre es que… —suspiró—. Perdí a la única que creía que podría…

—¡La amabas!

—No. Ya te he dicho que fue un capricho. Estoy plenamente recuperado ya. No hay nada mejor que buscar otra conquista para sacarse de encima la decepción del rechazo.

—Sí, eso es escuchado —murmuró Gabriel.

—¿Qué has dicho?

—Termina con Penryth —le ordenó el conde—. Entiérralo junto a tu tía. No vuelvas a jugar con nombres que no te pertenecen. Si necesitas dinero, véndeme un caballo. Si necesitas orgullo, cómpratelo. No vuelvas a poner a mi esposa en una posición incómoda. ¿De acuerdo?

—Aún no te has casado… ¿y ya es tu esposa? —Ashdown ladeó la cabeza y Gabriel gruñó—. Qué posesivo te has puesto con una mujer. No importa. Me alegra ver que todas mis suposiciones sobre lady Celia estaban en lo cierto. Disfruta de mi regalo, aunque no puedas agradecerme el gesto.

—No me engañas, Ashdown. Sé que todo esto no lo has hecho solo por mí; hay algo más y pienso averiguarlo.

—Está bien. Quería darle una lección a esa bruja que siempre se estaba metiendo contigo y decidí que no habría mayor

castigo que encadenarla a ti. ¿Contento?

—¿Eso es lo que ha ocurrido? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡Por amor de Dios! Deja de darle vueltas al asunto. Está hecho —insistió—. La tienes. Es tuya para siempre. Ahora lárgate de mi casa y haz los preparativos para la boda.

—Será con una licencia especial.

—Me lo figuraba.

—Claro que sí. Tú eres el artífice de todo este embrollo.

—¡Otra vez con eso!

—¿Vendrás a la boda?

—¿Cuándo?

—Halverton se está ocupando de todo ello.

—Ah. Como es un duque, siempre estará por encima de ti. Lo siento por eso.

—Se lo consentiré de momento. En cuanto ella sea oficialmente mía, va a darse cuenta de que no está al mando.

El marqués le sonrió. Se acercó a su amigo y le dio un par de palmadas en la espalda.

—No te preocupes tanto por Halverton y comienza a establecer un plan de acción para someter a tu esposa.

—¿Por qué dices eso?

—¿Cuántos años hace que te he escuchado decir que la hermana de Isolde es una bruja?

—Touché. Te mandaré una carta cuando el maldito Halverton me confirme que tiene la licencia especial.

—Winterfield…

—¿Sí? —Los dos se miraban el uno al otro.

—Te quiero como a un hermano. ¿Lo sabes, verdad?

—Claro que lo sé. Es por eso por lo que no te delaté de inmediato, porque te aprecio del mismo modo.

—No puedo ir a tu boda.

—¿Por qué? —lo interrogó porque el rostro de su amigo había vuelto a cambiar. Notaba bajo sus ojos un peso diferente. Fue un momento, porque enseguida le sonrió como siempre.

—Odiaría ver cómo te pones los grilletes por voluntad propia. Además, tengo una visita organizada a Essex. Hay cierta viuda que me ha prometido una semana entera en el paraíso. Salgo esta misma tarde de viaje.

—No lo echaré de menos.

—¿El qué?

—Las fiestas obscenas, las mujeres diferentes casi cada noche. Yo…

—¿La amas?

—No creo que sea algo tan simple. Es porque cuando interviniste en mi vida sin mi permiso e hiciste que Halverton y Worthing me hiciesen una visita a primera hora de esta mañana, me di cuenta de lo que el duque tiene con Isolde.

—¿Qué tiene? ¿Que soportarla cada noche en la cama sin poder cambiarla?

—No es eso. Tampoco sé cómo explicártelo. Es algo que sentí mientras me amenazaba con la muerte si hacía infeliz a la hermana de su duquesa.

—Vaya… Debió ser una entrevista muy incómoda.

—¿Cómo creías que iría todo después de lo que hiciste, Ashdown?

—Lo cierto es que me figuré que tendrías más problemas con la dama en cuestión que con el padre y el duque.

—Oh, sí. No te equivocaste en eso.

—¿Te ha rechazado?

—Sabe que no puede hacerlo. Te has ocupado bien de que así sea.

—¿Qué puedo decir? Cuando hago algo me gusta ser concienzudo.

—Bueno, disfruta de tu nueva conquista. Mientras tanto, supongo que tendré que demostrarle a mi inminente esposa que soy más que un canalla.

—Ah… tienes mucho trabajo que hacer. Eres mucho peor que yo.

—No. Tú lo eres.

—Lo que sea. Te deseo lo mejor, Winterfield. Lo digo de corazón.

—Te creo.

—Sé feliz y hazla feliz —le recomendó.

—Haré mi mejor esfuerzo. Uno no quiere convivir con una bruja el resto de su vida.

—¡Bésala a ver si se convierte en princesa! —exclamó mientras se reía.

Lord Winterfield se dirigió a la puerta. Al llegar al umbral, se detuvo. Miró hacia atrás y vio a su amigo observándolo con un brillo especial en los ojos. El mismo que el propio Gabriel tenía.

Hermanos, aunque no compartiesen la misma sangre. Eso era la pura verdad.

No se dijeron nada más. Gabriel buscó la salida de la casa. Caminó hasta subir al carruaje. Entonces, sentado sobre el terciopelo rojo, mientras las ruedas se ponían en marcha, comprendió que tenía un secreto que jamás debía contarle a Celia.

Sonrió. Había estado preocupado por enfrentar a su prometida y luego tener que ir a discutir con Ashdown. Las cosas no habían ido tan mal.

Fuese como fuese, su mejor amigo tenía razón. Estaba hecho. La hechicera era suya. Lo sería para siempre.

La discusión con Ashdown le había dejado una sensación extraña. Creía en su explicación porque lo conocía desde que era un niño. Aun así, mientras el carruaje transitaba por la calle, se juró que, si Penryth resucitaba de nuevo, con la excusa que fuese, lo llevaría de la mano hasta Bow Street. La lealtad tenía anchura pero no era infinita.

Luego pensó en la boda y en las cláusulas que le había indicado a Celia que ordenarían su matrimonio. Habían sonado claras, hasta elegantes, pero no dejaban de ser una coraza. Admitió en silencio que le servían para llegar vivo al altar, no para vivir dentro del matrimonio. Había sido completamente frío, salvo alguna fisura menor, porque tenía que marcarle las pautas. Iba a ganarse su confianza paso a paso, sin anuncios ni bravatas. Incluso la ayudaría a buscar a Penryth. Bueno, simularía ayudarla, su amigo estaría a salvo si seguía sin usar su alias ni hacer de las suyas. Gabriel ya se estaba imaginando la convivencia; sería en una guerra ardiente, con conflictos en el desayuno, abrazos fingidos en los bailes y pesquisas nocturnas que los obligarían a aliarse. Sí, sí… los abrazos no serían fingidos. Tampoco los besos. Iba a seducirla.

Gabriel volvió a sonreír al recordar el modo en el que lo miró cuando le contó que había ido a buscar a una mujer para

olvidarla. Juraría que vio un destello de celos en su mirada gris, pero también era cierto que no estaba seguro de si fue eso o lo que deseó ver.

La idea de llamarla esposa no le resultaba extraña. Le salía con naturalidad. No temía perder libertad; tenía miedo de no estar a la altura.

Una cosa estaba clara. Se moría por casarse con su hechicera y comenzar a darle razones para no seguir odiando a su esposo.

¿Cómo lo haría?

Eso todavía no lo había decidido del todo, aunque la noche de bodas prometía mucho.

Capítulo 9

La mañana había amanecido tranquila. En los ventanales de la parroquia de St. George's, en Hanover Square, el sol se filtraba con una timidez de invierno tardío. La licencia especial había llegado al alba, lacrada y seca. Nada faltaba para que el enlace fuese correcto. El duque de Halverton había utilizado toda su influencia para que la hermana de Isolde tuviese una bonita, aunque apresurada, boda, porque su esposa así se lo había pedido.

Winterfield aguardaba en el altar, inmóvil, con la expresión severa de quien trataba de no mostrar fisuras. Halverton se situó unos pasos detrás, como testigo y sombra. No se burlaba; tampoco aparentaba solemnidad. Llevaba esa chispa entre curiosa y divertida que cualquiera habría confundido con desinterés, pero que en él solía anunciar conclusiones. Sabía juzgar y, en esos instantes, miraba a su futuro pariente por matrimonio con una paciencia infinita.

El murmullo en los bancos era breve. Había muy pocos invitados. Solo la familia. No acudió Ashdown. Nadie lo nombró tampoco.

Celia cruzó el pasillo del brazo de su padre. El vestido no llamaba la atención por el brillo, sino por la exactitud: muselina blanca con una caída que parecía pensada para una mujer que rechazaba la cursilería. El cabello, sujeto con horquillas rematadas con perlas. El rostro, serio. Worthing caminaba derecho con la ayuda de su bastón.

—Hija, es un buen muchacho; no agotes su paciencia de inmediato —se atrevió a decirle.

—¿Y si él agota la mía, padre?

—Sé paciente también. Puedes tener un matrimonio estable o construir un infierno, la decisión depende de ambos, pero por mi experiencia te diré que la mujer suele ser quien decide el camino. Dale razones para amarte.

—He hecho una lista con razones para que no me haga enfadar. Y pienso entregársela en cuanto tenga oportunidad.

—Por amor de Dios… esta misma tarde te devolverá a casa.

—No lo hará… al menos espero que no tan pronto —murmuró.

Ella inclinó la cabeza lo justo y apretó un instante la mano de su padre. No dijo nada más. Cuando llegó al altar, levantó el mentón con esa serenidad que ya era su firma. Winterfield no se movió. Durante un segundo, se miraron como dos extraños. Luego, cada uno volvió a ocupar su sitio, con el deber como un recordatorio constante.

El ministro de Dios comenzó la ceremonia:

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí…

Y mientras Celia se casaba, Isolde se mordía el labio, incapaz de esconder la inquietud. No lloraba. Tampoco sonreía. Observaba a su hermana con el corazón en un puño y a su esposo con un reproche mudo, como si él tuviese la llave de un cuarto donde todo pudiera arreglarse. Halverton, al darse cuenta del nerviosismo de su duquesa, le rozó los dedos con los suyos en un aviso cómplice.

Tristan siguió atento a la ceremonia. Había visto a hombres jurar antes de entrar en combate con menos obstinación. Ese Winterfield era terco.

Llegó el turno del intercambio de los votos. El oficiante de la ceremonia entonó la vieja fórmula que separaba el capricho de la decisión. Winterfield respondió en un tono claro, sin titubeos. No había en su voz fervor ni desdén, tan solo un respeto seco. Cuando le tocó a Celia, habló bajo y en un tono firme. No adornó ninguna palabra.

El intercambio de anillos se resolvió con la precisión de un gesto ensayado. La sortija, sencilla, reflejó un destello en la yema de su dedo. Winterfield notó cómo se le templaba el pulso en el segundo exacto en que la piel de ambos se rozó. No lo mostró. Celia sostuvo el contacto el tiempo justo, ni un latido más.

Al día siguiente, Mayfair, que habría querido una nuevo escándalo, recibiría la noticia de un matrimonio sin grietas a la vista. Halverton inclinó la cabeza, satisfecho a su manera. Le divertía que esa contención casi feroz de uno y otro fuese el rastro más evidente de que se querían con locura. Demasiado tercos ambos. Había aprendido a olfatear la mentira y el fingimiento, y aquello no era ninguno de los dos. Era otra cosa, más peligrosa. Era el empeño de

dos orgullos, cada cual empeñado en no dar el primer paso hacia la rendición.

Firmaron en la sacristía.

—Celi —murmuró la duquesa, acercándose—. Si necesitas… —No terminó la frase. Celia le tomó la mano y se la apretó con una ternura breve, que valía más que cualquier discurso.

—Estoy bien —dijo. Aquello fue todo.

Winterfield intercambió dos palabras con el hombre que lo había casado, agradeció sin exceso y se volvió hacia Worthing. El conde solo dejó su advertencia dicha con una mirada: no la rompas. El novio asintió una vez, como si aceptase instrucciones de maniobra. Halverton observó la escena sin intervenir.

A la salida, el cielo había conservado un brillo metálico. No llovía. Un par de curiosos —aprendices de comercio, criadas con recados— hicieron como que pasaban por allí y, en realidad, no miraban otra cosa más que a dos recién casados con mucha curiosidad para luego informar sus patrone.

No hubo más que las felicitaciones justas. El silencio compacto los acompañó hasta el carruaje, interrumpido por el chisporroteo de las ruedas sobre un charco rezagado.

No iba a haber almuerzo nupcial porque así lo había decidido lord Winterfield. Halverton no puso pega alguna, pero le costó convencer a Isolde para que aceptase la voluntad de Gabriel. El conde apostaría su fortuna a que el duque había visto sus intenciones con claridad. Quería a su esposa en su cama de inmediato.

El cochero bajó el estribo. Winterfield le tendió la mano para ayudarla a subir y Celia la aceptó. El gesto, visto desde fuera, habría parecido el de dos desconocidos educados. Dentro de ese pulso, sin embargo, había algo mucho más. El conde la ayudó a subir y se colocó enfrente, no a su lado, pues no se fiaba de sí mismo.

¡Dios, cuánto la deseaba!

La portezuela se cerró con su clic inevitable.

—Lady Winterfield —dijo él, con corrección.

—Lord Winterfield —respondió ella, sin saber a qué venía el hecho de recordarle su nuevo título.

No añadieron nada. Gabriel solo había pretendido escuchar cómo sonaba el título de su condesa en sus labios. Dulce.

El carruaje arrancó despacio.

Tristan e Isolde lo siguieron con la mirada desde el umbral de la iglesia. Ella apretaba un pañuelo; él tenía las manos tras la espalda. El duque no había perdido ese brillo divertido en los ojos que tanto exasperaba. Encontraba graciosa la terquedad con que la pareja se trataba.

—Estarán bien —dijo él, sin apartar la vista.

—Eso espero —murmuró Isolde, y el temblor le asomó al borde de la voz—. Ella no merece tanta frialdad.

—No la tendrá, si él es el hombre que creo. —Apretó muy brevemente su mano—. Y si no lo es, me encargaré de que lo

sea.

—No había visto nunca así a Gabriel. Era otro…

—¿No te has preguntado el motivo por el que no quería un almuerzo de bodas, amor mío?

—Claro que sí. Está enfadado porque se ha tenido que casar por obligación. Prométeme que si lo abandona o él la repudia, Celia siempre tendrá un lugar en nuestro hogar.

—Ay, amor mío… Eres tan inocente a veces…

—¿Inocente?

—La noche de bodas, amor mío. No ha habido banquete porque el novio no veía la hora de hacerle el amor a su esposa.

—No digas esas cosas de mi hermana pequeña. Todavía no me he acostumbrado a que se haya casado, menos puedo pensar en que ella… ella… ya sabes.

—Lo sé.

—¿De verdad crees que él estaba ansioso por… por… por… *eso*?

—No tengo la menor duda.

El suspiro de la duquesa de Halverton fue de puro alivio.

—Es un buen comienzo.

—El mejor, te lo garantizo. La próxima vez que los veas, ambos estarán sonriendo como un par de tortolitos.

—Dios te escuche, Tristan.

Mientras tanto, la berlina de los recién casados giraba al final de la plaza y tomaba rumbo hacia la Winterfield House. No era la casa de un soltero. Tenía unas dimensiones adecuadas para ofrecerle a su nueva esposa mucha comodidad.

Celia miró el cristal empañado, como si el vidrio le devolviese una versión algo más suave de lo que acababa de ocurrir. No se refugió en recuerdos. No se permitió la trampa de lamentar nada. Había estado concentrada contando pasos: las baldosas de la iglesia, los giros de las ruedas… En su interior, el propósito seguía allí. No pensaba renunciar al triunfo.

Por su parte, Gabriel la observaba con calma. Quería descifrar qué parte de esa quietud que veía en ella se debía a la dignidad y cuál al miedo. No le gustaba la palabra miedo asociada a ella. Prefería pensar que era cautelosa. Mientras el vehículo avanzaba, recordó la forma exacta en que había pronunciado sus votos. Sintió que, por primera vez en mucho tiempo, una promesa lo ataba a algo que no se podía comprar ni negociar.

El carruaje se detuvo un instante para ceder el paso a un vehículo de postas. Celia alzó por fin la mirada y se fijó en los ojos de él. No le dijo nada. Él tampoco habló. Aun así, la escena quedó fijada como una estampa en la memoria de ambos: dos voluntades frente a frente, correcto todo, frío todo, y bajo la capa de hielo, un calor que ninguno quería reconocer o aceptar.

En la casa de Winterfield ya tenían dispuesto un desayuno de boda para dos. Manteles de hilo, flores discretas,

cristalería sin florituras… No habría discursos. No habría bailes. Habría, en cambio, una intimidad nueva.

—¿Qué es todo esto? —preguntó lady Winterfield cuando vio el comedor preparado para los dos. Estaba gratamente sorprendida. No lo podía esconder y el conde le sonrió sin darse cuenta de lo que hacía.

—Es nuestra pequeña celebración.

—Halverton dijo que…

—Le dije al duque que no deseaba ninguna gran celebración, eso no excluía que yo preparase algo para honrar nuestro matrimonio.

—Honrar… —repitió la palabra.

—Estamos casados, Celia. No hay vuelta de hoja.

—Lo sé.

—¿Estás disgustada?

—¿Lo estás tú? —lanzó la pregunta porque no quería incriminarse más de la cuenta.

Almorzaron en silencio. La luz de la tarde empezaba a declinar y las molduras doradas parecían conservar el reflejo del sol.

—Si deseas retirarte… Ha sido un día duro para ambos.

—¿Retirarme?

—Sí. A tu habitación.

—Oh, no. No estoy cansada.

—Perfecto, yo tampoco lo estoy tanto como para no consumar nuestro matrimonio.

La copa que ella sostenía se le cayó cuando le dio sentido a lo que su esposo acababa de decir.

—No creo que estés insinuando que… —se silenció porque le ardían las mejillas.

—Sí. Es justo lo que estoy diciéndote.

—Pero… es que…

—¿Qué?

—No es de noche.

—No hace falta que lo sea para hacer el amor.

—¿Es eso lo que haremos?

—¿A qué te refieres?

—¿El amor?

—Consumaremos nuestros votos. Es así como se llama, Celia. ¿Qué otro nombre quieres que le dé?

—No lo sé…

Se sostuvieron la mirada un segundo.

—Me gustaría que te retiraras para prepararte, Celia —le dijo al ver que ella no se movía.

—No sé si… —No estaba lista para acostarse con él. Sí. Lo deseaba, su cuerpo se había estremecido cuando él lo había sugerido, pero su corazón le decía otra cosa muy diferente.

—¿Vas a negarme los derechos conyugales? —inquirió con una calma que en verdad no sentía.

—No es eso. Es que… Esto está yendo demasiado rápido, Gabriel.

—No es algo que vaya rápido o lento, Celia. Es un matrimonio que tiene que ser consumado. Eres mi mujer y yo soy tu esposo, lo que hagamos a partir de ahora es correcto. Es más, Dios lo exige.

—No puedo…

Él se puso de pie y le mostró su enfado. La frustración era mala compañera para un hombre con tanta necesidad.

—Por amor de Dios… ¿Ni estando casados me darás lo que tanto deseo? —No se quedó para escuchar la réplica. Comenzó a caminar hacia la puerta. No quería empezar a discutir con ella tan pronto.

Por su parte, Celia se quedó pensativa un segundo. Al comprender lo que le había dicho, se levantó de inmediato para seguirlo.

—¡Gabriel! Detente.

—Si me quedo, discutiremos y no quiero empezar así —le dijo sin detenerse.

—¿A dónde vas?

—A seguir tu consejo. Buscaré a alguien que me dé lo que necesito.

Ella se puso delante de él. Le colocó una mano sobre el pecho y entonces él se detuvo.

—¿Te basta cualquier mujer para satisfacerte? ¿Tan simple eres?

—Eso parece —apuntó escuetamente.

—¿Y crees que después de esa declaración de intenciones yo te permitiré compartir mi lecho? No soy esa clase de mujer. No miraré hacia otro lado mientras mi esposo busca diversión.

—Tú no estás dispuesta a darme lo que preciso. Es más, ni quieres intentarlo. Me sigues odiando. ¿Qué habría de malo en que otra me lo ofrezca?

—Voy a ser clara, Gabriel.

—¿Más? No hace falta; siempre dejas perfectamente claro que te repugno.

Ella suspiró, cansada.

—No te odio y nunca me has repugnado y lo sabes.

—¿Lo sé?

—Lo que me disgusta es tu falta de lealtad.

—Escúchame, Celia. Te dije que el acuerdo era sin preguntas ni celos.

—Sí, sobre eso… Yo también tengo una lista que deberás cumplir si quieres que siga tus directrices.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído.

—¿Qué lista?

—Una muy simple, porque tal y como siempre te empeñas en recordarme, soy una bruja. Así que he pensado que debería darte algunas razones para no enfadar a tu esposa… a mí. Creo que si las siguieras, esto dejaría de ser una guerra. Lo creas o no, quiero paz. Envidio lo que tiene mi hermana con Tristan.

—¿Amas a Halverton? —preguntó a bocajarro, sabiendo que los celos le subían por la garganta.

—Desde luego que no —negó irritada.

—Entonces no vuelvas a referirte a otro hombre por su nombre de pila.

—¿Ni siquiera a ti? —tanteó con suavidad.

—No. A mí llámame siempre Gabriel.

—¿Escucharás mis razones, Gabriel? —Usó su mejor tono apaciguador.

Él gruñó.

—Sé que voy a arrepentirme porque tienes una habilidad innata para humillarme.

—¿Humillarte? —Se quedó con la boca abierta. ¡Pero si eso era lo que siempre le hacía él!

—Sí. Me has rechazado a cada paso, pisoteado sin piedad desde que nos conocimos.

—Eso no es verdad.

—Lo es —la contradijo.

—Pues tú les sonreías a todas y a mí nunca me mirabas. Eso sin olvidar que le propusiste matrimonio a Isolde.

—¿Estabas celosa de tu hermana? —La pregunta salió de su boca llena de asombro.

—No seas ridículo. Solo he hecho una observación. Además, recuerda tus reglas. Sin preguntas ni celos.

Allí estaban los dos, en medio del recibidor, discutiendo sin que les importase nadie más. Extraño, pero no del todo.

—Te escucho. Dime esas razones —dijo sin disimular su irritación.

—Las he llamado «razones para no enfadar a una esposa».

—Un título interesante… Habla de una vez, antes de que pierda la paciencia, Celia.

—Eres demasiado gruñón, añadiré esa también. Tienes que ser amable conmigo.

—Celiaaaa… —Su nombre salió como una advertencia.

—Primera. Mientras no haya un heredero ni un repuesto, no habrá ninguna otra mujer en tu cama.

—Sabía que estabas celosa… —murmuró más para sí mismo que para ella.

—¿La aceptas o no? —No iba a rebajarse a responder a esa provocación que había escuchado alto y claro.

—Concedido.

—Lo digo en serio. Exigiré fidelidad hasta que nazca nuestro segundo hijo.

—Y ahí está de nuevo.

—¿El qué?

—Me humillas al pensar que no seré capaz de ser un esposo devoto.

—¿Puedes serlo?

—¡Otra vez pones en duda mi dignidad! —se quejó.

—¿Acaso he sido yo la que ha ido de conquista en conquista vanagloriándose de ser un dios de la seducción?

—Celosa… Celosa y celosa… —le echó por cara.

Le tocó a ella gruñirle.

—Segunda. Ni una humillación en público. No alimentarás rumores. Si los salones quieren historias, que se inventen otras. Yo haré mi parte, seré mejor condesa de lo que es Isolde duquesa.

—Eso ya era mi plan antes de que lo sacases a colación.

—Tercera. Franqueza absoluta en esta casa. Quiero saber dónde y con quién estás; además de cuándo. Me darás esa información tú mismo. No es que quiera vigilarte, es que creo que merezco saber los pasos de mi esposo.

Gabriel asintió despacio. La dureza de un momento antes se le estaba reblandeciendo.

—No es lo habitual, pero me parece justo. Te exigiré la misma cortesía.

—Hecho. Cuarta. Cumpliré con mis deberes en el lecho salvo que esté indispuesta.

—Me parece bien. ¿Empezando por ahora mismo?

—No he terminado de enumerar mis condiciones.

—Acaba rápido para que pueda llevarte a la cama.

—Para haberme dicho hace relativamente poco que estabas curado de mi enfermedad…

—No lo dije así.

—No quiero recordar que has estado con otra mujer.

Él le sonrió.

—Empiezo a temerte, Celia. No sabía que fueses tan celosa y posesiva.

—¿Tendrías algún problema si así fuese? Porque no estoy segura de que me dé igual lo que hagas.

—No. No me importa que lo seas. Ha sido una sorpresa descubrirlo, eso es todo. Además, aunque me haga parecer débil frente a ti, quiero que sepas que desde que ocurrió aquello en el jardín, yo no he podido… No he buscado la compañía de otra.

—Pero me dijiste que…

—Te mentí porque estaba enfadado.

—Oh, cielos… —Se llevó una mano al corazón.

—¿Es alivio eso que veo?

—Aun a riesgo de parecer débil ante ti —le copió la fórmula—: sí.

—¿Qué más hay en tu lista?

Celia le sostuvo la mirada. En sus ojos había algo que no lograba identificar, ¿anhelo? Lo que sí veía era una claridad que no admitía regateos.

—No me mientas jamás. Yo haré lo mismo. Tienes mi juramento. Podrás callar, podrás ser reservado, podrás tragarte palabras por los dos, pero no me mientas.

—Te lo juro —aceptó—. ¿Qué más?

—Sinceridad, Gabriel. Estoy cansada de luchar contra ti.

—¿Contra mí?

—Contra lo que me haces sentir.

—¿Qué te hago sentir?

—Muchas cosas.

—Enumera una —le propuso él.

—Sería muy fácil enamorarme de ti. Si no estás a la altura, me romperás el corazón. He sido testigo, desde las sombras,

de la historia de amor de Isolde y Tris… Halverton —se enmendó cuando él alzó una ceja—. No te pido que des la vida por mí, pero necesito saber que puedo contar contigo.

—¿Y yo, Celia? ¿Puedo contar contigo?

—Si los dos cumplimos esa lista, creo que sí. Podríamos tener un buen matrimonio.

—Entonces les cambiaremos el nombre a tus razones. Serán razones para sostener un buen matrimonio.

—Acepto el cambio.

El silencio que siguió fue distinto a todos los que habían compartido antes. Menos gélido, más vivo.

—Me retiraré entonces —le informó Celia.

Gabriel comprendió el verdadero sentido de las palabras de su condesa.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Dos horas?

—¿Diez minutos?

—¡Quiero darme un baño, Gabriel! —le advirtió.

—No hace falta. Hueles a lilas.

—¿Lo has notado?

—Siempre lo noto todo cuando estás cerca, hechicera.

—¿Ya no soy una bruja?

—Nunca lo has sido. Me hechizaste, Celia. No sé bien cuándo, pero ocurrió.

Ella le sonrió.

—Ven a mi habitación en media hora. ¿Te vale así?

—Sí.

La vio subir el primer tramo de la escalera. No contaba ya los escalones. Estaba mucho más tranquila. Antes de desaparecer por completo, ella se volvió solo un instante, simplemente para confirmar que él seguía allí, contemplándola. Gabriel le sonrió y ella le devolvió el gesto.

De pronto, se sentía más ligera, más liberada. ¿Podía confiar en él? No estaba segura del todo, pero sí sabía que nunca volvería a condenarlo sin pruebas. Estaba dispuesta a darle un voto de confianza. El destino de ambos dependía del empeño que pusieran en su matrimonio.

Mientras la dama se marchaba más liviana, un hombre se alegraba de haber usado el viejo truco de los celos con su condesa. No iba a marcharse en busca de otra mujer, se había propuesto visitar su club o dar un paseo para calmarse, aunque el falso relato había conseguido acercar las posturas de ambos. ¿Se sentía culpable por haberla engañado? En absoluto. Era su esposa e iba a hacerle el amor, no a usar su cuerpo y luego largarse a toda prisa para hacer otra cosa. Además, el primer paso para enamorarla era seducirla.

—Collins. —Gabriel llamó al mayordomo cuando lo oyó cerca.

—¿Sí, milord?

—Haga saber al servicio que, desde hoy, nadie corregirá a la condesa. Si desea algo, se le da. Si rechaza algo, no se insiste.

—Entendido, milord.

A la hora convenida, se acercó a la puerta de la habitación de la condesa. De su esposa.

Llamó con discreción. Se sentía como un colegial que no había yacido jamás con una mujer. Ah, pero lo que iba a ocurrir sería algo especial. Iba a hacerle el amor a su esposa. Dios le había dado su aprobación.

Y sería épico.

Capítulo 10

La luz de la tarde se colaba en diagonal por el pasillo, tibia, con ese dorado que hacía brillar el latón de las bisagras. Gabriel llamó con los nudillos, apenas dos veces. Entró cuando le dieron permiso para hacerlo. Al abrirse la puerta, el perfume de lilas le salió al encuentro como un susurro conocido.

Celia estaba junto a la ventana, con el cabello suelto; llevaba una bata de seda. No parecía una novia ni una condesa, sino la misma mujer valiente que le había sostenido la mirada en la iglesia y en el carruaje. La que había puesto reglas con la barbilla alta. La que en esos instantes, sin pronunciar una sola condición, le dejaba claro que el tiempo era de los dos.

—Llegas pronto —dijo, y no sonó a reproche. Estaba tan nerviosa…

—Dijiste media hora —respondió—. He esperado treinta y cinco minutos. La espera más impaciente y eterna de toda mi vida.

Ella le sonrió. La perspectiva de un Gabriel así, cercano y sincero, era muy agradable.

Cerró despacio la puerta, se acercó a la ventana y corrió la cortina lo justo. La habitación se quedó envuelta en una penumbra amable, con rayos de luz sobre la colcha y el tocador.

—Acércate a mí, no me huyas —le pidió, al ver que su condesa había dado un paso atrás.

—Estoy nerviosa —le confesó.

—Entonces el que irá en tu busca seré yo.

—Ven —le dijo con suavidad.

Él obedeció sin prisas. Se detuvo frete a su esposa. Celia alzó las manos y le desabrochó el primer botón del chaleco. Sus dedos no temblaban, pero se notaba su inquietud con cada gesto. Gabriel la dejó hacer. Cuando ella terminó, el conde apoyó la frente en la de ella.

—Si en algún momento… —empezó él.

—Te lo diré —lo cortó—. Y si me quedo callada, es porque quiero más.

—¿Me deseas, Celia? —Su orgullo varonil necesitaba escucharla.

—No he dejado de pensar en aquella noche en el jardín ni una sola vez desde que ocurrió, Gabriel.

—Bien, porque yo tampoco.

Fue él quien sonrió entonces. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, deslizó el pulgar por la línea de su mandíbula, como si memorizara un relieve, y la besó con respeto primero, con hambre después. No fue un asalto ni una prueba. Fue una afirmación. El gusto de ella —té, pan, una sombra dulce— le estalló en la boca con la fuerza de lo que había esperado durante demasiado tiempo.

—Gabriel… —murmuró, y era casi un ruego.

Él bajó la boca a su cuello, la besó en el hueco donde latía una vena obstinada. La besó allí, en la clavícula, en el inicio del hombro. Por todas partes donde su piel estaba descubierta.

—Necesito verte desnuda, Celia. ¿Puedo? —le preguntó, tocando la cinta de la bata.

—Sí.

La seda se abrió con un suspiro. Se quedó gloriosamente desnuda frente a un hombre. No, frente a su esposo. El hombre que tenía derecho a verla así.

La contempló como si admirase una verdadera obra de arte.

—Eres perfecta.

Gabriel bajó las manos por sus brazos hasta acariciarle las muñecas. Comenzó a besarla de nuevo. Celia se pegó a él sin vergüenza y le respondió con una franqueza que desarmaría cualquier defensa, si la hubiese habido, por supuesto.

—Quiero… —le dijo, y él se detuvo.

—Dímelo, Celia.

—Quiero verte y sentirte contra mi piel.

—Pronto.

Gabriel no tenía prisa. Fue reconociéndola con los dedos, con la boca, con ese cuidado de un marido que estaba aprendiendo a conocer a su mujer. Le besó el pecho, justo en el pezón, y ella gimió. Celia cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dejó que el sonido del placer saliese de su boca sin contención.

—¿Te gusta que te lama aquí? —Succionó el segundo pezón mientras su mano amasaba con ternura a su hermano.

—S-ííí —susurró, apenas audible.

—¿Me necesitas aquí? —Su otra mano la tocó entre las piernas. Estaba empapada, tanto que lo hizo gruñir de satisfacción.

—Dios… Más… más…

Él obedeció. Fue bajando por su vientre con la reverencia de un cartógrafo que encontraba un mapa único. Colocó su boca donde sabía que ella más lo necesitaba. Con el primer contacto, Celia se deshizo.

No le dio tregua. La lamió sin descanso, jugó con ella primero introduciéndole un dedo, luego dos. Era necesario prepararla bien, porque esa tarde la haría suya al fin.

La poseería.

Suya.

Suya.

Suya.

Esa palabra se repetía sin descanso.

No tardó demasiado en llevarla al límite. No la privó de la recompensa; quería que sintiese mucho placer, porque lo que vendría a continuación no sería tan bonito.

—Gabrieeeeeel —gritó su nombre mientras surcaba los mares, los cielos y el universo mismo.

Cuando la sintió laxa, se incorporó y la miró a los ojos. Se lamió los labios y le sonrió con picardía.

—Eres tan dulce, condesa mía…

—Me has dado tanto placer… Quítate esto —le pidió, al tiempo que tiraba suavemente de su camisa.

La prenda cayó con urgencia. Lo desnudó a toda prisa. Se quedaron al mismo nivel. Piel contra piel. La abrazó con fuerza y la besó.

Luego, Gabriel la llevó de la mano hacia la cama sin dejar de mirarla, como si temiera que cualquier interrupción rompiese el hechizo. No la soltó al tumbarla. Se quedó encima, apoyado en los codos, lo bastante cerca para oír cómo se le aceleraba el corazón.

—Mírame —dijo ella. Él lo hizo y lo que vio en sus ojos la desarmó por completo. Estaba rendida a él—. Mírame así siempre, Gabriel, y seré tuya para siempre —sonó a juramento.

El corazón de él se le calentó.

—Te deseo, Celia. Creo que te he deseado toda mi vida.

Le sostuvo el rostro con una mano, le acarició el pómulo con el pulgar. Celia se arqueó, le rodeó la cintura con las piernas, le marcó el camino con el cuerpo antes que con las palabras. Se estaba entregando por completo. No hizo falta más que un movimiento y la certeza de que aquello era lo más natural del mundo. Lo correcto. La penetró con paciencia y mucha contención. Ella exhaló cuando el dolor llegó con más fuerza y él contuvo el aire. Se quedaron quietos de inmediato.

—¿Estás bien?

—No, pero haz que vuelva a ser como antes, por favor, Gabriel.

—Lo haré —le prometió.

Después, el ritmo llegó solo. Él la guiaba y obedecía al mismo tiempo; ella mandaba y cedía sin que pareciera rendición. Una tregua en medio de una guerra que había quedado olvidada por completo. El mundo de fuera se volvió irrelevante. Cuando Gabriel bajaba la mano por la curva de su cadera, Celia gemía y buscaba más. Cuando él le besaba la comisura de la boca, ella le sostenía la nuca con los dedos, con fuerza, buscando más. El nombre de ella, dicho muy bajo, se convirtió en un rezo durante el acto entero. El conde lo decía con devoción, entre respiraciones agitadas y mordiscos suaves.

—Así —susurró ella, como si afinara un arco.

—¿Así? —repitió él, y ajustó el movimiento para ser más preciso y llevarla hacia el abismo otra vez.

—Sí… No pares.

No paró. Cambió el ángulo, cambió el apoyo, cambió la intensidad, todo porque deseaba colmarla de placer. Celia necesitaba mirarlo a los ojos a cada envite, con cada caricia, mientras él se hundía en su cuerpo y retrocedía para hacerla ascender una y otra vez. La luz de la tarde les dibujaba franjas en la piel, una geometría dorada que se deshacía con el sudor. El olor a lilas se mezcló con el del almizcle.

El primer temblor le nació en el vientre y le subió como una ola. Ella lo reconoció y lo siguió, con esa mezcla de sorpresa y deseo que hacía sonar las sílabas más sencillas de esa denominada «pequeña muerte» a la que hacían referencia los franceses. Le clavó las uñas en la espalda, lo arañó y eso lo excitó más. Ella se dejó llevar, culminó el acto y Gabriel la acompañó.

—Celia… —susurró su nombre cuando el éxtasis lo alcanzó para darle paz al fin.

Ella le sostuvo la mirada. No la apartó. Quería empaparse también de su placer.

—Te amo. Te amo… —le susurró Celia, justo en el momento en el que comprendió que se había perdido a sí misma. Le pertenecía en cuerpo y alma a él. A su marido.

La confesión quedó suspendida, vibrando entre sus bocas, entre sus pechos, entre las sábanas. Gabriel sintió cómo lo

atravesaba y, por un momento, pareció que iba a responder. La mandíbula se le tensó, el gesto se le atragantó en la garganta. Besó su frente. Besó sus labios. La sostuvo con los brazos y con el cuerpo, y siguió, todavía, un poco más, hasta que cayó, con delicadeza, sobre ella.

Se quedaron así un rato, pegados. Abrazados. El reloj de sobremesa dio una campanada lejana. La tarde se había movido apenas un palmo sobre el suelo.

Celia fue la primera en recuperar el aliento. Le apartó el cabello de la frente y lo miró. Buscó algo más que caricias. Buscaba dos palabras exactas. No las encontró.

Gabriel había vuelto a esa seriedad que no era frialdad, pero que sí percibía como una especie de reserva. El conde le rozó la nariz con suya, a continuación la besó de nuevo, más despacio, y guardó silencio.

El vacío que dejó esa ausencia de respuesta a su gran declaración no fue grande, pero sí nítido. Celia le acarició el contorno de una cicatriz en su hombro, como si ese detalle fuese suficiente por el momento. Asintió levemente.

—Está bien —se dijo a sí misma, con voz tranquila, y lo abrazó más fuerte.

Gabriel cerró los ojos. No le faltaban las palabra; era exceso de miedo. No se lo explicó. Se limitó a sostenerla, a cubrirla con la sábana, a darle la razón en aquello que podía: en el cuidado, en el calor. La tarde siguió cayendo con paciencia.

Más tarde, cuando ella se incorporó para beber agua, él volvió a mirarla como la había mirado cuando se lo pidió mientras

hacían el amor. Le besó la mano y le dijo:

—Gracias.

Celia no supo cómo interpretar esa palabra. No le agradó el regusto amargo que le dejó, porque de alguna manera se sentía como si… No quería pararse a pensar nada. No sembraría la discordia cuando acababan de firmar un tratado de paz. Volvió a tumbarse, se giró hacia él y apoyó la mejilla sobre su pecho. No insistió en saber si él podría llegar a amarla algún día. Había sido clara cuando le cantó su amor; no iba a repetirlo. Sí, él también había sido muy explícito cuando le confirmó que la deseaba. Tampoco era la primera vez que se lo decía. Pero Celia quería más que su deseo. Lo quería todo, porque no se conformaría con menos. De momento, dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Todo sería mejor a medida que el tiempo pasase. Así que con esa idea, cerró los ojos y decidió no preocuparse más.

Cuando se despertó horas después, en plena noche, se dio cuenta de que seguía en su cama. Sola. Su esposo no estaba por ninguna parte.

¿Tan pronto se había cansado de ella?

Se tensó.

Tenía miedo. Las inseguridades comenzaron a llenar su cabeza de dudas. ¿Y si ya que había conseguido lo que tanto deseaba, pasaba a otra cosa?

Capítulo 11

Celia se incorporó con decisión. No iba a rendirse a la primera ocasión. Tampoco se quedaría callada.

Se puso el camisón, se anudó la bata de seda y se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja. La casa respiraba en silencio; solo el tictac de un reloj marcaba el paso de una noche que aún no había terminado. Abrió la puerta que comunicaba con la habitación donde dormía el conde y comprobó que su marido no estaba allí. Si había salido de la casa, iba a asesinarlo con sus propias manos y se aseguraría de tener por jurado a un puñado de mujeres que comprendiesen la razón de sus actos.

Nada de ropa sobre el respaldo, ninguna lámpara encendida, ningún libro abandonado. Gabriel no dormía allí.

Iba a llamar a Collins cuando un sonido muy reconocible, el de una discusión áspera, subió desde la planta baja. Dos voces. Una de ellas conocida. La otra, más grave, arrastraba autoridad.

—¡Has perdido la cabeza, muchacho! —tronó el extraño —. ¿Casarte sin mi permiso? ¿Y con quién, por todos los diablos? ¿Con una aventurera que solo querrá tu dinero y título? ¡Tu madre está destrozada!

Celia se congeló en el descanso de la escalera. El corazón le golpeaba como si hubiera corrido. Avanzó despacio, descalza, y se detuvo tras la puerta entreabierta de la biblioteca. Sabía que estaba mal quedarse a escuchar, pero la prudencia y el orgullo eligieron el escondite.

—Baje la voz, padre —repuso Gabriel, sin alzar la suya.

—No me darás órdenes. Te he visto cometer imprudencias, pero esto las supera todas. ¿Cómo se llama la dama? ¿Quiénes son su familia? ¿Qué dote tiene? ¿Qué reputación?

—Tu visita aquí no surge de la nada. Algo tienes que haber sabido de antemano para haber salido a toda prisa de tu finca campestre y venir a Londres.

—Yo no leo asuntos de sociedad.

—No, pero mi madre habrá escuchado algo y lo habrá puesto al corriente.

—Entonces es cierto, te has casado con la chica de la que decían que te había seducido.

—¿No lleva años enfadado porque yo seguía soltero? Recuerdo una vez que insinuó que incluso se conformaría con que engendrara a un hijo con una de las cortesanas que visitaba.

—¿Es ella una cortesana?

—Debería tener cuidado con sus palabras cuando se refiera a mi condesa, padre —lo avisó.

—Eres tú quien debería tener cuidado cuando habla conmigo, chico.

Gabriel suspiró.

—Me he casado, tal y como quería, ¿cuál es el maldito problema, padre?

—La hija de un conde sin fortuna, sin dote. Lady Celia…

—Usted lo ha dicho, es una dama y se llama Celia, sí, pero ella es ahora lady Winterfield —le recordó, para luego incidir en que—: Y poco me importa que no tenga dote

—¡Una cazafortunas cualquiera de una familia que no está a nuestra altura! —siguió atacándolo el marqués de Hereford.

Celia tragó saliva. Sintió una oleada de calor que no era vergüenza. Era ira. Miedo también por lo desagradable de la situación. Pensó que sería conveniente explicarle pronto a su esposo que, aunque su padre no le había concedido una dote, ella tenía una pequeña fortuna. Contarle de dónde había salido tanto dinero sería más complicado. Confiaba en que entendiese que tuvo que hacer de la necesidad, virtud.

—Una palabra más sobre ella —comenzó a decir Gabriel muy seguro de sí mismo— y se arrepentirá. No le perdonaré ni una calumnia más sobre mi condesa.

—¿Sobre quién? ¿Sobre esa muchacha sin principios, ni valores que ha conseguido lo que quería entre las sombras de

vergü…?

Lord Hereford no terminó su acusación. El sonido del puño golpeando la mandíbula de su padre fue lo siguiente que se escuchó.

—No se atreva a hablar así de la mujer que amo. Jamás. Le daré su merecido a cualquiera que se atreva a mancillar el buen nombre de mi condesa, incluido usted.

Amor.

La palabra se quedó flotando en la estancia. Celia empujó la puerta y entró. Un caballero de cabellos ya plateados —alto, de mirada muy severa— se llevaba la mano al pómulo, sorprendido más que dolido. Y Gabriel, con la camisa abierta y la respiración aún agitada, se volvió al notar el roce de la seda a su espalda.

—¿Me amas? —le preguntó ella, sin rodeos.

Winterfield no buscó evasivas. La miró de frente y asintió una vez. Con seguridad y sin vergüenza. Celia no se lo pensó dos veces, se lanzó a sus brazos y su esposo la rodeó.

—Sabía que tenía que haber más que deseo, lo sabía. ¡Me haces tan feliz, mi amor! —exclamó, sin pensar en nada más que en ella y en él.

El marqués de Hereford, que había empezado a enderezarse, hizo una leve inclinación de cabeza hacia la mujer que estaba abrazada a su hijo, vestida con un sencillo camisón y en bata. Apartó la vista con discreción, como si la modestia fuese otra forma de excusa.

—Bien. Veo que la sospecha de mi marquesa era real. Te has casado porque estás enamorado —observó, con la voz ya templada. Con alivio también—. Celebro ver que seré abuelo pronto. Al fin. —Se aclaró la garganta y Celia y él se separaron, aunque Winterfield la colocó detrás para proteger su pudor. El marqués siguió hablando—: Mañana la traerás a mi casa y se la presentarás a tu madre como es debido. A mí también, por descontado. Lady Winterfield, dispénseme la intromisión. —Ni siquiera intentó mirarla de nuevo; el rubor del caballero le llegó hasta las orejas—. Sé dónde está la salida, hijo, no hace falta que me acompañes.

El marqués, sin más, se marchó. La puerta se cerró con un suave clic que devolvió al cuarto su propio latido.

Celia no esperó a que el silencio cuajara por completo. Se lanzó de nuevo a sus brazos cuando se volvió a colocar delante de ella y lo besó con una impaciencia brutal. Gabriel la sostuvo, la alzó un poco y la apretó contra él. El beso, primero ansioso, luego más suave, fue todo lo que necesitaban decirse.

—Sabía que me amabas; no podía ser solo deseo.

—No soy un hombre expresivo que habla de sus sentimientos, Celia. Solo sé enfadarme cuando me irrito.

—¿Por eso siempre eras tan bruto conmigo cuando estábamos a solas?

—Creo que sí. No sé si te diré cada día que te amo. Acabas de conocer a mi padre. No hubo ternura en casa. Mi madre la escatimaba también, aunque acabo de descubrir que Hereford está satisfecho porque me he casado por amor. Eso es sorprendente.

A Celia se le inundaron los ojos.

—Aunque tu padre me deteste me da igual. Tú me quieres y es lo que importa.

—Oh, no, Celia. Mi padre no te detesta, solo estaba probándome.

—¿Probándote?

—Le he levantado la mano por primera vez en la vida. Antes de eso, le levanté también la voz un par de veces, no sé cuánto habrás escuchado.

—Lo importante —le aclaró ella.

—Pues sigo vivo solo porque está satisfecho con lo que he hecho. Considera que mi mayor deber es engendrar al siguiente en la línea de sucesión y ha venido a asegurarse de que cumpliré con mi obligación lo antes posible. Le hemos dado una alegría aunque jamás lo reconocerá.

—Pero ha hablado de mí de un modo que…

—Ya te lo he dicho. Me estaba probando a mí. ¿No lo has oído ordenarme que te lleve a su casa? Y luego te ha llamado por tu título y te ha hablado con educación. No te angusties por eso. Te amará cuando le des un nieto, aunque, insisto, no esperes un trato especial por su parte. Mis padres no son como Worthing. En tu familia os sacrificáis los unos por los otros. En la mía funcionamos según marca el deber.

—Tengo que contarte una cosa, Gabriel. No creía que todo pudiese cambiar tan rápido entre nosotros, pero supongo que es natural, puesto que nos deseábamos desde hacía tiempo y estamos casados. Hacer el amor lo ha colocado todo en su lugar.

Creía que podría mantenerme serena, incluso fría, hasta que entendieses que un matrimonio tiene que basarse en la felicidad, pero ¿cómo podría hacerlo después de acariciarte y que me acariciases?

—Estás divagando, Celia.

—Sí, cierto. Bueno, Isolde tenía razón. Hace tiempo que estoy enamorada de ti, aunque lo he descubierto hoy, mientras compartíamos intimidad.

—Hagamos el amor de nuevo…

Gabriel aceró su rostro al de la condesa con la intención de besarla y ella se apartó. El conde suspiró. Sabía que estaba al caer una nueva charla. La soltó.

—No te enfades, Gabriel.

—No me enfado. Sé que vas a hablar sobre cosas importantes, así que me pondré cómodo. —Se sentó en el sofá más próximo y le dio un tirón para colocársela en el regazo.

—Tengo dos secretos que confesarte y me gustaría que no me juzgases…

—Santo Dios… ¿Cómo de malo es todo esto, Celia?

—¿Por qué supones que es algo malo?

—¿Me equivoco? —inquirió con una ceja alzada.

—No.

—Está bien. Empieza y veré cómo arreglar tus problemas.

—En realidad no son problemas. Te contaré el primero. Mi padre… Bueno, las cosechas no han funcionado como esperábamos durante algunos años. Las deudas se acumulaban y…

—Pagaré lo que sea. No te preocupes por eso. Cuéntame el otro secreto para que pueda hacerte el amor —la urgió.

—Escúchame. No hay deudas.

—Mejor.

—No lo entiendes, Gabriel… Deja de besarme el cuello —era lo que estaba haciendo su esposo—. No puedo concentrarme si lo haces.

—Eso es bueno…

—¡Besé a Ashdown! —exclamó. Aquello sirvió para que su marido dejase de acariciarla y besarla.

—¿Cómo has dicho?

—Estaba contándote que mi padre…

—Olvida eso. Dime qué sucedió con Ashdown.

—Eso no es lo importante…

—Yo creo que sí. ¿Qué ocurrió con mi mejor amigo, Celia?

—Nada.

—Has dicho que lo besaste.

—Sí, pero fue por tu culpa.

—¿Te apunté con una pistola para que lo besaras?

—No seas ridículo, Gabriel.

—Dime lo que ocurrió, Celia. Me estoy dando cuenta de que soy de naturaleza celosa y extremadamente posesivo. Me falta poco para ir a buscar a Ashdown y darle su merecido por haberte tocado.

—¿Te pones celoso con todas o solo conmigo?

—La pregunta me ofende.

—¿Me dejas que te cuente ambas cosas?

—Empieza por lo de Ashdown.

Ella suspiró. Hombre terco.

—Cuando sucedió aquello del jardín…

—¡Lo buscaste para vengarte de mí!

—¡Engreído! —saltó ella indignada.

—¿Entonces?

—No puedo contártelo si me interrumpes a cada momento.

—No hablaré más. Sigue.

—Sé que Isolde te pidió un beso para comparar si sentía lo mismo contigo que cuando Tris… —la miró con enfado y ella se corrigió—: cuando Halverton lo hacía. Así que cuando me di cuenta de que no podía dejar de pensar en todo lo que habíamos compartido…

—Por amor de Dios, si te tocó como yo lo hice, tendré que matar a mi mejor amigo, Celia. —Y lo decía completamente en serio.

—¡Fue solo un beso!

—Menos mal… —expuso algo aliviado.

—Bueno…

—¿Bueno, qué?

—Fueron dos. El primero no me convenció, así que, con la esperanza de poder olvidarte, tuve que darle un segundo, por si la primera vez algo falló.

—Qué halagador… —ironizó.

—No significó nada. Me sentí fatal porque de alguna manera fue como si te estuviese traicionando.

—Me has dicho que besaste a mi amigo dos veces. Sí que fue una traición.

—Fue una nimiedad.

—Ya… Pero antes has insinuado que todo fue culpa mía.

—Por descontado que lo fue. Si te hubieses tomado la molestia de cortejarme después de nuestro… interludio, en vez de seguir sonriéndoles a todas y hacerme el vacío, no hubiese tenido que buscar un modo de sacarte de mi cabeza.

—No sé si debería estar halagado o enfadado por lo que acabas de explicarme.

—Ahora regresemos a la cuestión de mi familia.

—¿No hubo nada más con Ashdown?

—Se enfadó mucho conmigo cuando trató de…

—¿Trató de forzarte? —preguntó tenso.

—¡No! Él me pidió una oportunidad después de nuestro segundo beso.

—¿Qué te pidió exactamente?

—Ya te lo he dicho, quería…

—¿Qué? —la azuzó.

—Solo recuerdo que me dijo que quería una oportunidad para conocernos mejor.

—Me estás mintiendo.

—Nooo… —dijo con la boca pequeña.

—¿Te pidió que te casases con él?

—No. Eso no.

—¿Entonces qué ocurrió, Celia?

—¿Estás perdiendo ya la paciencia?

—Sí —le confirmó.

—Sabía que Ashdown era un canalla como… como… como… un caballero que conocí una vez y que no tiene nada que ver contigo…

—No lo arregles, estabas pensando en mí.

—Bueno, lo elegí porque quería…

—Vengarte de mí por no hacerte caso —la ayudó al ver que se quedaba callada—. Lo puedes reconocer porque sé que así fue. Hay muchos hombres en Londres, tu elección no fue casual —la azuzó con cierta delicadeza.

—¡Está bien! —claudicó—: Sí, fue por ti. Aunque también tengo que decirte que él era correcto, encantador conmigo, no trató de propasarse ni una sola vez pese a que le pedí un beso.

Comenzamos a hablar con suma discreción en alguna que otra fiesta…

—Por eso quería ir a eventos sociales más decentes y desaparecía de vez en cuando —dijo más para sí mismo que para ella.

—Y eso es todo —dijo, con la boca pequeña.

—Dilo, Celia. Conozco a Ashdown. ¿Qué había entre vosotros dos?

—La segunda vez que lo besé me confesó que me amaba.

—¡Dios mío!

—No es tan grave como crees. Yo creo que no era verdad, aunque se ofendió mucho cuando le dije que no sentía lo mismo y me habló como si fuese el más correcto de los caballeros y yo lo hubiese utilizado…

—No lo entiendes, Celia.

—¿El qué?

—Ashdown sí que estaba enamorado de ti.

—No.

—Sí, lo sé.

—Estoy segura de que…

—Lo sé, Celia, porque es mi mejor amigo y estoy convencido de lo que te digo.

—Bueno, no le des más vueltas. Ahora sobre mi padre tienes que saber que…

—No, mejor aclaremos…

—… pagué todas las deudas de mi familia —siguió ella al mismo tiempo que él.

—¿Cómo has dicho?

—Las damas me daban dinero por probar la lealtad de los caballeros que les juraban amor.

—¿Qué? —No daba crédito a lo que escuchaba.

—Tienes que saber que no podía dejar que mi familia se arruinase. No empezó de modo premeditado. Una amiga me pidió ayuda para que probase a su caballero, luego otra me dijo que…

—¡Santo cielo! ¿Te das cuenta de lo que hubiese ocurrido si la buena sociedad se hubiese enterado de que trabajabas?

—No era un trabajo.

—Te pagaban por tus servicios.

—Lo haces sonar como si fuese una falda ligera.

—¡Es peor! Eres la hija de un conde. Si esto sale a la luz…

—¿Qué, Gabriel? —Se puso seria—. ¿Qué ocurrirá si esto se llega a saber? ¿Me darás la espalda?

—No estás siendo justa. Has visto cómo me enfrentaba a mi padre por ti.

—¿Y?

—Tendré que matar a todos los que te calumnien. ¿No has estado prestando atención?

—Hazme el amor ahora, Gabriel.

—No. Tienes que seguir explicándome… —La mano de ella, tentativa y llena de inseguridad, se posó sobre su virilidad. Luego apretó su dureza—. Maldita sea…

Gabriel se levantó de inmediato y la llevó hacia la mesa con cuidado pero con prisa. La extendió sobre el escritorio más próximo. La urgencia era asombrosa, tanto para uno como para el otro.

La besó; ella le desabrochó los botones que faltaban. Él le soltó el nudo de la bata y le acarició el pecho.

—Mírame —le pidió ella, igual que horas antes.

La miró. En el brillo de sus pupilas estaba reflejado su amor. Sus cuerpos se buscaron y se encontraron, con esa necesidad que nacía cuando el deseo tomaba el control.

—Mía. Eres solo mía. Nunca lo olvides.

—Nunca olvides, Gabriel, que tú también eres solo mío.

—Jamás.

Celia le rodeó la cintura con las piernas y, cuando lo quiso dentro, allí lo tuvo.

El movimiento no fue torpe ni ceremonioso. Fue magnífico. A cada envite, Celia buscaba sus ojos; a cada caricia, Gabriel le susurraba su nombre. El placer llegó distinto al de la tarde, más seguro, más consciente.

Cuando la ola del placer se rompió en su interior, Celia le mordió el hombro para no despertar a media casa. Él la siguió un momento después, con el rostro escondido en su cuello y una satisfacción increíble. Se quedaron abrazados, apoyados en la madera que aún crujía de forma leve, bajo el peso de ambos.

—Mañana —dijo ella, en un hilo—. Mañana lo arreglaremos todo. Primero conoceré a tu familia como es debido. Luego hablaremos de lo que necesites.

—Mañana, sí —le confirmó él—, pero hasta que el sol despunte…

El resto de la noche no durmieron. Se amaron con devoción.

Capítulo 12

Transcurrieron dos semanas maravillosas que bastaron para que la relación entre Celia y Gabriel se afianzase. A la mañana siguiente de la noche en la biblioteca, cumplieron con la visita a Hereford House. Los marqueses de Hereford los recibieron con la corrección infinita esperable. Nada hiriente, nada cálido tampoco. Celia comprobó que los padres de su marido eran auténticos aristócratas: una madre escrupulosa hasta con el detalle del paño del té y un padre con la rigidez aprendida desde la cuna. No la desairaron ni la abrazaron. Realizaron preguntas prácticas, dispensaron respuestas medidas y, al despedirlos, fijaron la pauta de las futuras interacciones con la naturalidad de quien enunciaba el horario de las comidas del hogar. En el carruaje de regreso, el silencio de Gabriel fue comprensible; ella advirtió, por el apretón firme que le dio en la mano, que la jornada había sido un trámite necesario sin más.

A partir de ahí, lo que quedaba en la memoria de Celia eran escenas domésticas que, encadenadas, dieron forma al día a día de una pareja que se esforzaba por ser feliz. Un domingo, Celia reorganizó el desayuno. Los sirvientes eran magníficos, así que en la cocina apareció una jarra de chocolate y bollos para el servicio. Nadie comentó la novedad; la casa, sin embargo, respiraba con

gratitud. Gabriel la observaba dar instrucciones con una calma muy natural, y ella notaba, aunque no se lo hubiese dicho, que a él le gustaba esa manera de mandar sin aspavientos.

Otra mañana salieron muy temprano a Hyde Park. Ella montó en su silla de amazona, él como el impresionante conde que era. La jornada fue tal y como la esperaron. Hubo cuchicheos a su paso y saludos que midieron la distancia sin desdén ni efusión. Gabriel se colocó a su altura para ajustar un estribo; nunca dejaba de preocuparse por su seguridad. Jamás se hubiese imaginado que pudiese ser un hombre tan protector.

Llegó una noche de tormenta. Un trueno sacudió los cristales y también los recuerdos. Celia se despertó porque había soñado que el marqués de Hereford la repudiaba y su marido había dejado de apoyarla. Gabriel se despertó, la rodeó con un brazo y apoyó la barbilla en su coronilla. Oh, sí. Desde que se habían casado él no había utilizado su cama ni una sola vez. Dormía cada noche con ella, en la habitación destinada a la condesa.

También empezaron a trabajar juntos a fin de atrapar al falsificador. En la biblioteca, a la hora del desayuno, solían dedicar horas a ese asunto que hacía que Gabriel se pusiera de muy mal humor porque deseaba darle su merecido al hombre que la calumnió. Extendían mapas de salones, listados de imprentas y recortes sin cabecera. Celia clavaba alfileres en los puntos donde, años atrás, habían circulado cartas sospechosas; Gabriel, con una lupa, comparaba filigranas de papel, aunque insistía en que era un callejón sin salida. Como ese trabajo los separaba más que los unía, decidieron no seguir investigando tan a menudo. ¿El motivo? Porque el último día que comenzaron a hablar sobre ese villano al que Halverton le había perdido la pista, Gabriel le gritó. Por descontado, se disculpó de inmediato y adujo a su impotencia a la hora de capturarlo.

Ella no se lo tuvo en cuenta. Aunque lo bueno de aquella salida de tono fue que por la noche, como ella había hablado de un club de St. Jame's donde se decía que se escondía un famoso abogado que tal vez fuese el propio Penryth, su esposo trató de resarcirla llevándola de incógnito a un lugar en el que una dama no debería siquiera poner un pie. Tanto disfrutaron de la experiencia que tuvieron un par de salidas de ese tipo en las que aprovecharon para realizar algunas pesquisas más.

Su rutina era muy cómoda. Otro día, la duquesa de Halverton organizó una cena familiar. Fue el anuncio de una gran noticia. Isolde estaba encinta. Tristan se mostraba, como era lógico, de un humor excelente. Hubo bromas prudentes sobre licencias especiales, un intercambio atento sobre monturas y, entre plato y plato, se mencionaron nombres de bebés. Celia anotó mentalmente cada uno de ellos porque estaba segura de que pronto haría un anuncio similar. Al despedirse, Isolde abrazó a su hermana y le confesó que se alegraba de su dicha, porque estaba más que claro que había domado a Gabriel. Esa confidencia se la guardaría para sí misma.

Otro día, lord y lady Winterfield ejercieron como anfitriones en su propia casa con una pequeña fiesta informal. Hubo música. Gabriel le pidió un vals, y ella aceptó, aunque se declaró torpe de antemano; esa pieza en concreto nunca fue su fuerte. Bailaron con un compás discreto. A mitad del giro, la alfombra se rebeló; Celia tropezó y Gabriel la sostuvo como el héroe que era. Hubo aplausos porque todo el mundo comprendió que la pareja estaba enamorada.

La sociedad seguía de cerca sus pasos. En una matiné musical, una viuda se entretuvo en desgranar halagos hacia Gabriel. Celia mantuvo la espalda recta y la sonrisa de quien no competía ya por un triunfo porque se sabía ganadora de antemano. Lady Winterfield conversó con una baronesa irreprochable sobre acuarelas

e intercambió opiniones ligeras también con la marquesa de Hereford. De regreso, el carruaje se llenó de lujuria. Celia descubrió que una pareja podía tener intimidad en cualquier lugar. ¡Hicieron el amor en un vehículo mientras circulaba por las calles de Londres!

Se había convertido en la administradora indiscutible de su hogar. Celia recorría la despensa con el ama de llaves dos veces a la semana, ajustó la colada a los jueves, implantó una tarde rotatoria libre para las doncellas y organizó dos cestas para la parroquia a nombre de la casa Winterfield que serían entregadas tres días a la semana.

Una madrugada, Celia lo encontró escribiendo con la lámpara baja. No hubo intento de esconder papeles. Él señaló dos líneas y le pidió una lectura en voz alta que sirviese para comprobar su precisión. El destinatario era el administrador de su padre, porque se había detectado una desviación en los libros de cuentas que el marqués le había pedido que examinarse. Jamás había visto a su esposo tan pletórico. No importaba que su padre fuese duro con él; quería su aprobación. Era un hombre leal y ella cada vez lo amaba con más intensidad.

Worthing acudió a almorzar un jueves. Entró con el bastón bien plantado y los ojos puestos en su hija y en Gabriel. Encontró un servicio bien entrenado, una mesa sin ostentación y una conversación que no tropezó con asuntos delicados. El conde de Worthing miró a Gabriel con esa advertencia que ya no necesitaba palabras. Lord Winterfield respondió con el mismo idioma, una inclinación de cabeza, a fin de tranquilizarlo. Nadie mencionó nada más. Nadie alzó la voz. A la salida, el padre pareció satisfecho con ese equilibrio sencillo del matrimonio.

Al término de esas dos semanas, Londres seguía hablando, pero cada día con menos brío. En Winterfield House, en cambio, el rumor que más sonaba era otro: dos tazas que se

llenaban a la vez, dos firmas al pie de una carta, dos pasos que se buscaban a la hora de cruzar un zaguán. El deseo no se perdía, aumentaba. Eran aliados. Y, por encima de todo, Celia percibía que la palabra amor, pronunciada una noche en un arrebato pasional, empezaba a sostenerse mejor en lo cotidiano que en cualquier declaración tan intensa. La vida, sin tragedias de ningún tipo, les estaba mostrando su propio compás para ser felices.

Lo malo de las situaciones idílicas era que tendían a ser puestas a prueba.

Así que ahí estaba lady Winterfield, conversando con viejas amigas muy queridas mientras admiraba a su maravilloso esposo desde el otro lado del salón de la vizcondesa Heiden. No tenía ningún problema con él… aún. ¿Por qué sospechaba que iba a producirse algún tipo de altercado en su fantástica vida?

La respuesta era sencilla. Winterfield estaba conversando con su mejor amigo, el marqués de Ashdown.

No habían vuelto a mencionar nada sobre aquello. Tampoco sobre el dinero que ella tenía escondido en un secreter de su habitación. Sospechaba que esa noche todo iba a cambiar y, en honor a la verdad, no estaba preparada para que apareciese un bache en el camino.

Cuando la mirada de su esposo se cruzó con la de ella y no vio dulzura, se preocupó. Cuando observó a Gabriel salir del salón a toda prisa…

***

El conde de Winterfield llegó a la velada de la vizcondesa con el ánimo sereno; por fin, su vida era perfecta. Ver a Celia al otro lado del salón, lejos de él pero sabiendo que era suya, que podía confiar en ella, que lo amaba, le hizo darse cuenta de que el matrimonio le sentaba bien. Jamás se imaginó que estar casado sería eso: tener una compañera perfecta con quien compartir cada rutina de su existencia. Celia era perfecta.

Lo único que le oscurecía el alma, como una gota de tinta vertida en un vaso de agua clara, era el secreto que aún guardaba. No podía contarle que el lazo que los unió a toda prisa llevaba la firma de Ashdown, el falsificador conocido como Penryth. Había confiado en la palabra de su mejor amigo y le había puesto un límite; pues si Penryth resucitaba, lo llevaría a Bow Street sin vacilar. Pero también sabía que, si Celia se enteraba del asunto, si descubría que él había estado al tanto de todo, no habría indulgencia posible: lo mandaría al infierno.

No podía arriesgarse a perderla. Era lo mejor que le había sucedido en la vida. Así que la había apoyado en su búsqueda del villano sin pensárselo dos veces. Engañarla era duro, pero ¿qué más podía hacer?

No era una coincidencia estar pensando en ese asunto del falsificador en esos momentos, porque mientras devolvía saludos y cumplidos, había visto a Ashdown entre los invitados. Su mejor amigo seguía teniendo la misma facilidad para sonreír de siempre. Sintió cómo el secreto se volvía más pesado. Encontrarse con el hombre que se había enamorado de su esposa… Se podría decir que la noche no iba a concederle tregua.

Gabriel se abrió paso con la corrección de un hombre que no tenía intención de entretenerse. Era necesario saber qué planes tenía su antiguo compañero de correrías.

—Winterfield —lo saludó Ashdown, con amabilidad, al tiempo que le tendía la mano—. Me alegra verte de nuevo.

—Ashdown. —Gabriel le devolvió el apretón, algo más distante—. La vizcondesa Haiden es conocida por organizar una fiesta sobria. No creía que te vería en una velada tan aburrida como esta.

—Ya me conoces, siempre voy donde me lleva el destino. —El marqués ladeó la cabeza, para examinarlo con atención —. ¿Y bien? ¿La vida conyugal te trata como mereces?

—¿Qué haces en Londres?

—Ah, evasivo… Está bien, no te presionaré. Verás, he vuelto porque estoy enamorado —respondió con una sinceridad brutal.

—¿Qué has dicho?

—¡Amor! —exclamó, para después suspirar—. Ver cómo te dejabas poner la soga al cuello me ha hecho replantearme las cosas. Me siento solo, amigo mío, y como ya no tengo nada que perder… Voy a conquistar a la mujer que amo y utilizaré todas las armas de que dispongo. Estoy tan seguro de lo que debo hacer que jugaré sucio en caso de ser necesario. ¡Fíjate! Sé que mi abuelo no la aprobará y no me importa. La dama es todo lo que necesito. Llevo separado de ella un tiempo y… ha sido horrible, Winterfield. Me arrepiento de haberla dejado marchar cuando lo que debí haber hecho es asegurármela.

Gabriel no pestañeó. Conquistar. Esa palabra lo rasgó por dentro. En realidad, toda la confesión le dolió. Si su mejor amigo pensaba que podría regresar y robarle lo que le pertenecía, era solo

porque se había vuelto loco. ¡Jamás renunciaría a Celia! ¡Se moriría si lo hiciera! Le vino a la mente un recuerdo nítido: Celia contándole que lo había besado dos veces y que Ashdown le pidió una oportunidad. Los celos se lo llevaban a los infiernos, la inseguridad de un enfrentamiento con su mejor amigo lo devoraba por dentro.

—¿Y si te equivocas con ella? ¿Y si no te quiere? —dijo, llano como una hoja de acero—. Hay mujeres las que no le gusta ser asaltadas; y los dos sabemos que eres imparable cuando tomas una decisión.

—Haré lo que haga falta. Es ella, amigo mío, y será mía —incidió el marqués, con una chispa en los ojos que no iba dirigida a Celia, sino a una joven viuda situada en el otro extremo del salón, aunque Gabriel estaba tan ofuscado que fue incapaz de percatarse de ello. Allí, una desconocida para Gabriel se reía de algo que le había dicho un coronel retirado, sin regalarle al marqués ni una migaja de atención. Ashdown contuvo la tentación de mirarla dos veces y regresó los ojos a Gabriel—. Tiene una habilidad diabólica para volverme loco. Llevo demasiadas noches sin dormir por su causa.

—¿Estás seguro de lo que propones? ¿Has medido bien el alcance de tus acciones?

—No he hecho más que pensar en las consecuencias de quedarme sin hacer nada. La necesito como nunca creí que necesitase a nadie. ¿Te lo puedes creer? ¡Yo, el príncipe de los canallas, sometido como un cordero!

—Tú no eras ningún príncipe. Eras y sigues siendo el rey de los pícaros.

—Oh, no, no, Winterfield. El rey siempre lo fuiste tú. —Se quedó un momento pensativo y luego sonrió con malicia—. Aunque… es cierto que me propongo hacer lo impensable para tenerla.

—¿A qué te refieres?

—Pienso seducirla. Haré que su cuerpo arda con tal desesperación que será incapaz de negarme lo que deseo de ella.

—Por amor de Dios… ¿Seducirla? —La palabra le salió cortante—. ¿Delante de media ciudad?

—El matrimonio te ha vuelto demasiado puritano. ¡Tranquilízate, hombre! No haré nada descabellado. Esta noche solo colocaré piezas. —El marqués, sin poder evitarlo, se permitió buscar a la dama con la mirada—. Londres es un tablero demasiado grande como para jugarlo en una sola sala. Hay otro con quien debo competir, pero estoy seguro de mi victoria.

Gabriel siguió la dirección de la mirada de su amigo, con tal acierto que la joven viuda que tenía preso del delirio a Ashdown se había acercado a hablar con lady Winterfield, ya que ambas eran buenas amigas. Gabriel se cuadró.

—Si continúas por ese camino, olvidaré dónde estamos. Esa mujer a la que pretendes no es para ti.

El marqués, suponiendo que Gabriel había adivinado la identidad de su dama porque era poco discreto cuando la mirada, y sabiendo que era muy amiga de la esposa de Winterfield, comprendió la advertencia de su amigo.

—Te has vuelto muy protector, Winterfield.

—Y juicioso también. He aprendido a escoger el lugar de las discusiones. Por eso te salvarás hoy, aunque no pienso escuchar cómo planeas seducir a una mujer decente y que no te pertenece.

—¿Qué diablos te ocurre? —No entendía la rabia que detectaba en la voz de su mejor amigo.

—Tú eres lo que me ocurre.

Un silencio breve, tenso como una cuerda, se interpuso. Ashdown, por fin, notó que había tocado una fibra mal puesta. Tal vez el conde estuviese enfadado porque su matrimonio no estaba saliendo bien y lo culpaba por haberlo condenado.

Antes de que Ashdown pudiese preguntarle a ese respecto, Winterfield se dio la vuelta con la precisión de un militar y cruzó la puerta lateral hacia la galería en penumbra.

El marqués lo siguió con la mirada, desconcertado. No llegaba a entender en qué momento la conversación se había torcido. Por un momento barajó la posibilidad de ir tras él, no obstante, tenía otra misión más dulce que concretar.

Al otro lado, cerca de la anfitriona, Celia dejó de conversar con una vieja amiga. Había visto a Gabriel abandonar la estancia con los hombros tensos, después de haberle ofrecido una mirada que habría congelado el infierno entero. No se lo pensó dos veces, salió tras los pasos de su esposo a toda prisa.

Capítulo 13

La puerta del carruaje se cerró con un clic seco y el interior se quedó reducido a la preocupación, al traqueteo y a la luz velada de los faroles entrando por el cristal. Gabriel se sentó enfrente, rígido. Celia notó en sus manos un pequeño temblor que se apresuró a disimular.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado? —preguntó, sin rodeos, porque ya no podía soportar ni su silencio ni el modo en el que la evitaba.

—Algo que debí haber previsto.

—¿Me lo explicas?

La mirada del conde se posó por primera vez tras la huida en los ojos de Celia.

—Tu amigo ha vuelto porque está enamorado —respondió él, sin mirarla—. Viene a conquistarte.

—¿Qué? —No lograba darle el sentido adecuado a esas palabras.

—Has de sentirte muy afortunada. Debiste causarle una gran impresión a Ashdown. Para él las mujeres son como trofeos, nunca se obceca con ninguna. Debieron ser dos besos… increíbles —aguijoneó sin compasión.

Ella decidió no mostrarse herida. Estaba más que claro que su marido no veía más allá de su enfado. Tenía que ser paciente, mostrarse tranquila y comprensiva.

—Estoy segura de que te equivocas. —También consideró que sería mejor pasar por alto la insinuación sobre que había tenido mucho más que dos besos con el marqués.

—No me lo discutas, Celia. Lo ha dicho con todas las letras. Está en Londres porque te ama y desea.

—¿Y seré culpable porque un hombre afirma que me ama y desea, Gabriel?

—¿Qué sucedió entre él y tú?

—Ya te lo dije. Hubo un par de conversaciones entretenidas y dos besos.

—¿Qué más te hizo además de besarte?

—¿Vas a poner en duda mi virtud, cuando sabes perfectamente que llegué a tu cama tal y como se espera que lo haga una esposa?

—Antes de tenerte así, los dos sabemos que te manejé a mi antojo en un jardín oscuro y te marchaste de allí bien amada y con la virtud intacta, Celia.

—Estás siendo cruel y desmedido.

—¡Te ama! Mi mejor amigo me acaba de confesar que te ama y piensa luchar para recuperarte.

—No me creo que te haya confesado sus planes de ese modo. Por amor de Dios, Gabriel, eres mi esposo. Un hombre no le dice al marido de una mujer lo que…

—¡Ashdown no está al corriente de que yo sé que él trató de enamorarte! Está dando por supuesto que tú no te has atrevido confesar tu vileza.

—No fue ninguna vileza… —murmuró, tratando de contener el enfado que comenzaba a surgir con fuerza en su interior.

—¿Ah, no? —Estaba más que claro que él no se creía nada.

—No —se reafirmó la condesa—. Te perdonaré la impertinencia porque sé que estás enfadado y…

—No seas condescendiente, Celia.

—Entonces escúchame tú —replicó, muy despacio—. No hay nada entre Ashdown y yo. Te lo conté todo. Dos besos estúpidos, antes de que tú y yo fuésemos nosotros. Nada más.

—¿Y por qué ha regresado, entonces? ¿Por qué ha elegido participar en una fiesta demasiado formal, de esas que

siempre ha aborrecido y evitaba como si fuesen la peste? —Apretó los puños—. ¿Por qué te clava los ojos como si tuviese derecho a reclamarte ante toda la sala?

—No lo sé —admitió, herida por la desconfianza—. Lo que sí sé es lo que hago yo, lo que tiene que ver conmigo. Estoy casada contigo y no pienso romper mis votos.

—Yo tampoco, pero no soy ciego. A él no se le ha acabado nada —se inclinó hacia delante—. A ti te mira como si fueras su victoria.

—No vuelvas a decirlo —pidió ella, con el mentón alto—. Ese hombre no me tiene.

—Ahora no, pero ¿y mañana? Lo he visto, Celia. Lo he visto arrebatarme a cada mujer con la que me he ilusionado. Tiene un poder que conoce a la perfección y no vacila cuando lo utiliza. Es lo que hace, las hechiza a todas.

—¿Tan poco valoras mi amor por ti, Gabriel?

—¿Tan poco infravaloras lo que puede hacer él?

—No me tendrá. Dos no caen si no uno quiere. Y yo no quiero. —Sabía que tenía que disipar sus celos, porque de otro modo lo envenenarían.

—Te ama —soltó Gabriel, ronco—. Y te desea.

—¿Y qué? Pueden amarme cien y desearme mil. Solo uno me tocará mientras viva. —Trató de cogerle la mano y él se lo permitió—. Solo uno. Y ese hombre eres tú, mi amor.

—No quiero compartirte ni con un recuerdo. Me duele, Celia. Me duele porque él sufre, porque tú puedes caer…

—Lo entiendo, pero no me obligues a defenderme de algo que no he hecho. No me uses como un arma para tus rencores con él. Tampoco me compares con las demás mujeres que sucumbieron ante él.

—No lo hago. Intento proteger lo que es mío.

—No soy ni un caballo ni un mueble que alguien te pueda robar. Soy tu esposa. La confianza no se mendiga; se da.

El carruaje viró y el silencio se llenó del ruido de ruedas y de herraduras. Gabriel la miró durante un segundo. Al final, solo dejó una frase áspera:

—No soporto la idea de perderte.

—Eso no ocurrirá.

El conde no siguió hablando. Se quedó con la vista clavada en el cristal empañado hasta que el vehículo se detuvo frente a la casa. Entonces le soltó la mano a su mujer.

Gabriel fue el primero en descender y le tendió la mano de nuevo, aunque la ayudó a apearse sin mirarla. La soltó como si quemase cuando la dama puso ambos pies en el suelo, y justo en el momento en el que Celia iba a recordarle que su amor era fuerte, que lo soportaría todo, él hizo lo impensable.

Lord Winterfield giró sobre sus talones, subió de un salto al interior, golpeó dos veces el techo para dar la orden, y el cochero se puso en marcha.

Lady Winterfield se quedó a los pies de la escalera de la fachada principal de su hogar, con el corazón encogido y la espalda firme, mirando cómo se perdía el farol del carruaje en la esquina. Solo cuando el silencio recuperó la calle, inspiró hondo y entró en la casa luchando para no derrumbarse.

***

A partir de ahí se instaló en la casa una quietud incómoda. Gabriel no durmió allí dos noches seguidas y, cuando por fin volvió, la normalidad no regresó con él. Celia lo recibió como recibía una anfitriona irreprochable a un invitado difícil: con educación suficiente y la distancia exacta. Él correspondió con el mismo pulso frío.

Nadie en el servicio escuchó un reproche ni un portazo, aunque todo el mundo echaba de menos el tono bajo con el que solían reírse de la ciudad o el murmullo de papeles compartidos en la biblioteca.

El desayuno del primer día juntos fue una coreografía calculada. Ella entró en el comedor con un vestido claro, saludó al mayordomo, escogió pan y fruta y abrió una carta que no le interesaba. Él llegó un minuto después, pidió café y hojeó el Morning Chronicle sin pasar página. Ninguno miró al otro. De vez en cuando coincidían en un gesto: pasarse un vaso de agua, la mantequillera o el azucarero. La cortesía funcionaba, aunque había sustituido a la complicidad.

A media mañana, Celia ocupó la mesa del gabinete con las notas sobre el falsificador. Alineó recortes, colgó en la pared una nueva hoja con las filigranas que le había conseguido Halverton y clavó alfileres donde creía ver patrones. Gabriel pasó por el umbral una vez. Se detuvo un segundo y la miró con intensidad. Celia tampoco fue capaz de no mirarlo con hambre, pero esa fue toda la conversación e interacción entre los dos. Ninguno habló, aunque la atracción entre los dos seguía estando ahí.

Salieron a Hyde Park porque Mayfair debía verlos juntos o comenzarían los rumores después de su apresurada salida del último baile en el que estuvieron. Además, estaban seguros de que ya se estaría comentando que el conde había dejado sola en su casa a su condesa durante dos días completos, con sus correspondientes noches. Durante ese frío paseo, él le ofreció el brazo y ella lo aceptó, sin apretárselo. Caminaron por el Sendero de las Damas con el paso que marcaba el decoro. Hablaron con dos conocidas, le dedicaron tiempo a un sargento retirado que les contó una anécdota interminable y se detuvieron un instante junto al lago. Era extraña la manera en que el sol conseguía engañar a cualquiera: sobre el agua todo parecía en su sitio, pero en la profundidad todo se agitaba con fuerza. En el reflejo del cristal del carruaje, durante un segundo fugaz, los ojos de ambos sí coincidieron. Bastó para que la respiración se les espesase. Volvieron a mirar a otro lugar como si no hubiese ocurrido nada.

La tarde trajo visitas. La marquesa de Hereford envió un recado para anunciar su visita. Celia respondió con una nota perfecta y eligió flores para el salón; no eran las favoritas de su suegra, pero sí armonizaban con la alfombra. Gabriel revisó las cuentas con el administrador durante una hora exacta en su despacho. Desde la puerta, la condesa lo oyó hablar con ese tono seco que utilizaba para cerrar asuntos sin discusión. Así era exactamente como se trataban el uno al otro desde que Ashdown regresó a sus vidas.

Celia echaba de menos el modo en el que le susurraba palabras incendiarias para despertar su lujuria, las caricias ardientes… ¡Dios! Lo echaba terriblemente de menos en la cama, y no solo ahí. No permitió que esos pensamientos se abriesen camino.

Lady Winterfield no había hecho nada malo; él la había condenado a pesar de ser inocente, y, no contento con ello, la abandonó en su casa. Había desaparecido durante dos días, y solo Dios sabía lo que había estado haciendo sin ella.

Las noches eran lo más complicado. No era solo porque no hiciesen el amor; era porque Gabriel dormía en su habitación, separado de ella, privándoles a ambos de esa felicidad que habían logrado alcanzar y que había resultado ser tan efímera. Se había instaurado entre ambos una distancia que dolía. Celia encontraba el sueño con dificultad y a ratos se despertaba, solo para recordar lo que Gabriel le estaba arrebatando. Era imposible no estar en el lecho y no recordar. El cuerpo femenino se calentaba por su cuenta. Bastaba con imaginar la mano de Gabriel en la curva de su cadera para que su plan de no pensar en él amándola se hiciese añicos.

Resistiría porque estaba segura de que no le correspondía a ella dar el primer paso.

Volvieron a hacerse visibles en una matiné. A esas alturas todo Londres sabía que el matrimonio tenía serios problemas. La anfitriona, una baronesa de gustos firmes, sentó a Celia entre damas prudentes y colocó a Gabriel con dos diplomáticos. Había té tibio, pastas y un aria bien cantada. De tanto en tanto, el conde la sentía lejos y a salvo, y eso lo calmaba; no obstante, el recuerdo de los ojos de Ashdown sobre ella le disparaba de nuevo los celos. Lady Winterfield, por su parte, notaba el cambio exacto que se producía en la espalda de Gabriel cuando alguien pronunciaba el título del marqués a tres metros de distancia. Sabía que su marido se estaba

hiriendo solo, y por más que habría querido curarlo con una caricia no podía hacerlo. Él tenía que superar sus miedos.

La cosa se puso más seria en una nueva fiesta de los duques de Halverton. Allí tenían que mostrar su mejor cara para no preocupar a Isolde. Ambos lo sabían sin necesidad de comentarlo entre sí. Así que los duques recibieron a una pareja irreprochable. Bailaron un vals sin incidentes. Ella entró en el giro con la precisión que se esperaba de una condesa impecable; él la condujo con una corrección tan fría y ensayada que la puso al borde de las lágrimas. Fingieron cercanía con la facilidad de los buenos actores. Fingieron tan bien que, al separarse, y debido al modo tan intenso en el que se miraban, escucharon a algunos invitados susurrar que la pareja había hecho ya las paces. Nada más lejos de la verdad. La humillación era completa.

Ninguno de los dos hablaba sobre lo que se especulaba en los círculos sociales. Se habían convertido en el matrimonio perfecto, ese en el que solo importaban las apariencias y no los sentimientos.

En casa, la convivencia se había tornado insoportable. Celia desterró del vestidor los colores demasiado alegres y eligió tejidos que no reclamasen atención. De vez en cuando coincidían en el rellano. Ella prefería mirar el dibujo de la alfombra; él prefería fijarse en el remate de una moldura. Bastaba una ráfaga de perfume de lilas, o el sonido del aliento cuando uno subía la escalera y el otro la bajaba, para que lo que fingían se volviese un esfuerzo auténtico.

Se deseaban cada día con mayor ferocidad pese a que ninguno de los dos quisiera dar el primer paso y reconocerlo.

Lo que uno y otro desconocían era que se observaban a todas horas, esforzándose para que el otro no lo descubriese. Así que a fuerza de no mirarse, comenzaron a verse en otros sitios. Ella

descubrió que él apretaba la mandíbula cuando algo lo disgustaba y que ese gesto se le relajaba nada más verla. Él aprendió a distinguir el modo en que ella jugaba con un mechón rebelde cuando estaba inquieta.

La atracción no se extinguía, aunque se volvía impaciente.

El enfado tampoco se marchaba, pero se puso un disfraz.

Con todo así de extraño, la historia estaba a punto de cambiar.

Un golpe en la puerta despertó a Celia antes de que la luz terminara de cuajar sobre los visillos. La doncella entró con una bandeja con té, tostadas, un tarro de naranja amarga… y, a un lado, el Morning Chronicle plegado con esmero. Bajo la franja del pliegue asomaba el pico de un papel más pequeño, doblado en cruz.

—Lo han dejado hace cinco minutos con indicaciones urgentes de que se lo entregásemos, milady. El lacayo dice que llegó un muchacho para explicarle que era necesario que usted lo viese —murmuró la muchacha.

Celia se incorporó despacio. El nombre del diario le causó una punzada fría bajo el esternón. No entendía nada, pero el asunto resultaba tan extraño que siguió su instinto. Abrió la publicación y comenzó a leer. Entonces encontró aquello que tenía que encontrar. Lo estaba leyendo sin respirar, una y otra vez. Eran tres párrafos en los que se aseguraba que la condesa de W., recién casada, encontraba consuelo fuera del hogar con un caballero cuyo título era A. Decía que se la había visto risueña, feliz y entregada a ese marqués.

El primer pensamiento fue punzante, claro e inevitable: Ashdown. Tenía que haber sido él quien había difundido tal farsa. Fue en ese preciso instante comenzó a creer las palabras que le había recitado Gabriel semanas atrás. El marqués era un hombre enamorado y dispuesto a todo para recuperarla. Esa idea, lejos de producirle alegría o halago, le causaba una ira visceral.

Aquello tenía una causa y un culpable. Ashdown iba a conocer a la condesa de Winterfield en todo su esplendor.

—Tráeme el vestido de paseo, el gris con ribetes blancos —ordenó de inmediato—. El gabán corto, el bonete sencillo y… —se interrumpió; no quería perder un minuto en adornos—. Lo que sea, pero rápido.

Se levantó de la cama y fue hasta el tocador. Se recogió el cabello con dedos firmes, sin alfileres innecesarios. Mientras la doncella abría el armario, Celia volvió a mirar el periódico sobre la mesita. La noticia acusadora se reía de ella. Empujó el diario a un lado para dejar espacio y, al hacerlo, un papelito plegado, que había quedado debajo y en el olvido, resbaló y se escondió entre el borde de la bandeja y el mantelito bordado.

—Yo terminaré de vestirme, que preparen el carruaje —ordenó sin elevar la voz—. Voy a Brook Street. —Sabía perfectamente dónde vivía el mejor amigo de su esposo. Pensaba enfrentarse a él.

La muchacha parpadeó, sorprendida por la hora tan temprana, pero asintió al instante y desapareció.

Celia se arregló con rapidez sin ayuda. El enfado tenía una claridad que la tranquilizaba: no permitiría que Ashdown convirtiera su matrimonio en cenizas. Ató las cintas del bonete, se

puso el redingote y, con el periódico doblado bajo el brazo, salió al pasillo con paso seguro.

Bajó la escalinata sin mirar a los lados. El mayordomo alcanzó a abrirle la puerta del vestíbulo; el cochero ya la estaba esperando.

El carruaje partió con un crujido de cuero y el traqueteo característico de las calles de Londres. En esos instantes, Celia deseaba matar a Ashdown. Si ese rufián quería pelea, iba a encontrarla.

Y mientras una dama se disponía a darle su merecido a un truhan desalmado, la doncella regresaba para ordenar la habitación de la condesa. El papel plegado que había quedado medio oculto en la bandeja y que no fue leído por Celia, sí que logró captar la atención de la doncella, quien depositó la misiva, sin curiosearla, sobre el escritorio de su patrona.

Ahí, escrito en letra pulcra, se podía leer:

Lady Winterfield:

Es por cortesía, aunque inmerecida, por lo que le envío el Chronicle de esta mañana. He sabido recientemente que a usted le gusta ser juez y jurado en las relaciones. Lanza acusaciones sin estar al tanto de la verdad. Me juzgó indigno de cierta dama; ahora le devuelvo el favor. Mi venganza se ha cumplido. No sobrevivirá al enfrentamiento entre su esposo y el mejor amigo de este. Hoy equilibro la balanza.

Firmado: Un querido enemigo suyo.

Posdata: No se angustie; con esta sola venganza me doy por satisfecho. No volveré a interferir en su vida si usted deja de participar en sus actividades insanas para siempre. Confío en que mi acto sirva para que aprenda la lección. Aunque puedo estar mintiéndole.

Capítulo 14

La portezuela del carruaje golpeó contra el quicio con un clic seco cuando descendió; Celia se dispuso a subir los peldaños de aquella casa de Brook Street con el periódico doblado bajo el brazo. Cuando le abrieron la puerta, el mayordomo intentó anunciarla, pero ella ya cruzaba el vestíbulo a toda prisa.

—¡Lord Ashdown, necesito hablar con usted! Enseguida.

Debido al grito, él salió al pasillo para ver el motivo por el que su mayordomo susurraba órdenes y una dama gritaba sin parar. Celia lo vio saliendo de la biblioteca.

—Lady Winterfield, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó cuando se recompuso debido a la sorpresa.

—Tenemos que hablar —apuntó severa, al tiempo que cruzaba por delante de él para entrar en la estancia.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió en el instante en que la tuvo frente a él.

La respuesta de la condesa fue dejar el Morning Chronicle sobre la mesa con un golpe deliberado. La página de la calumnia estaba bien a la vista.

—Ha ocurrido que usted ha decidido romper mi matrimonio desde la seguridad que creía que le daba el anonimato. —La voz no tembló—. ¿De verdad consideró la posibilidad de que yo me quedase de brazos cruzados cuando me enterase? Su perfidia no tiene límites.

Ashdown la miró un segundo más de lo debido. No bajó la vista hacia el papel; la fijó en ella para ver si descifraba la acusación, porque, oh, sí, la esposa de su mejor amigo estaba colérica y al parecer la culpa de ese enfado la tenía él.

—¿Me da alguna pista sobre la maldad que me atribuye, milady? —la tanteó, porque no estaba muy seguro de a qué se refería. Aunque en honor a la verdad, un enfado tan salvaje solo podría deberse a una acción tan malvada como para… ¡Santo Dios! ¿Se lo habría contado Winterfield? No. Eso era imposible. Su mejor amigo no se arriesgaría a…

—Es usted un ser cruel, ruin, ¡atroz! —comenzó ella a instigarlo sin reparo.

—¿Me da más detalles? —Antes de afirmar algo más y meter la pata, quería asegurarse de que ambos hablan del mismo asunto.

—¿Más? Lo que ha hecho no tiene perdón de Dios. ¡Ha jugado con mi vida! No tenía derecho a escribir y mandar notas que son mentira. ¿Le aclara eso la situación, milord? —La actitud de ella era la de la reina de Egipto ordenando que decapitasen a un criminal.

¡Oh, cielos! ¿Qué clase de locura habría llevado a Winterfield a confesar que él escribió aquella carta haciéndose pasar por la dama que deseaba verlo decapitado en esos instantes? La de un hombre enamorado que no quería que hubiese secretos entre él y su amada esposa. Ashdown suspiró. No podía condenar al conde por no poder callarse la verdad. Hacía unas semanas no habría entendido a su amigo, pero desde que había descubierto el poder del amor… Comprendía el motivo de Winterfield, aunque tenía ganas de asesinarlo por haberle confiado su secreto a su esposa. ¡Su mejor amigo había enloquecido debido al amor!

—Comprendo —dijo al fin, muy despacio—. No debí hacerlo. Fue un acto desesperado con el que buscaba ayudar más que enfadar; tiene que creerme. Le pido disculpas por haberla puesto en el punto de mira de todos.

Esas palabras encajaron sin esfuerzo con la idea que Celia ya tenía sobre que en verdad quería separarla de Winterfield y quedársela. Sintió que la sangre comenzaba a hervirle. Ira, caliente y espesa.

—¿Cree que una sencilla disculpa borrará lo que ha hecho? —repitió, incrédula—. ¿Después de esto? —Señaló el periódico—. Usted ha jugado a ser Dios, ha obrado sin tener en cuenta mis deseos —insistió.

—Confieso que eso es verdad, pero solo a medias. Lo hice porque Gabriel estaba enamorado de usted y necesitaba ayuda. La vi a usted en aquella mascarada, la reconocí de inmediato y también me percaté del modo en que miraba a mi amigo. Era indudable que ambos suspiraban el uno por el otro. Él es terco, ya se habrá dado cuenta de eso, y usted lo es mucho más que él. Debería darme las gracias por haber hecho lo que hice por ambos, porque yo todavía estaba un poco encaprichado con usted y decidí

sacrificar todas mis esperanzas porque comprendía que los dos estaban locos el uno por el otro.

—¿Qué? —preguntó, porque se había perdido algo.

—Lo sé. Una disculpa es poca cosa, pero estaba tan seguro de que Winterfield y usted harían tan buena pareja que… Bueno, mi amigo estaba tan triste que temía que se echara a llorar un día. ¡No podía verlo languidecer por una mujer! Al principio creí que estaba tan triste porque su hermana se había desposado con Halverton, a quien no debe decirle nada sobre mi secreto, se lo ruego… —se interrumpió, consciente del rumbo de sus propias frases—. Ese es otro tema que discutiremos luego. Lo que necesito que entienda es que Winterfield sufría porque la amaba a usted y que yo lo quiero como si fuese mi hermano. Si piensa abandonarlo por lo que yo hice… —Suspiró—. Se lo ruego, no lo haga. Fui un necio. Creí que una sacudida forzaría lo inevitable. Penryth nunca debió existir. No debí convertirme en él; eso es una gran verdad, pero ya le habrá contado Winterfield los pormenores, y comprenderá que no tuve elección. En definitiva… siento haberme hecho pasar por usted cuando escribí y firmé esa carta en su nombre y se la enseñé a aquel periodista. Aunque lo hice en nombre del amor de dos personas destinadas a estar juntas. —Ashdown se quedó fascinado con su última frase, no creyó ser un poeta.

Celia sintió que el suelo cedía una pulgada bajo las botas. Comenzó a repasar mentalmente cada palabra, cada frase, para darles el sentido exacto. Ese villano que quería destruir su matrimonio acababa de explicarle que Winterfield estaba desolado y que había tenido que ayudarlo. No por Isolde, sino porque lloraba por ella. ¡Cierto! No lo había dicho exactamente así, pero… En fin, el detalle importante era que: ¿Ashdown acababa de confesar que él era Penryth? El falsificador que había chantajeado a un puñado de jóvenes con cartas falsas y había hecho que algunas de ellas se

casasen a la fuerza, ¿era el mejor amigo de Winterfield y su marido lo sabía?

—Penryth… —murmuró Celia, comprendiendo cada vez mejor lo explicado. ¡Ashdown era el hombre que Halverton quería atrapar! ¡El mejor amigo de su esposo!

—Debo confesar que me ha sorprendido que mi amigo le contase un hecho que puede llevarnos a ambos a la horca, pero mi vanidad exige que puntualice que hice lo correcto cuando los obligué a ambos a casarse. Porque los dos se aman. Así que debo felicitarla, milady, pues si Winterfield le ha explicado ese secreto, solo puede deberse a que confía en usted con su propia vida y la mía. Mi mejor amigo no solo la ama; su devoción por usted va más allá del simple amor.

La biblioteca se encogió hasta convertirse en una prisión asfixiante. De pronto, la última explicación de Ashdown adquirió todo el sentido del mundo. Él era el falsificador y Gabriel lo sabía. Gabriel había sabido que su mejor amigo publicó la misiva que la empujó al borde del ostracismo… y no se lo había dicho. ¡Ella le había confesado sus pecados y su marido se calló el más grave! Incluso la había estado ayudando a atrapar a Penryth… ¡Maldito!

Una extraña sensación le recorrió la nuca hasta los hombros.

—Gabriel… lo sabía —oyó su propia voz, como si llegara desde otra habitación—. Y usted fue quien…

No terminó de hablar. La visión se le llenó de puntitos oscuros, como hollín suspendido. Dio un paso hacia atrás y otro adelante, en busca de aire. La estancia se movía bajo sus pies, daba

vueltas. Ashdown la vio comenzar a tambalearse. Se acercó a ella de inmediato.

—Lady Winterfield —dijo, adelantando las manos para sostenerla—. Siéntese un momento.

—Yo… yo…

No llegó a la butaca. El mundo se volvió oscuro. Cayó y Ashdown la sostuvo antes de que su cuerpo acabase en el suelo.

—¡Oh, Dios mío!, no puede sucederle nada malo en mi casa. Winterfield jamás me lo perdonaría. Tiene que despertarse, milady… —le rogó con suma preocupación, mientras la mantenía en sus fuertes brazos.

El timbre volvió a sonar en el pasillo mientras el marqués no sabía cómo proceder. La puerta principal se abrió y se escuchaban pasos.

—¿Ashdown? —La voz de Winterfield le llegó a su mejor amigo desde el vestíbulo, segura y fatigada a la vez—. Necesito hablar un minuto contigo.

Un segundo después, Gabriel cruzaba el umbral de la biblioteca con una nota en la mano. Al ver la estampa, el conde se quedó de piedra.

Frente a él, Celia, en los brazos de su mejor amigo.

—Esto no es lo que parece —soltó de inmediato el marqués.

—Si no le quitas las manos de encima a mi esposa, te mataré, Ashdown.

—¡Se ha desmayado! Yo solo estaba procurando que no se hiciese daño.

—Suéltala… ya.

—¿La dejo caer, Winterfield? Por amor de Dios, deja de parecer un hombre celoso que me cortará el cuello en cualquier momento.

—Se te olvidó decirme que la besaste dos veces, y que trataste de conseguir que te diese una oportunidad.

—Ah, veo que tu esposa también se sinceró contigo. ¿No podíais guardaros algún secreto? Decirle que yo era Penryth… Como ella no sepa guardar el secreto…

—¿Qué?

—¡Se lo has contado y no tenías derecho a hacerlo! —lo amonestó enfadado—. Además, eres un tonto, yo no la amaba, solo creía que sí, pero no… ¡Yo te la di cuando pude habérmela quedado! ¿No se te ha ocurrido esa idea? Pude haber enviado la nota haciéndome pasar por ella y hacer que en la carta declarase su amor por mí. ¡Eres un desagradecido! Has premiado mi buen gesto desenmascarándome frente a tu esposa. Dios nos libre de los esposos que necesitan la verdad para tener un matrimonio inmaculado…

—¿Ella sabe que eres Penryth? —preguntó el conde cuando entendió lo primordial.

—No te hagas el sorprendido, Winterfield. Tú se lo has contado.

—¡Yo no le he dicho nada! Ahora… lo primero es lo primero…

Lord Winterfield cruzó la estancia y se puso delante de su amigo. Le quitó a Celia de los brazos y se sentó con ella en su regazo en la butaca más próxima. Se la apoyó en el pecho y la mantuvo bien sujeta, pegada a su cuerpo.

—¿No le has contado nada a tu mujer sobre mi secreto? —preguntó Ashdown, muy asustado.

—¿Te has vuelto loco? Eso nos condenaría a los dos.

—Oh… Winterfield, creo que tenemos un serio problema —comentó Ashdown, tratando de mantener la calma.

—¿Te refieres a que estás enamorado de mi mujer y no sabes cómo robármela?

—¿No me has escuchado antes? Si la hubiese querido, la tendría. ¡Yo no amo a tu condesa!

—El periódico sostiene otra cosa muy diferente.

—¿Qué?

—¿No has leído el periódico de la mañana?

—No he tenido tiempo. Tu mujer llegó hecha un basilisco, exigía disculpas por aquella carta con la que te la concedí

sin esfuerzo —le recordó con sorna.

—Te repito que ella no sabe que eres Penryth.

—Sí, bueno… sobre eso… Me temo que ahora ya lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Yo se lo he dicho. Selo he contado todo.

—¿Qué clase de locura te ha llevado a descubrirle una verdad que provocará que me abandone y que tú acabes en prisión, o peor, en la horca?

—¡Estaba enfadada por una carta! Di por hecho que se refería a aquella carta. La última que escribí como Penryth, así que le hablé sobre lo que hice y le pedí disculpas.

—No, te has traicionado por nada; mi esposa debe estar enfadada por lo que ha salido en el periódico de hoy.

—¿A qué te refieres?

—Alguien está haciendo circular el rumor de que eres el amante de mi esposa.

—¡Antes de que llegases no le había tocado ni un pelo! —Se apresuró a exculparse.

—La tenías en brazos.

—¡Se había desmayado cuando se enteró de que…! —Se quedó un momento callado y soltó una colorida maldición—. Es cierto lo que dices, ella perdió el sentido cuando comprendió que yo era Penryth. Lo siento por eso.

—Eres un bastardo, Ashdown.

—Pues espero que hayas cultivado su amor con fuerza y que te quiera tanto como para mantenernos a salvo, porque yo acabaré en la Torre esperando mi hora, pero tu destino por encubrirme no será mucho mejor.

—Uhm… sobre eso…

—¿Qué, Winterfield?

—Creo que tenemos un problema ahí.

—¿Un problema?

—Digamos que nuestro matrimonio está atravesando un momento delicado… —expuso con cierta vergüenza. Aunque cuando desapareció de casa durante esos dos días se refugió en casa de sus padres con la excusa de revisar más libros contables, no se lo había dicho a su mujer y sabía que ella no lo perdonaría con facilidad por haber sido un cobarde.

—¿Delicado? Me has visto con ella en brazos y creía que me cortarías el cuello. ¿Qué problema va a haber si hay amor?

—La culpa de todo esto es tuya.

—¿Mía?

—Sí, Ashdown.

—¡Qué va a ser mía!

—En el último baile en el que nos encontramos, me dijiste que amabas a una mujer y que pensabas hacer todo lo que estuviese en tu mano para tenerla. Me temo que los celos hicieron estragos, hasta el extremo de comenzar a pensar que, aunque Celia era pura como la nieve cuando llegó a mi cama, tú pudiste haberla… Ya sabes lo que se le puede hacer a una mujer sin despojarla de su…

—¡No era ella la mujer a quien me refería, Winterfield! Un amigo no codicia a la esposa del otro. ¿Tan poco me conoces? ¡Maldita sea! Usé a Penryth una última vez, arriesgando el cuello, para que la tuvieses. Lo hice por ti y solo por ti. ¡Acabaré en la horca por darle dos malditos besos a tu condesa!

—No parabas de mirarla con deseo mientras hablabas conmigo en aquella fiesta , Ashdown —le tuvo que recordar.

—¡Miraba a su amiga! Estoy enamorado de una joven viuda que… No importa. Tu esposa está muy a salvo de mis garras porque eres como mi maldito hermano. Debería destriparte por tener tan mala opinión de mí.

Ashdown lo miraba con verdadero enfado. Winterfield estaba avergonzado por haberse dejado arrastrar por la inseguridad.

Gabriel carraspeó y luego dijo:

—Ya… ahora lo veo. Supongo que debería disculparme.

—Déjate de tonterías. ¿Cómo de grave es lo que le has hecho a tu mujer, guiado por los celos, Winterfield? —preguntó con seriedad el marqués.

—¿Quieres la verdad de modo directo o te lo adorno?

—Dilo de una maldita vez —lo urgió.

—Estamos muertos.

—¡Mierda!

—Yo no lo hubiese dicho mejor —se escuchó una voz femenina.

Celia ya estaba despierta. Los ojos de Winterfield se fijaron en los de su esposa. Ashdown también estaba mirándola con fijación. Esa mujer tenía el futuro de los dos en sus manos.

—Suéltala y ponte de rodillas, implora su perdón. Y luego dame las gracias por lo que hice, porque todavía, aun hoy, no me las has dado.

—¿Quieres callarte, Ashdown? —gruñó el conde.

—¿Por qué lo mandas callar? A mí me parece que la primera parte de su plan es adecuada. Sobre la segunda… ya debatiremos…

—¿Cuánto has escuchado, Celia?

—Desde que le dijiste a *Penryth* —arrastró el supuesto apellido del falsificador— que si no me soltaba estaba muerto.

—Buena jugada… —murmuró Ashdown.

—Celia… —Su esposo le rozó la mejilla con los nudillos.

—¿Ahora sí merezco muestras de cariño, Winterfield? —le preguntó con frialdad, al tiempo que se apartaba de su roce y salía de su regazo.

La dama se puso de pie y lo juzgó desde la altura. Él no se movió de su lugar.

—Si nos has estado escuchando hablar, ya habrás atado los cabos. Creo que no hace falta añadir más.

—¿No? Yo creo que sí, esposo. ¿Por qué estás aquí, Winterfield?

—El servicio me dijo que habías salido para venir a Brook Street.

—Por supuesto que sí. Vine para encontrarme con mi amante —expuso ella con la misma frialdad de antes, una que no pensaba abandonar.

El conde seguía sentado, y un paso atrás de lady Winterfield, permanecía Ashdown, expectante.

—Jamás me encamaría con tu esposa —intervino su mejor amigo por si aún quedaba alguna duda al respecto.

—No, solo desea conquistar a mi amiga… —Celia se ladeó para mirar al otro villano—. ¿De cuál de ellas se ha enamorado? Tengo dos que son viudas jóvenes —precisó.

—Alma Far —explicó el marqués.

—Ya. Como mi esposo le ha señalado, estoy aquí por la nota que ha salido en el periódico, la que dice que usted y yo somos amantes. No me refiero a la otra, la que lanzó aquella acusación sobre mi idilio con lord Winterfield —aguijoneó con gusto.

—Yo no tengo nada que ver con la de hoy —se excusó de inmediato Ashdown—. Lo último que deseo es perder terreno con la señora Far. En cuanto lea esa noticia estaré en la cuerda floja.

—¿Entonces, quién ha sido? —La mirada de su esposa se desvió hasta la de su esposo. Había una clara acusación ahí—. ¿Me estabas probando, Winterfield?

—Uhm… tu esposa te lanza el título como si fuese un látigo, amigo mío. Comienzo a pensar que sí que estamos muertos.

—No estás siendo de ninguna ayuda, Ashdown, así que será mejor que te calles. ¿De acuerdo? —El aludido levantó las manos en señal de rendición y el conde prosiguió—: Encontré esto en nuestra habitación, Celia. —Le mostró la hoja—. Lo he leído. Pregunté al servicio y me dijeron a dónde habías ido. Por eso vine aquí.

—Debo recordarte —comenzó a decir la condesa al tiempo que cogía el papel que su marido le daba— que no es nuestra habitación. Es la mía; y no eres ni serás bienvenido hasta que te considere digno —lo avisó, porque en verdad pensaba hacerle pagar por sus actos. Ya se le ocurría algo, ya…

—Vaya… sí que estamos muertos, sí.

—¡Cállate! —le ladró el conde al marqués.

La dama comenzó a leer el contenido con suma atención, sin darse cuenta de que, detrás, el marqués también lo estaba haciendo.

El silencio posterior fue nítido. Celia cerró un instante los ojos. Cuando los abrió, miró a Ashdown.

—De modo que no fue usted quien envió esta calumnia de hoy, tal y como había supuesto —dijo, con la voz áspera por la rabia mal digerida.

Ashdown le sostuvo la mirada. En los ojos del marqués ya no había desconcierto; había fatiga y un toque de esperanza, porque, al parecer y según se desprendía de la nota, él no era el único que guardaba un feo secreto. Lo que ella había hecho también podría ser juzgado y castigado en un tribunal si un caballero la llegase a acusar. En tal caso, le vendría bien que su esposo, un conde, el marido de su hermana, un duque, y él, un marqués, la protegieran.

—Esa no es mía, no —confirmó—. Si hubiese sabido que existía, mi primera visita esta mañana habría sido a uno de mis contactos para hacer las averiguaciones pertinentes. Pero sí soy culpable de la otra: la que la puso en boca de todos entonces y empujó a Gabriel a hacer lo correcto. —La expresión se le tensó—. Penryth era yo, pero le juro por la verdad más sagrada que ese personaje está muerto ya.

—No me estás ayudando, Ashdown —se quejó Winterfield.

—¿Cómo que no? Le estoy recordando a tu esposa tu desesperación; llorabas por las esquinas porque ella no te hacía

caso. Además, solo me adelanté a lo inevitable, porque muchos la vieron sin máscara y era cuestión de tiempo que…

—¿Sabe lo que hizo su amigo cuando salió publicada aquella noticia sobre mí? —tomó la palabra la condesa.

—Creo que no fue algo bueno —supuso el marqués.

—Sabía de buena tinta que yo era una víctima y eso no le impidió venir a ofrecerse como un mártir. Me propuso un matrimonio sin celos ni preguntas, donde él iría por su cuenta y yo, después de parir a sus dos vástagos, podría ser libre.

—Supongo que no necesitamos debatir nada más… —habló Ashdown—. ¿Voy llamando al magistrado o lo haces tú, Winterfield? ¿¡En qué demonios estabas pensando, hombre!? —le gritó con rabia a su amigo. No había nada peor que una mujer despechada a la que le servían la venganza en bandeja de plata.

—En mi defensa diré que ella me había mandado al cuerno sin ninguna consideración en más de una ocasión. —A continuación se centró en su condesa—: Además, no tienes de qué preocuparte. Celia está tan enamorada de mí que no hará nada que me perjudique.

Ella se irguió.

—Muy seguro estás de esa aseveración. ¿Quieres que te recuerde que hace una eternidad que no me tocas?

Se escuchó una risa breve; provenía de Ashdown.

—Solo Winterfield tendría a una mujer deseable al alcance de su mano y no la tocaría a todas horas… —Se dio cuenta

de que había hablado en alto—. Lo siento —se disculpó.

—No es motivo de risa —lo amonestó el conde—. Y tú —miró a su esposa— no deberías airear nuestras intimidades. —Gabriel no apartó la vista de Celia—. El abogado Simon Penryth nació porque la tía de Ashdown, la difunta lady Harbury, averiguó que falsificaba letras de cambio a nombre de su abuelo, y uno no quiere soportar la ira de ese duque en particular. Así que cuando la vieja dama lo averiguó, lo obligó a hacer todas esas maldades. Lo supe la noche en la que lady Harbury murió, no antes —le aclaró, porque se imaginaba que ella se lo estaría preguntando—. Le exigí que acabara con ese juego. Le dije a Ashdown que, si volvía a manchar un nombre, iría a Bow Street yo mismo. Me juró que no habría ni una carta más. Y, hasta hoy, lo ha cumplido.

—Pero sí que hubo otra más. La mía, ¿no, Winterfield? —razonó su esposa.

—Sí. Y ya que pareces estar dispuesta a condenarme, añadiré que es lo mejor que ese desgraciado —lo señaló con el dedo — ha hecho por mí. Y ya que te estoy diciendo toda la verdad, no siento en absoluto que te vieras en la obligación de tener que aceptarme por esposo. Tú habías sellado tu destino cuando me permitiste besarte en aquel jardín.

—¿Y debo estar agradecida por tu confesión, Winterfield?

—Sí —afirmó sin pestañear—. Nadie te amará más que yo; ningún otro te protegerá incluso sacrificando su propia vida para lograr que estés a salvo.

—Eres un mentiroso.

—No. Te amo hasta la locura, Celia.

—Sí, me ha quedado perfectamente claro que lo que dices es así. Estas últimas semanas han sido como estar viviendo en el paraíso —ironizó.

—Un matrimonio tiene sus altibajos. Este ha sido el nuestro —dijo con naturalidad.

—¿Sabes, Winterfield? Creo que ahora sería un buen momento para tomar en consideración la ocurrencia del villano que tienes por mejor amigo.

—¿A qué te refieres? —Gabriel no la entendía.

—A que te pongas de rodillas e implores su perdón, tonto —apuntó Ashdown con enfado.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Verme una vez más humillado ante ti, Celia? —inquirió con humildad.

La condesa suspiró; luchaba por mantener la cabeza fría. Notaba el peso de todos los enredos sobre sus hombros.

—¿Y por qué no me lo contaste, Gabriel? —preguntó, con esa claridad que buscaba sanar las heridas—. ¿Por qué te callaste que tu amigo era Penryth y que la misiva que me empujó al borde del escándalo había salido de su mano?

—Yo lo hubiese puesto de rodillas… —murmuró Ashdown, lo que le valió para que los condes le ofreciesen una mirada asesina—. Lo siento.

Gabriel se levantó, se acercó a su mujer y le cogió la mano.

—Porque no quería perderte el mismo día que te gané —respondió—. Porque si te decía que Ashdown te había usado para concederme mi mayor deseo…

—Por fin un poco de reconocimiento… —volvió a intervenir el marqués y de nuevo los condes lo censuraron con la mirada—. Lo siento.

Gabriel colocó otra vez los ojos en los de la mujer que tanto amaba.

—… Si te lo hubiese contado, me habrías rechazado con razón. Además, tengo la misión de velar por mi mejor amigo. Una vez me acusaste de no conocer la lealtad y la fidelidad. Le soy leal a él, te soy y seré fiel y leal a ti hasta el día en que me muera, Celia.

—No te perdonaré con facilidad las últimas semanas; me has hecho pasar un infierno, Gabriel. —La esperanza lo embargó cuando la escuchó pronunciar al fin su nombre.

—No volverá a ocurrir, te lo juro.

—¿Y la próxima vez que otro hombre me mire…? ¿Qué pasará si el canalla que escribió esa carta decide volver a intervenir y me acusa de otro crimen que no he cometido? Yo te lo diré: me condenarás como has hecho esta vez.

—No lo haré, porque solo hay un hombre con el que siempre me he sentido inseguro.

—Siempre supe que me tenías celos… —murmuró Ashdown, lo que le valió un gruñido por parte del conde—. Lo siento. Bueno, el resto lo arreglaréis en la cama. Sobre ese estúpido que ha enviado la misiva, os doy mi palabra: averiguaré más pronto que tarde de quién se trata. Tengo muchos contactos en el periódico y no me costará intercambiar esa información por otra.

—¿Qué les ofrecerás, Ashdown? —se interesó Gabriel.

—Un rumor sobre cierta joven viuda y un marqués. —Estaba pidiéndole permiso a su amigo.

—¡No puedes volver a usar a Penryth! Halverton cree que has huido porque hace tiempo que no actúas. Te volverá a dar caza —saltó Gabriel.

—Bueno, yo podría ayudar con eso —intervino la condesa.

—¿Cómo? —se interesó el marqués.

—Cuando Isolde se tuvo que casar con Halverton… fue porque yo…

—¡Te dije que, de eso, yo era inocente y no me creíste del todo! —exclamó el marqués, acusando a su mejor amigo por no haber creído su palabra. Lo que Ashdown jamás le confesaría sería que había arrancado un par de páginas de un cuaderno de escritura cuando allanó la casa de lord Worthing por si alguna vez tuviese que emparejar a su mejor amigo con la que fuese lady Isolde. Suerte que no llegó a concretar aquel plan…

—¿Fuiste tú, Celia? —preguntó incrédulo su marido.

—Mi hermana necesitaba un pequeño empujón y yo… se lo di.

—Por eso no se ha enfadado tanto conmigo —razonó el marqués—. Ella hizo lo mismo que yo —le señaló a su amigo, para luego mirarla y decirle que—: Aceptaré el intercambio, milady. Usted hará que esa pequeña díscola que se niega a reconocer que me ama hasta la médula, se case conmigo y yo le quitaré de encima a ese caballero que ha tratado de romper su matrimonio.

—Solo lo haré si sé que en verdad ella lo ama —le advirtió.

—Lo sé tan cierto como que, en caso de no haberla entregado a usted a Winterfield, él se habría quitado la vida. —Se escuchó un gruñido por parte del aludido—. ¿Vas a negarlo, amigo mío? —El conde no respondió y el marqués siguió con la siguiente cuestión—. ¿Qué hay de Penryth, pues? ¿Me delatará?

—Bow Street nos arrestaría a los tres. A usted por falsificador; a mi marido por encubridor y a mí; por destrozar las reputaciones de los canallas a pesar de que las damas necesitaban conocer la verdad sobre sus pretendientes, y por haber obtenido dinero por esa información. Supongo que todos hemos sido víctimas del destino. Yo deseaba ayudar a mi padre con sus deudas, mi esposo quería proteger a su mejor amigo, a su hermano. Y usted no deseaba enfurecer a su abuelo, quien, dado el grado del crimen, doy por hecho que debe ser un hombre cruel.

—Lo es —le confirmó el marqués—. Me hubiese enviado a Australia sin pensárselo dos veces, a pesar de ser su nieto. Sé bien que lo que hice no estuvo bien, pero la desesperación me hizo elegir el mal menor, por decirlo de alguna manera. Si le sirve de consuelo, mientras lo hacía, yo espiaba a las muchachas. Quiero pensar que tengo un poco de conciencia. Las dos que se casaron lo hicieron

porque yo sabía que estaban enamoradas de sus pretendientes y que no pagarían lo estipulado.

—¿Y las demás?

—Las demás no se casaron porque los pretendientes que las rondaban no valían nada, solo deseaban los contactos de la familia y el dinero, así que esas cartas las vieron solo los padres de ellas, de tal modo que mi difunta tía se ganaba el dinero del chantaje y ellas eran alejadas de indeseables que habían nublado su juicio con palabras de amor más falsas que mis cartas.

—¡Dios mío! Eso no me lo contaste —expuso Winterfield.

—Sabía que te reirías de mí.

—Lo hubiese hecho. Nunca supe que eras más tierno que el mismo Shakespeare cuando escribía sus sonetos de amor.

—Y ahí está el motivo por el que no quería que lo supieras. Debí dejar que tu esposa siguiese creyendo que soy un auténtico monstruo.

Celia suspiró. Los dos eran peores que un par de niños. No los delataría, pero tendría que vigilarlos de cerca.

—Está bien. Resúmanos la situación. —Tomó una larga bocanada de aire—. Durante meses me dediqué a probar la fidelidad de caballeros que no merecían a las damas que los llevaban del brazo. Los expuse. Lo hice en jardines, en salones y en conversaciones discretas. Conseguí que algunas alianzas no se cerraran. Sí: hubo reputaciones dañadas. Si la sociedad supiera que la condesa de Winterfield había sido la mano que les quitó el velo a

ciertos pretendientes, caería. —Miró a Ashdown—. Y también comprendo sus errores. Estamos en esto los tres y aquí, hoy, formaremos una alianza. Enterraremos los pecados y jamás volveremos a sacarlos a colación.

—¿Y los míos, amor mío?

—Tú tendrás que seguir pagando por las últimas semanas. Tienes mucho por lo que resarcirme.

—Me pondré de rodillas —prometió con un brillo muy especial en la mirada.

—Eso quiero verlo —comentó Ashdown.

—No, no quieres verlo —lo regañó su amigo.

—Ah. Ya lo entiendo… Viejo pícaro… Supongo que lograrás hacerle olvidar su enfado en poco tiempo. Tres noches seguidas y ronroneará como un gatito…

—No, no lo creo —rebatió la condesa.

—¿Un mes? —se aventuró a preguntar el conde.

—¿Qué tal una vida llena de amor, lealtad y fidelidad? —planteó la condesa.

—Esta vez te juro que así será, Celia. No cometeré más errores.

—Yo tampoco.

El conde avanzó hasta ella y se la pegó al pecho. La besó con verdadera hambre. Se separó de ella y, sin dejar de mirarla, dijo:

—Lárgate, Ashdown, y cierra la puerta al salir.

El caballero suspiró con irritación, pero como vio una salida fácil a la situación, decidió hacerle caso a su mejor amigo.

Y sí. El conde no tuvo pudor en hacerle el amor a su condesa en el cómodo sofá de la biblioteca de su mejor amigo. Después de todo, tenía que comenzar a resarcirla lo antes posible y no se le ocurrió un mejor modo para empezar.

Epílogo

Meses después.

El aviso llegó con un dolor hondo y regular, bien distinto de los otros malestares que la habían despertado en las semanas anteriores. Celia apretó los labios, apoyó la frente en el hombro de Isolde y respiró tal y como le habían enseñado a hacer. La habitación estaba en penumbra; olía a lavanda y a agua hervida. La partera daba órdenes con suavidad; la doncella iba y venía con paños calientes.

—Vas bien —le susurró Isolde, con esa serenidad que le había dejado su propio alumbramiento hacía apenas un mes—. Todo marcha como debe. Sé que duele mucho, hermana, pero te juro que la recompensa bien vale la pena.

Celia afirmó con la cabeza. Creyó en su palabra y continuó con el trabajo del parto.

En el pasillo, Gabriel caminaba de un extremo a otro con las manos a la espalda. Halverton lo vigilaba de reojo, sentado,

mientras recordaba que él había estado en sus mismos zapatos cuando su duquesa le trajo al mundo a su heredero.

—No sirve de nada que desgastes la alfombra. Sé de lo que hablo. Y, por cierto, maldecir, aunque sea en silencio, tampoco —le explicó el duque.

—Tampoco sirve de nada que me quede quieto —replicó Gabriel, sin apartar la vista del picaporte de la puerta tras la que estaba su mujer—. ¿Cómo pudiste soportar esta agonía?

—Con gran dificultad, al igual que tú.

—Debería estar con ella. Sujetándole la mano y dándole ánimos.

—Eso mismo le comenté yo al médico antes de que me prohibiese el paso. Me dijo que solo serviría para ponérselo más difícil a mi esposa y para que yo escuchase unas horribles maldiciones sobre mí.

—¿Te maldijo?

—Eso hizo.

—¿Por qué, Halverton?

—Te lo simplificaré: lo que le está sucediendo a tu esposa es culpa tuya, Winterfield.

—Un nacimiento no es culpa ni de uno ni de otro. Estoy seguro de que mi condesa no lanzaría maldiciones sobre el hombre al que tanto adora.

—Ya…

—¡Te odioooooo, Winterfieeeeeld! —se escuchó al otro lado de la puerta.

El duque lo miró con una ceja alzada y el conde suspiró.

—Sí. Creo que es mejor que me haya quedado fuera. ¿Esto será permanente? ¿Isolde te perdonó?

—Tú no quieres saber si me perdonó. Lo que quieres preguntarme es cuánto tiempo me costó que me dejase volver a su cama.

—¿Fue mucho? —indagó.

—Tranquilízate, en cuanto sostenga al bebé, lo peor se le olvidará.

—No has respondido a mi pregunta.

—Sí, Winterfield, me costó un poco. ¿Satisfecho?

—Lo cierto es que no, pero supongo que tendré que ser paciente.

El timbre de la entrada sonó con discreción. El mayordomo subió con paso rápido y anunció en voz baja:

—El marqués de Ashdown y su esposa solicitan audiencia, milord. Les he dicho que no reciben visitas, pero ha insistido bajo pena de muerte. Y debo señalar que tan solo me limito a…

—Tu mayordomo se limita a repetir mis palabras —dijo el marqués cuando llegó hasta la posición del conde.

—¡Winterfieeeeeeeld, te mataré por estoooooo! —se volvió a escuchar tras la puerta.

Gabriel cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, Ashdown lo miraba con una sonrisa burlona. El marqués le sostenía la mano a una mujer de mirada serena cuya sonrisa calmó un poco los ánimos.

—Me parece que hemos llegado en un momento delicado, mi amor —le dijo la nueva marquesa de Ashdown a su marido.

—Nada de eso. Es siempre una delicia ver a mi mejor amigo inquieto y a punto de llorar.

—Eres un bastardo, Ashdown. Voy a ser padre; si estás aquí para burlarte de mi sufrimiento…

—¡Al contrario! Me siento muy honrado de conocer tan pronto a tu heredero.

—Podría ser una niña —replicó el conde, al que esa idea no le desagradaba en absoluto. Sería una muñequita perfecta.

—¿Nos presentas, Winterfield? —intervino el duque de Halverton.

El conde afirmó y procedió con el protocolo. Sobra decir que cuando Ashdown tuvo a su némesis delante tembló brevemente. Ese hombre llevaba bastante tiempo buscándolo. Al parecer, había dejado de hacerlo, pues Celia le dijo al esposo de su hermana,

según había sabido él mismo por boca de la condesa, que tal vez el villano fuese un viejo que ya se habría muerto. Así que el duque lo daba por muerto. Parecía estar a salvo, y confiaba en que así fuera mientras siguiese sin falsificar nada más. El marqués también le había devuelto el favor a Celia, pues encontró a quien la amenazó por carta y lo obligó a publicar una rectificación, después de que Winterfield le diese una paliza. Fue todo de lo más incivilizado, aunque Gabriel presumió ante su esposa de ser un héroe.

—Perdonad la irrupción —habló Ashdown, en tono torpe y sincero. Tras las presentaciones decidió comportarse con más decoro. Entre otras cosas porque su marquesa le había dado una larga mirada de advertencia para que se portase bien—. Llegamos en el peor momento, lo sé. —Miró la puerta entornada del dormitorio —. Pero si no es molestia, nos quedaremos para felicitar a la madre cuando esté en situación de vernos, por descontado. Quiero que lady Winterfield vea que esta pareja —le sonrió su esposa— es feliz; que su preocupación por que este libertino no pudiese reformarse fue infundada.

La dama —la antigua señora Far— apretó los dedos de su marido con dulzura.

—Celia siempre fue una amiga muy leal, Tommy. —Ese era el apelativo por el que llamaba a Ashdown y ella lo usaba con total libertad incluso cuando no estaban a solas, tal y como lo hacían Isolde y la propia Celia con sus respectivos esposos. No había nada más íntimo que eso para una pareja. Ese gesto demostraba complicidad, confianza y amor—. Tu mejor amigo y mi estimada Celia necesitan privacidad. Nos iremos ahora; el conde le hará saber que somos un matrimonio bien avenido.

Ashdown afirmó con la cabeza como si fuese un cordero. Winterfield también hizo lo propio.

—Se hará como usted ha dicho, lady Ashdown. Por favor, visítenos en un par de meses. Confío en que mi esposa esté recuperada.

—Así lo haremos. —La pareja se retiró deseándoles lo mejor a los futuros padres.

Halverton y Winterfield se quedaron de nuevo solos. Del interior de la habitación llegó un gemido largo.

—Esta vez no ha maldecido —advirtió con preocupación el conde.

—Eso no es señal de nada —opinó el duque.

—Tengo que entrar ahí y ver si mi esposa está bien. Si algo le sucediese…

Justo cuando Gabriel se disponía a irrumpir en la habitación, la puerta se abrió.

—¡Enhorabuena, milord! ¡Es un varón! —le anunció la comadrona.

—¡Un niño! —exclamó lleno de satisfacción. Su título estaba asegurado. El marqués de Hereford, que había comenzado a tenerle bastante estima a Celia, la adoraría todavía más por el regalo.

Gabriel no esperó más y entró. Celia estaba pálida, pero más hermosa que nunca, con el cabello húmedo pegado a las sienes y una sonrisa cansada que le llenó el pecho de emoción.

La partera le tendió un pequeño bulto envuelto en lino.

—Su heredero, milord.

El llanto del niño era fuerte; el de un pequeño sano que amenazaba con darles mucho trabajo a sus padres. Gabriel lo sostuvo con torpeza al principio, luego, cuando se tranquilizó, le nació una naturalidad que lo sorprendió a la hora de acunarlo.

Se acababa de enamorar por segunda vez en su vida.

—Celia, es nuestro hijo. —Su voz estaba rota.

—Lo sé, amor mío.

El matrimonio se había quedado solo en la estancia. Estaban los tres. Una familia que sería feliz.

Ella alargó los brazos. Gabriel se sentó a su lado y entre ambos acurrucaron al pequeño hasta que dejó de llorar, satisfecho por el calor que lo rodeaba.

Hubo una risa suave en la habitación. Fue de ellos. No se creían que tuviesen un hijo. No dejaban de contemplarlo con tanto amor que podrían alimentarlo solo con eso.

Entonces Gabriel miró a Celia.

—Te amo, mi condesa valiente.

Lady Winterfield apoyó la frente en la de él.

—Tengo una nueva razón que añadir a aquella lista que te di sobre no hacer enfadar a una esposa. ¿Quieres escucharla, Gabriel?

—Por supuesto —apuntó divertido.

—Ella tiene que olvidar lo que duele dar a luz, y para eso será mejor que su conde sea un perfecto príncipe. Este muchachito necesitará un hermano pequeño al que protegerá y cuidará.

—¿Eso es lo que hizo Isolde por ti?

—Y yo por ella —le recordó con suavidad.

—No tuve un hermano de sangre, Celia, pero la vida me llevó hasta Ashdown. ¿Lo entiendes?

—Sí. Y me gusta que seas tan leal.

—Tendremos todos los hijos que quieras. Y prometo que nunca haré enfadar a mi esposa —apuntó con una mano sobre el corazón y en un tono muy solemne.

Y todo, por fin, fue tal y como debía ser.

Henry Gabriel Thorne, vizconde Northam, había llegado al mundo para dar un nuevo motivo de alegría a lord y lady Winterfield. Celia y Gabriel supieron que habían alcanzado la felicidad por completo.

Fin.

La bilogía completa

«Lecciones para tentar a un tutor»

Link: https://mybook.to/3z9q6



Un romance de Regencia con escándalo y misterio en el Londres de 1820.

Un tutor con demasiados secretos. Una dama orgullosa que no piensa dejarse domar…

Para salvar la temporada, lady Isolde Vale acepta a regañadientes la ayuda de un discreto y severo maestro que promete hacerla brillar para que atrape a un duque. Nadie imagina que el señor Hale esconde un gran secreto, pues es un infiltrado que tratará de desmantelar una red de chantaje que fabrica cartas falsificadas y arruina reputaciones desde los impecables salones londinenses.

Entre lecciones privadas, ensayos de vals y duelos de ingenio, la atracción se vuelve imposible de ignorar. Pero cuando una carta acusa a Isolde de ser inapropiada, todo estalla. Su padre negocia un compromiso, la ciudad cuchichea… y el tutor revela una verdad que lo convierte en el centro de un gran problema.

Para sobrevivir, ella deberá escribir su propia historia: decidir qué callar, qué declarar y a quién creer.

Lecciones para tentar a un tutor es la primera entrega de **Los dictados de la venganza**: una historia de ingenio, deseo y valentía contra las reglas sociales.

«Razones para no enfadar a una esposa»

Link: https://mybook.to/HTQofhw



Una historia de enemigos, chantaje y un matrimonio imposible en la Regencia Inglesa.

Lady Celia Vale ha jurado no inclinar la cabeza ante ningún caballero. El conde de Winterfield, el canalla más deseado de Londres, colecciona sonrisas… y a ella ni la mira.

Cuando una carta anónima los coloca en el centro del escándalo, la ciudad exige una reparación imposible. Motivado por un honor que creía no poseer, lord Winterfield propone un matrimonio con cláusulas que incluyen la libertad para él y la discreción para ella, y exige que no haya celos ni preguntas. La dama acepta con un objetivo: vengarse de la red de chantaje por cartas que arruina su vida y ajustar cuentas con su esposo. La convivencia se convierte en una guerra ardiente, con conflictos en el desayuno, abrazos en los bailes y pesquisas nocturnas. Fingir cercanía es fácil; ignorar la atracción, no tanto.

De pronto, una nueva misiva amenaza con destruirlos a ambos; entonces Celia deberá decidir a quién entregar su lealtad, si a un esposo que no la merece o a una sociedad que necesita conocer la verdad.

Razones para no enfadar a una esposa es un romance de época con un par de enemigos que no desean admitir la atracción que sienten.

Sobre la autora y la historia

Sarah Worth es una escritora española que ve amor, peleas, condes, duques y damas por doquier. Se ha decidido a escribir bajo un pseudónimo para ver qué tal funcionan sus maquinaciones románticas y la cosa va pintando bien.

Sus historias prometen: romance en exceso, bastante humor, algo de drama para mantener el interés, y un final feliz y cerrado.

¿Habrá más historias?

¡Claro que sí!

Por favor, quedaos conmigo y acompañadme en una nueva aventura; mi mente está ya trabajando en cositas.

¡Gracias!